

INVESTIGACIONES HISTORICAS

Dr. Vicente Dávila
Imprenta Bolívar 1.923

DON PEDRO DE VEGAS Y MENDOZA

La relación de esta familia confirmará lo dicho, pues en ella se verá como los Vegas y Mendoza de Caracas descienden del patriota Don Pedro, y no de su hermano el realista Santiago.-

(1) Juan de Vegas y Arredondo, que se encuentra en 1.733 en la Compañía Guipuzcoana, casó con María Sanz de la Vega. Padres de

(2) Juan de Vegas y Arredondo, vecino del Valle de Causedo, Montañas de Santander, España, estuvo con el Capitán General de Cumaná, José Ramírez de Arellano; fué Capitán de Guarnición en Araya y Contador de Hacienda en Caracas. Aquí casó el 24 de Junio de 1.716 con María Josefa de Bertodano, natural de Sevilla, hija de Alberto de Bertodano que fué Gobernador y Capitán General de Venezuela, y luego de Puerto Rico, y de María Juana Knepper, natural de Luxemburgo. Juan murió en Caracas el 31 de Octubre de 1.737. Padres de

(3) Juan José de Vegas y Bertodano, casó con María Josefa de Mendoza, hija de Antonio José de Mendoza y Ana Carrasquel y Rada. Este Juan José para 1.794 tenía 60 años de edad. Este Don Juan José fué quien construyó en el año 1.783 la casa que ha ocupado por muchos años el Colegio Chaves entre las esquinas de Llaguno y Carmelitas. Padres de

(4) Santiago de Vegas y Mendoza, casó con Mercedes Rodríguez del Toro y Barba. Fué Alcalde realista de segunda elección en Caracas el año 1819, y como tal firmó el manifiesto trilingüe contra Bolívar y la Independencia. Murió en la misma ciudad el 24 de Junio de 1.826. Padres de

(5) Juan Bautista y Manuel de Vegas y Toro, que murieron célibes. Manuel fué Vocal del Consejo de Guerra Permanente de Caracas que estableció Morillo en 1815 para la persecución de los patriotas.

(5) Concepción de Vegas y Toro, casó en Caracas el 24 de Junio de 1919 con el Mariscal de Campo Miguel de la Torre, que fué Capitán General de Venezuela y luego de Puerto Rico, una vez perdida la causa del Rey en Venezuela, en la batalla campal de Carabobo el 24 de Junio de 1821. Sus hijos, descendencia del realista Santiago, pasaron a España y son los Condes de Torre Pando de la Vega.

(4) Pedro de Vegas y Mendoza, casó en Caracas el 20 de Abril de 1791 con Josefa Palacios y Obelmejía, caraqueños. Pedro fué en 1800 Síndico Procurador General de Caracas; en la primera revolución, Coronel y Alcalde Corregidor, y en la segunda, Teniente Justicia Mayor de Ocumare del Tuy y su jurisdicción. Con este cargo murió por Enero de 1814 en la entrada que hizo por esos valles el realista Francisco Rosete. A la viuda Palacios se le confiscaron sus bienes; pero en Abril de 1817 la Real Audiencia que actuaba de nuevo en Venezuela, ordenó la entrega de lo embargado. Padres de

(5) Casimiro de Vegas y Palacios, que heredó parte de los bienes de su tío Juan Palacios y Obelmejías, muerto en 1811, casó con María Trinidad Herrera Toro. Padres de

(6) Pedro Miguel Vegas Herrera, casó con Elena Sanabria. Padres de

(7) Pedro Tomas, al cual debemos estos datos genealógicos, casó con Ernestina Villasmil, padres de Pedro Miguel, Guillermo, Alfredo, Ricardo, Germán, María Cristina y Elvira Vegas Villasmil; Luis, casó con María Sánchez Navarro, padres de Martín, Luis Felipe, Armando, Rafael, Luisa Amalia, María Teresa y Sofía Vegas Sánchez; Juan Andrés, casó con Elfride Jhan, tiene sucesión; Carlos, casó con Rosa Machado, no tienen hijos; Gertrudis, casó con Emilio Basalo Mena, padres de Fernando, Raúl, Carlos, Consuelo, Carmen Elena y Graciela Basalo Vegas, Elena, casó con José Antonio Sánchez, con sucesión; María Trinidad, casó

con Lucas Ramella, éste una vez viudo, casó con su cuñada Amelia, hubo hijos en ambos matrimonios; Matilde, casó con el Ingeniero Civil Siro Vázquez, éste una vez viudo, casó con María Luisa Herrera Mendoza, sin hijos.

(6) Santiago Vegas Herrera, casó con María Trinidad Rodríguez Padres de

(7) Casimiro casó con Soledad León, tienen hijos; Santiago, casó con Belisa Vázquez con hijos; y María Trinidad Vegas Rodríguez.

(6) El General Martín Vegas Herrera, que defendió con la espada la causa conservadora, como buen nieto del Prócer Pedro de Vegas y Mendoza, casó con María Trinidad Duarte, sin hijos; Andrés, murió en Caracas en 1869 defendiendo la misma bandera de su hermano; Juan murió célibe; María Trinidad casó con Francisco Herrera Vegas, tienen sucesión; Teresa, casó con Pedro Herrera Vegas; Gertrudis, María del Rosario y Josefa Vegas Herrera, murieron célibes.

(5) Pedro Loreto de Vegas y Palacios, murió soltero

(5) Concepción de Vegas y Palacios, casó en Caracas el 25 de Abril de 1816, con Mariano Herrera Toro. Padres de

(6) Mariano Herrera Vegas, casó con Altagracia Tovar, Padres de

(7) Pedro, casó con Susana Figueredo, tienen hijos; Manuel Felipe casó con Elisa Amelia Umérez Tovar, con hijos; Concepción, casó con Manuel Felipe Castro Hernández, tienen hijos; Altagracia, casó con el Doctor José María Ortega Martínez, con sucesión; Elisa Elvira, casó con el Doctor Tomás Aguerrevere Pacanins, con hijos; Luisa, casó con Augusto Figueredo, con hijos; y Mariano Herrera Tovar, casó con Elena Ramella Vegas.-

(6) Francisco Herrera Vegas, casó con María Trinidad Vegas Herrera, Padres de

(7) Mariano, casó con Concepción Ramella con hijos; el Doctor Bernardo, casó con María Yanes, sin hijos; el Doctor Andrés, casó con Dolores Guerrero, tienen hijos; el Doctor Francisco Carlos, casó con -

Clemencia Fernández con sucesión; el Doctor Pedro casó con Rosaura Ramírez con hijos; el Doctor Casimiro, murió soltero; María Teresa, casó con Agustín Fernández, con sucesión; Carmen y María Trinidad Herrera Vegas, célibes.

(6) El Doctor Rafael Herrera Vegas, casó con Carmen Palacios Vegas. Padres de

(7) Rafael, actual Ministro de Hacienda en Buenos Aires y Marcelino Herrera Palacios, ambos argentinos, casaron con dos hermanas en la Argentina, donde están radicados con inmensos bienes de fortuna, como millonarios que son. Los dos tienen hijos.

(6) Pedro Herrera Vegas, casó con Teresa Vegas Herrera, sin hijos; Teresa, casó con José María Monserrate, sin hijos; y Josefa casó con Esteban Herrera Argos. Padres de

(7) Esteban y Mariano, que murieron célibes; y el Doctor Martín Herrera Herrera, casó con María Power. Con hijos.

(5) Guadalupe de Vegas y Palacios, casó con Bartolomé Palacios Tovar. Padres de

(6) El General Esteban era Presidente de la República en 1870, cuando la revolución de los bolsheviques amarillos; y Mariano, que murieron célibes; y Manuel Palacios Vegas, casó con Clemencia Rivas. Padres de

(7) Manuel Marcelino, Clemente, Rafael, Ricardo y Clemente Palacios Rivas.

(6) Inocente Palacios Vegas, casó con Antonia Hernández Uztáriz. Padres de

(7) Bartolomé, Inocente, Andrés, Carmen, Antonia y Mercedes Palacios Hernández.

(6) Gertrudis Palacios Vegas, casó con el diplomático Juan Antonio López de Ceballos. Padres de

(7) Juan Antonio, casó con María Teresa Elizondo, tienen hijos; el Doctor Bartolomé, casó con Anina Machado con sucesión; Guadalupe

casó con Eduardo Eraso, padres de Eduardo Arturo y Leonor, ésta casó en Madrid donde vive, con su primo el Conde Peña Castillo; y Carmelita López de Ceballos, inteligente dama y amiga de todo el aprecio del autor de estos apuntes.

(5) María Rita de Vegas y Palacios, casó con Feliciano Palacios Tovar, Padres de

(6) Josefa Palacios Vegas, casó con el General Manuel Vicente de las Casas, Padres de

(7) Jesús María, casó con Tomasa Negretti; Manuel murió célibe; Nicolás, casó con Margarita Díaz; Carmen casó con Eduardo Sanabria; y Luisa de las Casas Palacios, casó con el Doctor Luis Rodríguez.

(6) Concepción, Dorotea, Aminta, Dolores, José María, éste casó con Isabel Frías y Feliciano Palacios Vegas casó con Soledad Francia. Padres de

(7) Feliciano, casó con María Luisa Ibarra, sin hijos y Juan Pablo Palacios Francia, casó con Ana Quinstans. Padres de

(8) Juan Pablo, Jesús Andrés, Ana María y Concepción Palacios Quinstans.

(7) José María, casó con María Francia con hijos, Pedro, casó con María Madriz, con hijos. María Concepción, casó con Lucas Castillo tienen sucesión y Soledad Palacios Francia, célibe.

(4) María Rita de Vegas y Mendoza, casó con Juan Manuel Herrera; y Concepción de Vegas y Mendoza, con Rafael Arias, Padres de

(5) Juan Rafael Arias Vegas, que heredó algunos bienes de su tío el realista Santiago.-

RAFAEL VEGAS:

-La generación del 28 es un mito, una leyenda vivida por personajes reales, un símbolo de cosas heroicas irrealizables. De hecho no éramos sino un puñado de jóvenes estudiantes con sed de justicia. Carecíamos de la más elemental preparación para todo. Tuvimos que desempeñar un papel político de primera fila sin conocer una palabra de política y que participar en acciones armadas sin saber manejar un revólver.....Lo grave del caso es que uno se pone a examinar en perspectiva aquellos sucesos y se da cuenta, ahora, de que en todo instante nuestra vocación de sacrificio fue capitalizada por extraños. Los primeros en utilizarnos fueron los propios gomecistas cuando ~~trataron~~ trataron de sacar provecho de nuestras protestas y de nuestras prisiones, de acuerdo con sus contradicciones internas y sus rivalidades de camarillas. Participamos en un complot que ha podido costarnos la vida a todos, en abril de 1928, y cuarenta y tres años más tarde no sabemos todavía que fuerzas se movían detrás de bastidores. Salimos al destierro, amarrados a la consigna suicida de invadir con cualquier general o coronel que nos diera un fusil, y volvimos a ser aprovechados, esta vez por los caudillos militares e intelectuales de la vieja política. Menos mal que ninguno de esos movimientos triunfó porque, de haber triunfado, quién sabe el daño que habiéramos contribuido a hacer^{le} a nuestro país, sin darnos cuenta.....La última vez que nuestro archivado movimiento estudian^{te} trató de ser utilizado fue en octubre de 1945, cuando se pretendió darle cariz "veintiochesco" a un cuartelazo encaminado a derrocar el régimen democrático de Isaias Medina Angarita.....La genera-

ción del 28 es un mito, te repito, sin que con eso quiera decir que todo en ella ha sido negativom o falso. Aunque te parezca una herejía histórica, los pueblos viven de mitos. La filosofía, la poesía, el arte en general, la ciencia misma, le deben mucho a los grandes mitos de la humanidad. En nuestro caso concreto del 28, es indudable que aquellos disparates juveniles nuestros hicieron tambalear al régimen todopoderoso de Juan Vicente Gómez..... Ahora ha pasado mucho tiempo, estamos más o menos viejos y cada uno raciocinia por su cuenta y es responsable de sus actos. Lo que me parece absurdo es que alguno de nosotros intente seguir pensando en 1971 como en aquella época y pretenda seguir viviendo el mito como si fuera historia real y presente.

Transcripción de las palabras del Dr. Arturo Usler Pietri
en el Homenaje al Dr. Rafael Vegas en la Casa Rómulo Gallegos
el 11 de julio de 1989.

"Señoras y Señores

Estoy aquí para cumplir con un grato y doloroso deber, el de conmemorar la figura de un venezolano ejemplar con quien me unió una larga y leal amistad, y que ustedes, los que no lo conocieron de cerca, han tenido la oportunidad de contemplar, a grandes rasgos, lo que fué su vida, lo que fueron sus motivaciones, lo que fué su concepción de lo que debía ser un venezolano. Este hombre es Rafael Vegas.

Hubo un tiempo en este país en que muchos venezolanos, en medio de las dificultades de todos los aspectos negativos que tenía la situación nacional, pensaban que el país resurgiría, que el país encontraría su camino, que el país tendría un destino digno, grato y beneficioso par sus habitantes.

Entre los hombres de las generaciones anteriores a las nuestras cundió mucho la visión de que el país había desaparecido. Esa visión venía desde la Guerra Federal, venía desde el siglo XIX, en aquel país enguerrillado, enfermo, dividido, pobre, maltrecho, sin horizonte, corrompido, destruido moral y físicamente, que llevó a muchos, como a José Rafael Pocaterra, a hablar de un país en decadencia, que escribió aquél terrible panfleto que se llama "Memorias de un Venezolano de la Decadencia".

Pero, la gente de otras generaciones posteriores y, particularmente, los hombres que nacieron en los primeros diez años o quince años de este siglo, tenían otra visión del mundo y del país. Lo primero que habría que decir es

que no conocía nadie a este país. Lo que se sabía, básicamente, era la versión heroica de la vieja historia que no venía más acá de Gil Fortoul, que era lo más moderno y que, generalmente, estaba todavía en la proclama heroica y deformante de la epopeya de la Independencia.

De la geografía, seguíamos todavía viviendo de Codazzi. Era muy poco lo que se sabía de este país. Era un país que no se sabía exactamente con qué contaba, qué era, ni qué podía ser. No había estadísticas. Los niveles de educación eran bajos. Las posibilidades de desarrollo eran muy estrechas. Era un país muy pobre.

En esta Venezuela que navega y juega carnaval con millones, suena a ironía o a sarcasmo pensar que la primera vez que Venezuela tuvo un presupuesto de 50 millones de bolívares para todo el país, fué a fines del siglo pasado. Que la primera vez que Venezuela tuvo un presupuesto de 100 millones de bolívares fué ya por los años 30 de este siglo. Que la primera vez que Venezuela tuvo un presupuesto de 500 millones de bolívares fué después de la caída de Isaías Medina. Y, sin embargo, las necesidades eran inmensas, porque era un país enfermo, invadido en casi toda su extensión por el paludismo, donde salir de la zona montañosa del norte hacia el interior era una aventura de jugarse la vida.

Ahí está el ejemplo de Rafael Vegas, a quien su experiencia guerrillera le costó el Mal de Chagas, y la muerte, finalmente. Sin embargo, estos hombres que se formaron en esa época no tenían una idea negativa, ni de Venezuela, ni del Venezolano. Por una razón que valdría la pena investigar y estudiar, pensaban que Venezuela no era una causa perdida, que Venezuela era un país que tenía recursos humanos, en aque

lla inmensa estrechez, para salir adelante de sus dificultades.

Cuando murió el General Juan Vicente Gómez hubo como la impresión de que se alzaba un telón. Se alzaba un telón y empezaba a aparecer un país desconocido. Ese país desconocido se revelaba en los grados inmensos de pobreza, de atraso y de carencias. Cuando murió Gómez, en Venezuela no había ni una Escuela de Ingeniería Petrolera, ni de Geología. No había una maternidad. Había muy pocas comunicaciones terrestres. El principal puerto, La Guaira, era una concesión extranjera en manos de una compañía inglesa.

Los recursos con que contó el General López Contreras en el primer año de su gobierno sumaban 169 millones de bolívares. Sin embargo, había la impresión de que, con todas esas estrecheces y limitaciones, el país podía salir adelante. Había una actitud optimista y afirmativa, porque todo el mundo pensaba que había muchas cosas por hacer, que no se habían hecho por falta de voluntad, y que aquél panorama de problemas inmensos no era para amilanar a nadie, sino para ofrecer, más bién, una especie de campo abierto a una aventura creadora, en la que todos podían participar. Es decir, había una actitud de pensar que el país no tenía recursos, era un país pobre, pero que tenía hombres. Y que esos hombres eran capaces de sacar al país adelante, a pesar de la escasez de recursos.

Nunca se pensó en atajos. Nunca se pensó en soluciones fáciles. Nunca se pensó en recurrir a ayudas que no fueran las que daba el propio esfuerzo. Por ejemplo, y es muy curioso, en aquella carencia nadie pensó nunca en contraer un empréstito. Ustedes dirán que eso es absurdo. Pero es un absurdo que tiene cierta nobleza y cierta dignidad. El

país quería contar con lo que eran sus recursos y no se endeu
dó. En medio de esa estrechez inmensa, vivía con lo que te-
nía. Y, tenía economía muy atrasada, muy pobre, muy poco
productiva, pero sana.

¿Por qué?. Porque los 2 millones y medio de venezola
nos vivían de su trabajo. La industria petrolera había comen
zado, pero todavía estaba muy lejos de alcanzar las dimensio-
nes deformadora y arrolladora que alcanzó después la riqueza
petrolera. Por lo tanto, Venezuela seguía siendo el país
que vivía de su ganadería, de su café, de su cacao, de un
trabajo productivo limitado, pero efectivo.

Caracas era una modesta ciudad. Pero no había los
inmensos barrios marginales que luego hemos vivido. La gente
permanecía en su lugar, vivía en su lugar y trabajaba en su
lugar. De modo, que había las bases sanas para que se hubie-
ra podido hacer un país mejor. Y eso era lo que pensaba la
mayoría de los hombres de la época de Rafael Vegas.

En el año 36 Venezuela se llenó de esperanzas. Pero
de esperanzas fecundas y realistas. Se creó, por ejemplo,
un inmenso voluntariado. Nadie preguntaba ¿Cuánto voy a ga-
nar en ésto? porque no había cómo ganar en ésto, sino ¿Qué
puedo yo hacer y qué puedo yo dar?. Y, de esa manera se crea-
ron toda clase de iniciativas, de fundación de cooperativas,
de fundación de colegios y de escuelas libres, de formas asis-
tenciales, de pequeñas escuelas de alfabetización en barrios.
Todo el mudo creía que podía dar algo, y lo daba sin pensar
¿qué me va a remunerar ésto, o cómo me van a pagar aquello?.
Esa era la regla.

De modo que había una actitud positiva. Esa actitud
permitió que a partir de 1936, y en un lapso de diez años,

el país realizara cosas increíbles. El país lograra dar un gran paso de modernidad. Echar las bases de una democracia sólida, seria y responsable. Establecer adelantos políticos y económicos inmensos, entre los cuales se podría nombrar, muy a la ligera, la Reforma de la Situación Legal de la Explotación Petrolera en Venezuela, que es la que todavía rige en el fondo. Y que fué un inmenso paso de avance, que significó para Venezuela un cambio radical de actitud frente a su riqueza y frente a su porvenir. Es la Ley de Petróleo de 1943.

Se abrió el compás político, totalmente, hasta el punto en que llegó una hora en la cual, en Venezuela, el Presidente de la República podía decir que no había ni un preso ni un desterrado. Y, era verdad.

Se pudieron constituir todas las organizaciones políticas. Había la más absoluta libertad. Se hicieron toda clase de iniciativas, de adelantos. Se creó un Ministerio de Sanidad ejemplar. Esto que ustedes acaban de ver, en la película sobre Rafael Vegas, refleja perfectamente todas esas iniciativas que se tomaron en aquella estrechez y en aquella pobreza. Muy iluminadas, muy encaminadas, muy justas. Que todavía siguen siendo las soluciones que Venezuela exige y no tiene.

Todo eso configuraba un estado de ánimo de avance y de progreso. Desgraciadamente, ese camino se cortó. Se cortó y simultáneamente con ese corte, que regresó a Venezuela a otras épocas y a otras situaciones, surgió la inmensa riqueza petrolera. Yo, en alguna hora de pesimismo, he dicho que sería muy trágico que mañana se pudiera escribir la Historia de Venezuela en tres fases: Colón la descubrió, Bolívar la libertó y el Petróleo la pudrió.

No creo que sea así, pero en el fondo hay mucha verdad y premonición en ésto. La inmensa riqueza petrolera que cayó sobre Venezuela desarticuló las estructuras y la economía de aquél país bien encaminado, consciente de sus posibilidades, con los pies sobre el suelo. Y lo enloqueció vitalmente. Lo deformó, lo desorbitó, le cambió todos los parámetros. Y creó esta inmensa ola de riqueza fácil, de avidez de enriquecerse de cualquier manera, de desmoralizadora abundancia y despilfarro en el cual hemos vivido en los últimos quince o veinte años de Venezuela.

Es frente a ésto que vale la pena regresar un poco y reflexionar sobre lo que pudimos ser y no fuimos, sobre lo que todavía podemos ser si nos empeñamos y, sobre lo que significa el ejemplo de un hombre como Rafael Vegas. Un hombre ejemplar, que representaba un estado de ánimo colectivo, porque no era él solo, eran muchos, los que en distintos ámbitos hicieron y trabajaron.

Los hombres que como Pastor Oropeza, como Espíritu Santo Mendoza, que está aquí. Como Arnoldo Gabaldón y, como tantos otros, que ni siquiera se recuerdan. Se pusieron, cada uno en lo que podía, a hacer un país nuevo y distinto y mejor. Esa fibra no ha muerto. Hoy, Venezuela tiene más recursos humanos que los que tuvo nunca en toda su historia. Recursos materiales de una magnitud, que nos hubiera parecido delirante a los hombres que actuamos en el escenario venezolano hace cincuenta años. Desgraciadamente, ha cambiado una cosa. En aquélla época éramos pobres y pensábamos que esa pobreza era transitoria porque podíamos salir de ella por medio del trabajo y del esfuerzo y de la inteligencia. Es decir, teníamos, la sensación de que teníamos recursos humanos y carecíamos de recursos materiales y los podíamos obtener.

Hoy estamos en el peligroso trance de pensar, que hemos tenido todos los recursos materiales, pero que hemos carecido de recursos humanos. Creo que es injusta esta conclusión, que sería muy negativa. Tenemos muchos recursos humanos. Tenemos por millares hombres de la mejor formación, del mejor espíritu, de la mejor honestidad.

El carnaval de RECADI, la inmundicia de Recadi, que es la cosa que fija y protagoniza en grado máximo ese proceso, está muy lejos de representar la totalidad de Venezuela, ni siquiera una parte considerable de Venezuela. Es un conjunto de pervertidos por la riqueza petrolera que, gracias a las posibilidades políticas, lograron poder montar ese escenario de corrupción escandalosa que estamos descubriendo ahora. Pero el mismo hecho de que el país reacciona con indignación frente a eso, está revelando que el país sigue siendo un país sano. Que el país sigue teniendo las virtudes que tuvo en el pasado y que Venezuela es un país que tiene porvenir y que tiene recursos humanos y, además, tiene recursos materiales con los que no contó nunca.

Pienso que esta reflexión que suelto aquí, por preocupación de venezolano y viendo este filme que recuerda la vida fecunda y ejemplar de Rafael Vegas, es oportuna traerla aquí. Me dá la impresión que estamos cayendo, peligrosamente, en una vertiente o de cinismo, o de pesimismo. Y, sería lamentable que nos deslizáramos a este terreno.

La Venezuela que amaneció al día siguiente de la muerte de Gómez tenía problemas mucho más grandes y más desproporcionados. Sobre todo, si se miden en relación con los recursos con que contaba. Sin embargo, no había pesimismo. Había una especie de fé, de que se podía salir adelante. Y se saldría adelante haciendo lo que hacía Rafael Vegas y lo que

hacían tantos otros hombres.

Creo que es a ese espíritu que hay que regresar. Por eso pienso que esta conmemoración de Rafael Vegas no puede ser simplemente un acto de recuerdo del pasado, un acto de justicia a un hombre que merece el aplauso y la gratitud del país, sino que tiene que ser una confrontación. Tiene que ser una especie de exámen de conciencia, que cada uno de los que estamos aquí y de los que no están aquí, hagamos, y nos digamos: ¿Por qué no hemos hecho más por este país? y, ¿Por qué no nos ponemos, ahora, a hacer más por este país, como en circunstancias, tal vez más difíciles, lo hicieron hombres como Rafael Vegas?.

Muchas Gracias".

Luis Felipe Vegas

**DATOS
DE
ACADEMICOS**

Separata del Boletín N° 139-140

**ACADEMIA DE CIENCIAS FISICAS,
MATEMATICAS Y NATURALES**

DATOS DE ACADEMICOS

Luis Felipe Vegas S. ()*

Relatos de algunos recuerdos de su vida (**)

He dividido este relato en cuatro partes, las cuales no guardan entre ellas un orden cronológico, sacrificando éste en beneficio de una mayor claridad.

PRIMERA PARTE

La instrucción por mí adquirida. Dónde y cómo hice mis estudios. Mi actuación profesional.

La primera escuela que yo recuerdo, a la cual asistimos Sofía, Armando y yo, estaba una cuadra de la casa donde nacimos la cual estaba situada entre las esquinas de Truco y Guanabano señalada con el número 117.

Esa escuelita era de una señorita de nombre María Teresa Le-guineche muy conocida de mamá, muy joven, blanca, de pelo rubio, y bonita; yo la recuerdo así, como una cosa ideal. Ella nos enseñó las primeras letras.

Nos mudamos después de Socarrás a Salvador de León y cuando nos mudábamos de habitación o casa también nos mudaban de escuela, y ésta quedaba igualmente a una cuadra o cuadra y media de la nueva casa. Era de unas señoritas Hernández que se llamaban Carmen, Julia y Rosalía, siendo esta última la más simpática y fina. En esa escuela avanzamos y aprendimos no solamente a leer y escribir sino también algo de aritmética: suma, resta, multiplicación y, probablemente, hasta división.

Posteriormente nos mudamos a una casa situada en la esquina Sur-Oeste de la Plaza del Panteón lo que produjo un cambio de colegio. A Sofía la pusieron en el Colegio de las Hermanas Francesas, éste

(*) Individuo de Número de la Academia de Ciencias Físicas, Matemáticas y Naturales.

(**) Escritos por el mismo

quedaba en donde está todavía, y se llama Colegio de San José de Tarbes situado entre las esquinas de Llaguno y Carmelitas. Y Armando y yo entramos a un colegio de una señorita de nombre Clemencia Salamanca situado en el callejón de Las Mercedes a una cuadra de la Casa del Pateón.

Recuerdo que allí la principal cosa que nos enseñaron fue la misa, en latín y español, de memoria, y no entendíamos ni una palabra de aquello, pero así era el sistema de enseñanza de esa época.

Pasamos allí algún tiempo hasta que me pusieron a mí en el Colegio de los Padres Franceses y a Armando lo pusieron con Rafael en el Colegio del Carmen situado igualmente, muy cerca de la Plaza del Panteón.

En el Colegio de los Padres Franceses adquirí ciertos conocimientos de francés que todavía hoy me acompañan. Cuando estuve en Francia esos conocimientos me fueron muy útiles. Los padres franceses eran muy liberales y eso también lo adquirimos los que fuimos sus alumnos. Después de estar con ellos algún tiempo, entré a un colegio llamado Muñoz Tébar, el cual tenía un sólo profesor para todos los alumnos, para todas las clases, para todos los grados y, finalmente, a mí no me gustó mucho y conseguí que me pasaran al Liceo de Caracas.

En el Liceo de Caracas hice algunas maldades como disparar un revólver porque estaba fastidiado. Me fastidiaba especialmente el profesor de francés que era un señor Villalobos. Recuerdo que eran las dos de la tarde, hacía mucho calor, yo tenía conmigo un pequeño revólver, apunté sobre un cuadro mural que representaba una familia de granjeros y en el momento que el profesor, señalando con una varilla, nos enseñaba como se decía en francés "el padre", yo disparé. El disparo produjo un escándalo, Rómulo Gallegos, que era el director, expulsó al estudiante Valery porque del pupitre de éste salía el humo del revólver que yo había colocado con mucha rapidez en él.

Valery fue expulsado por un mes. Pero cuando lo vi tomar sus pertenencias y empezó a alejarse yo sentí mucha pena por él y poniéndome de pie expliqué a Rómulo Gallegos que era yo quien había hecho el disparo, que el revólver era mío, que observara que tenía marcadas las iniciales de mi nombre; Gallegos comprobó esto y gritó a Valery, quien ya estaba llegando a la puerta del Liceo, para que regresase, y al mismo tiempo me expulsó a mí, pero, solamente, por una semana por haber dicho la verdad.

Papá lo supo, se indignó conmigo, y me puso en el Colegio San Agustín.

Este colegio tenía un sólo profesor que era también el director y se llamaba Rafael Cruz Guitián. Con él adquirí muchos conocimientos especialmente en matemática en la cual yo estaba muy deficiente. Todos los días me obligaba a sacar los ejercicios que me ponía y los cuales iban en aumento desde sencillas sumas hasta interés compuesto, descuento, etc. pero como siempre empezaban con la suma yo tenía que llevarle, cada vez, más hojas de papel llenas de ejercicios, y al llegar yo al colegio en la mañana, muy temprano, él los revisaba y les ponía la nota correspondiente.

A este profesor quiero rendirle mi agradecimiento póstumo pues le debo muchos de los conocimientos adquiridos por mí en la instrucción primaria y, también, el haber logrado que yo modificara mi conducta de una manera conveniente sé que mi padre le explicó como era yo, y eso quizá lo orientó y le permitió ayudarme hasta lograr mi completa transformación.

En aquel tiempo hubo una reforma de la instrucción pública. Fue creado el Consejo Nacional de Instrucción por el ministro Guevara Rojas. Y se establecía, además, un sistema nuevo para poder obtener el grado de bachiller. En él se exigía que la instrucción primaria fuese hecha en seis años de primaria elemental y dos de primaria superior. Sin embargo, para los que ya habían terminado la primaria existía en la nueva ley un artículo transitorio que disponía que sólo debían presentar ante el Consejo Nacional de Instrucción un certificado del colegio donde lo habían cursado y se daba para ello un plazo determinado.

Todo eso lo supe por mi pariente José Antonio Sánchez Vegas. Entonces me fui al Colegio Muñoz Tébar donde había cursado parte de la primaria. Hablé sobre el asunto con el Dr. Muñoz Tébar, creo que este señor ni se acordaba de mí y, finalmente, no obtuve nada. Por el contrario, el Dr. Rafael Cruz Guitián inmediatamente me lo dió. Presenté el certificado y fue aceptado.

La instrucción secundaria y la especial las hice sometido a la nueva ley, la cual permitía que uno estudiara por su cuenta, pero exigía presentarse a examen ante una junta de tres examinadores que era nombrada por el Consejo Nacional de Instrucción. Si uno era aprobado en cada una de las materias correspondientes a un año, ya quedaba aceptado para cursar el siguiente año.

La instrucción secundaria se hacía en cuatro años y la especial en dos. Esta última se llamaba así porque en ella se estudiaban materias especiales según la carrera universitaria que se fuese a seguir. Por cierto al terminar yo la instrucción especial ésta fue suprimida y aquellos estudiantes que en ese momento habían terminado los cuatro años de la secundaria obtuvieron el grado de bachiller junto conmigo.

El título de bachiller me facultó para entrar a la Ilustre Universidad Central de Venezuela y hacer allí los estudios de ingeniería civil.

En aquellos tiempos se requerían cuatro años de estudios para obtener el título de ingeniero civil. Y la facultad de ingeniería estaba integrada por profesores que a pesar de estar muy mal remunerados desempeñaban lo mejor posible el noble y difícil arte de la enseñanza.

Al concluir los estudios obtuve el título de ingeniero civil y poco tiempo después fui encargado por don José Berrizbeitia de dirigir la construcción de una avenida en el Paraíso de Caracas y de una casa en San Agustín del Norte y, además, de algunas reparaciones de casas y edificios en el centro de la ciudad. Pero sucedió que faltando poco para terminar esos trabajos fui llamado por el Dr. Felipe Aguerrevere, director de la oficina de Fronteras del Ministerio de Relaciones Exteriores.

El Dr. Aguerrevere había sido examinador mío, era magnífica persona, y yo le tenía gran respeto y aprecio. Me expresó que él deseaba que yo fuera el ingeniero auxiliar de la Comisión Venezolana de Límites con el Brasil porque el ingeniero que tenía ese cargo se había retirado. Me explicó que el jefe de esa comisión era el Dr. F. J. Duarte, distinguido matemático venezolano, a quien yo no conocía sino de fama, y me preguntó, finalmente, si yo estaría dispuesto a aceptar ese cargo.

Le di las gracias y luego le expliqué que no podía aceptar porque estaba dirigiendo unos trabajos aquí en Caracas que todavía no estaban terminados y que, además, existían motivos políticos por los cuales no quería trabajar en esa frontera ni en ningún otro trabajo público.

El Dr. Aguerrevere me contestó que, no obstante, él pensaba que yo debía esperar algún tiempo antes de tomar ninguna resolución y que no dejara de participarle lo que definitivamente resolviese.

Pero fue grande mi sorpresa cuando un día, poco tiempo después de haber hablado con el Dr. Aguerrevere, apareció publicado en los diarios de Caracas mi nombramiento de ingeniero auxiliar.

Consideré peligroso no aceptarlo, temiendo que, de rechazarlo, podían encarcelarme nuevamente, pues ya había sufrido por motivos políticos, la célebre prisión de Palenque.

En cuanto a los trabajos que me había encomendado don José Berrizbeitia se los pasé a mi hermano Armando para que él los dirigiese hasta su completa terminación.

Para constituir la Comisión Venezolana de Límites con el Brasil, el gobierno venezolano nombró, en julio de 1930, al Dr. F. J. Duarte, ingeniero jefe; a mí, ingeniero auxiliar; al Dr. Antonio Briceño Rossi, médico; y al Dr. Aurelio Arreaza, secretario-abogado.

Los dos últimos mencionados y yo, en agosto de ese mismo año, emprendimos viaje hacia la frontera del Brasil embarcando en el puerto de la Guaira en el Caribeá, vapor de bandera alemana, el cual nos llevó hasta la isla de Trinidad donde embarcamos de nuevo en un vapor de río llamado El Delta. Este barco, de bandera venezolana, nos llevó hasta Ciudad Bolívar donde pasamos varios días comprando provisiones de boca, hamacas, mosquiteros y todos los objetos necesarios para cocinar y acampar en lugares selváticos. También contratamos hombres conocedores de la región y alquilamos, además, una lancha y varios botes grandes los cuales serían remolcados por la lancha.

Y en la mañana de un bonito día emprendimos viaje por el río Orinoco el cual teníamos que remontar hasta el río Negro donde debíamos hallar al Dr. F. J. Duarte quien entraría por el Brasil para encontrarse con nosotros en la frontera de Venezuela.

Ese viaje por aquel río tan caudaloso y tan desconocido para mí quedó grabado en mi memoria como un desfile de paisajes verdes sobre las márgenes de una inmensa superficie de aguas turbia.

Pero lo que más recuerdo, por la sorpresa y la impresión que me causó, es la selva, por su fauna, y sobre todo por su flora, porque ésta lo domina todo y tiene allí su grandioso reino y porque en ella serpentea el Orinoco.

Durante ese viaje dos sucesos son dignos de recordarse y por eso los voy a relatar.

Un día se presentó una tormenta que nos obligó a desembarcar en un puerto colombiano llamado Puerto Carreño. Este, además de puerto, era un pueblito muy limpio y con gente muy educada. Al desembarcar nosotros fuimos inmediatamente atendidos por el jefe civil quien nos alojó en la escuela del pueblo.

El jefe civil y la maestra de la escuela eran personas cultas y muy atentas. Ellos nos obsequiaron con una cena compuesta de sabrosos manjares. Y después de haber pasado una tranquila noche seguimos viaje llevando con nosotros un grato recuerdo.

El otro suceso fue más bien una aventura en la que iban perdiendo la vida los doctores Briceño Rossi y Arreaza.

Acaeció en el último pueblo venezolano donde estuvimos el cual se halla muy cerca de la frontera con el Brasil y se llama San Carlos de Río Negro. Allí fue necesario desembarcar porque el práctico que llevábamos se oponía a viajar de noche. Este práctico era muy prudente y tenía por norma no viajar de noche cualquiera que fuese el río.

El jefe civil de San Carlos de Río Negro era un hombre de baja estatura, de mala calaña y mal encarado, aunque reconozco que trató de ser amable con nosotros. Nos dijo que esa noche él deseaba que fuéramos a su casa para festejar nuestra llegada.

Al caer la noche los doctores Briceño Rossi y Arreaza se fueron a la fiesta. Yo no quise ir. Había algo en aquel hombre que me hacía desconfiar de él, y con el pretexto de tener en aquel momento una fuerte jaqueca me fui a dormir en mi hamaca que colgaba en uno de los botes.

Como a la media noche fui despertado bruscamente por el señor Ovidio Méndez, aposentador de la comisión, quien con mucha excitación me dijo que a los doctores Briceño Rossi y Arreaza los iban a asesinar, yo le contesté, medio dormido, que teníamos que salvarlos y me vestí lo más ligero que pude.

Ordené luego al Sr. Ovidio Méndez que reuniese a todos nuestros obreros y que distribuyese entre ellos todas las armas de que disponíamos. Estas eran una docena de máuseres, varias escopetas de dos cañones y numerosos machetes.

Dije entonces a los hombres que me siguieran, y revólver en mano, avancé hacia la casa del jefe civil situada en una esquina de la plaza principal.

A los hombres que estaban mejor armados los coloqué, en parejas, en cada una de las cuatro esquinas de la plaza y a los otros les ordené posesionarse de las esquinas más próximas.

El pueblo estaba muy oscuro porque las lámparas que lo iluminaban eran de kerosene y daban muy poca luz. Todo se realizó en el mayor silencio. Y cuando comprendí que había llegado el momento de actuar me dirigí a la casa del jefe civil acompañado por dos de los hombres a los cuales coloqué, uno, en la entrada de la casa, apuntando su arma hacia el interior de ella, y al otro, en la ventana apuntando junto conmigo al jefe civil.

Llamé entonces, en alta voz, a los doctores Briceño Rossi y Arreaza y les recordé que ya era hora de partir. Estos, que en el acto se dieron cuenta de mi táctica, salieron inmediatamente de la casa. El jefe civil no se movió pues ha debido comprender que cualquier paso en falso podía costarle la vida.

Nos replegamos y nos dirigimos al río. Allí nos embarcamos de nuevo y a pesar de los temores del práctico partimos al instante hacia la frontera del Brasil.

Mientras navegábamos por aquel río de aguas tan negras como la misma noche los doctores Briceño Rossi y Arreaza nos relataron que el jefe civil los había querido asesinar porque creyó que ellos estaban enamorándole a dos de sus queridas. Y después supimos que ese hombre era un malvado. A continuación transcribo lo que de él se refería un geógrafo norteamericano llamado Alexander Hamilton Rice, esposo de una de las dueñas de la fábrica americana de automóviles DODGE había estado en San Carlos de Río Negro y habiéndose convalidado mucho de sus habitantes viéndolos morir de mengua, adquirió la costumbre de enviarles anualmente, desde Estados Unidos, un botiquín conteniendo medicinas para tratar las enfermedades más frecuentes en aquella región, tales como paludismo, disentería, etc. Dichas medicinas debían ser distribuidas gratuitamente entre los enfermos.

El jefe civil recibía los botiquines, se apropiaba de las medicinas y las vendía a los enfermos.

Este hombre que ha debido estar en la cárcel era sin embargo la primera autoridad de aquel pueblo.

Aquella noche estuvimos navegando sin detenernos y cuando amaneció nos encontramos en el Brasil, país que reconocimos en el acto, porque con sus brillantes uniformes unos cien soldados brasileiros se hallaron de pronto frente a nosotros.

Muy cerca de la frontera, esta pequeña tropa tenía su campamento, el cual estaba constituido por unas cien casitas donde vivían las familias de los soldados, también había una escuela, una capilla, un hospital, una estación de telegrafía sin hilos y dos locales especiales, uno para la jefatura del comando y el otro para provisiones.

Al explicarles a los soldados quienes éramos nos condujeron inmediatamente a la jefatura del comando donde un oficial nos recibió muy cordialmente. Recuerdo que este oficial se mantuvo muy cortés y servicial durante todo el tiempo que allí estuvimos. Nos ofreció la estación de telegrafía sin hilos para que enviáramos mensajes a nuestras familias de Venezuela lo cual aceptamos agradecidos sabiendo lo que eso significaría para nuestros padres y hermanos quienes carecían, desde hacían muchas semanas, de noticias nuestras.

Algunos días después de nuestra llegada a la frontera se presentaron el Dr. Duarte y la Comisión Brasileira de Límites con Venezuela y en ese mismo instante procedimos a constituir la Comisión Mixta.

En el Sur nuestra frontera con el Brasil comienza con una línea geodésica que tiene 77 km,471.

Esa línea empieza en la región del Cocuy, en un poste situado en la margen izquierda del río Negro, frente a la isla de San José, y termina en la región de Maturacá en un poste situado en las proximidades del Salto de Huá.

Cuando nosotros llegamos a la frontera, a fines de 1930, esa línea estaba ya demarcada y considerada como definitiva, por lo cual emprendimos viaje hacia Maturacá para iniciar los trabajos de demarcación a partir del Salto de Huá.

Al llegar allí nos dedicamos a explorar los alrededores pero la intrincada y tupida selva que cubre toda la región no nos permitió saber con claridad por donde iba la línea divisoria de las aguas Orinoco-Amazonas, que, a partir del Salto Huá hasta llegar al monte Roraima, constituye nuestra frontera con el Brasil.

En vista de eso la Comisión Mixta resolvió iniciar los trabajos de demarcación más bien por el otro extremo de nuestra frontera con el Brasil, es decir, por el extremo oriental el cual está situado en la sierra Pacaraima y que da exactamente en un monte de esta sierra llamado Roraima.

La cima del monte Roraima es una extensa meseta de unos cuarenta kilómetros cuadrados de superficie y una altura de 2.850 metros sobre el nivel del mar.

A varios kilómetros del Roraima, exactamente en la margen izquierda del río Arabopó, y en territorio venezolana, había en aquella época, sobre la sabana, una pequeña aldea de indios yarecunas.

En esa aldea se reunieron las comisiones de límites y después de presentar sus credenciales procedieron a constituir la Comisión Mixta de Límites Venezolana - Brasileira - Británica. Ya que la Gran Bretaña también estaba representada habiendo enviado su comisión de límites.

Cuando esto sucedía ya habían transcurrido algunas decenas de años de que otra comisión mixta de límites venezolana - británica, en la cual Venezuela había estado representada por el Dr. Abrahán Tirado, había construido un poste fronterizo casi en el borde del monte Roraima, dejando en poder de los ingleses no sólo la mayor parte de dicho monte sino lo que es pero algunos centenares de kilómetros cuadrados de territorio venezolano.

Como la frontera de Venezuela con el Brasil, a partir del monte Roraima hasta llegar a la región de Maturacá, es la línea divisoria de las aguas Orinoco - Amazonas, y como la frontera de Brasil con la Guayana Británica es la línea divisoria de las aguas Amazonas - Essequibo, y como ambas divisorias concurren en un mismo punto que está situado en el monte Roraima, el poste que en aquel momento se estaba construyendo en dicho punto sería también el de nuestra frontera con la Guayana Británica, es decir, sería un poste trifinio.

En consecuencia procedí inmediatamente a explicar a los ingleses que en el Roraima no podían haber dos postes que era necesario eliminar el poste del borde, ya que el último tramo de la frontera Venezuela - Guayana Británica es una línea recta de 110 kilómetros de longitud que partiendo de un punto situado en el cerro Venamo termina en un

punto situado en el monte Roraima y que ninguna línea recta podía terminar en dos puntos.

Habiendo oído los brasileiros la exposición razonada que hice a los ingleses me manifestaron que ellos veían claramente que yo tenía razón y que yo podía contar con el apoyo de ellos en el momento que yo lo deseara. Esto me llenó de gran satisfacción y así se los manifesté. Ahora bien, posteriormente, el gobierno de Venezuela sostuvo la misma tesis ante el gobierno de la Gran Bretaña a dar por nulo el poste del borde del monte Roraima.

Cuando llegamos a la aldea de Arabopó el Dr. Duarte y yo empleamos los primeros días en hacer observaciones astronómicas las cuales nos permitirían fijar la posición geográfica de esta aldea indígena.

Después de haber hecho esto me correspondió a mí, como auxiliar que yo era, hacer una triangulación desde dicha aldea hasta el poste trifinio que acabamos de construir en el monte Roraima. Esta triangulación nos permitiría hacer un transporte de coordenadas desde la aldea de Arabopó hasta dicho poste y obtener así su posición geográfica.

La parte más dificultosa de esta triangulación fue la que tuve que hacer sobre la meseta del Roraima por lo accidentada que es su superficie y por la niebla casi constante que la cubre.

En esta inhospitalaria meseta, aunque poseedora de una rara belleza, me vi obligado a pasar más de un mes.

Concluida esta primera parte del trabajo, el Dr. F. J. Duarte, que no subió al monte Roraima y había permanecido todo el tiempo en la aldea de Arabopó, resolvió partir para Europa lo que disgustó al gobierno de Venezuela al extremo de que procedió a destituirlo encargándome a mí de la jefatura de la comisión y enviando a mi hermano Armando, también ingeniero como yo, para ocupar el cargo que yo desempeñaba.

Reanudados los trabajos de demarcación, la Comisión Mixta colocó a partir del monte Roraima y sobre la línea divisoria de las aguas Orinoco - Amazonas ocho postes que añadidos al poste trifinio dan en total nueve postes colocados sobre una extensión de 165 kilómetros de frontera.

Sobre esos postes Armando y yo hicimos observaciones astronómicas con el fin de determinar sus posiciones geográficas y Armando, además, hizo el levantamiento de los 165 kilómetros de frontera comprendidos entre el poste triffinio y el noveno poste.

Como los dos últimos postes, es decir, el octavo y el noveno, quedaron situados en una selva virgen muy parecida a la existente en Maturacá decidimos sugerirle al gobierno de Venezuela suspender momentaneamente los trabajos de demarcación para reanudarlos luego por el novedoso método aerofotogramétrico el cual nosotros considerabamos como el verdaderamente indicado en regiones muy boscosas.

El gobierno aceptó, reanudándolos el año 1939 por el método sugerido por nosotros.

Pero cinco años antes, es decir, el año 1934, para Armando y para mí habían terminado para siempre los trabajos de demarcación de fronteras.

Y ahora debo añadir solamente que nuestras relaciones con los brasileros fueron siempre muy cordiales. El siguiente relato prueba que realmente fueron de esa manera.

Después de la destitución del Dr. Duarte por el gobierno de Venezuela, convinimos las comisiones de límites de ambos países en encontrarnos en una fecha determinada en la aldea de Arabopó para que constituidos en comisión mixta continuáramos la demarcación de la frontera.

La comisión venezolana presidida por Armando y por mí llegó a dicha aldea en la fecha convenida pero la brasilera llegó un mes después. Ahora bien, según convenio firmado por los gobiernos de Venezuela y Brasil, si una comisión llegaba a la frontera en la fecha convenida y la otra no, la que había llegado podía iniciar los trabajos de demarcación quedando obligada la otra a aceptar como definitiva la frontera demarcada.

Nosotros resolvimos no cumplir con ese convenio y hasta que no llegó la comisión brasilera no inciamos los trabajos de demarcación lo cual hicimos constar en acta que fue firmada por ambas comisiones.

LA GRAN SABANA

Esa parte de la frontera de Venezuela con el Brasil que habíamos demarcado era también una parte de los linderos de nuestra Gran Sabana.

Bella, llena de encantos; con numerosos ríos de aguas cristalinas que a veces corren sobre un lecho de jaspe verde; con un aire puro no contaminado por el hombre; con un paisaje siempre cambiante en una sabana inmensa que parece no tener límites; cubierta de hierbas casi siempre verdes casi siempre frescas; con una temperatura agradable que nunca llega a ser ni muy cálida ni muy fría; con un cielo que en las noches de ciertas épocas del año es puro y lleno de relucientes estrellas, que desaparecen para dar paso a la aurora con sus fascinantes y vivos colores que transportan el alma hasta el arrobamiento. He ahí la imagen que en nuestro recuerdo dejó nuestra Gran Sabana.

LA CONQUISTA DE LA GRAN SABANA

Entre los informes técnicos que Armando y yo hacíamos, para luego enviarlos a la oficina de Fronteras del Ministerio de Relaciones Exteriores, incluimos unas Notas Geográficas sobre la Gran Sabana que habíamos preparado con el propósito de contribuir al conocimiento de nuestra geografía.

Esas Notas Geográficas fueron publicadas algunos años después en el Boletín de la Sociedad Venezolana de Ciencias Naturales - Tomo VIII N°. 55 - abril-junio 1943.

Ellas dieron margen para la promulgación del decreto del 24 de julio de 1943 que aparece en el Libro Amarillo del Ministerio de Relaciones Exteriores, páginas 30 y 31, año 1935 creando una carretera hacia la Gran Sabana, y aunque ella fue ejecutada con una gran lentitud, ésta finalmente fue inaugurada el año 1934. Dando así comienzo a la conquista de la Gran Sabana.

En 1946, diez mil familias de agricultores norteamericanos se dirigieron al gobierno de Estados Unidos para pedir a éste hiciera las diligencias necesarias para que el gobierno de Venezuela les dejara instalarse en la Gran Sabana con el fin de desarrollar en ella la agricultura. Pero el gobierno de Venezuela rechazó dicha solicitud.

Con una superficie de 20.000 kilómetros cuadrados, un clima se-

mejante al del valle de Caracas, una temperatura media de 22°C., y una gran cantidad de ríos, la Gran Sabana sería para muchos pueblos de la Tierra un pedacito del Edén.

Ella es dos veces más grande que el Líbano y es tan grande como Israel pero Israel es pobre y árida y la Gran Sabana es rica y abunda en ríos.

Sin embargo, cuando un pueblo posee una gran inteligencia y una gran voluntad y sobre todo un inmenso amor como el que tiene el pueblo hebreo por Israel, la naturaleza muerta renace y la pobreza se transforma en riqueza.

¿Hasta dónde ha llegado Israel? ¿hasta dónde ha sido llevado por la fuerza que le impele el pueblo hebreo? lo vamos a saber inmediatamente nos lo dirá la siguiente reseña tomada del ATLAS ECO 1979-1980.

“Los forrajes destinados a las vacas en cría que producen los término medio 652 kilogramos de leche por cada animal, es el primer rendimiento del mundo, seguido a mucha distancia por el resto”

“La producción de una especie de naranja llamada pamplemusa es la segunda en el mundo”

“Y los otros cultivos, como los tomates, etc., causan admiración, y han hecho que se diga que la agricultura israelita tiene un éxito enorme”

“La industria israelita, activa y moderna, exporta para los mercados occidentales”

“El índice de la producción industrial, que reagrupa todos los sectores, indica un crecimiento regular, y fue de 154 en 1977, muy superior a la de los países industriales europeos”

“Y también, en el año de 1977, el 20,8% de su territorio estaba siendo cultivado y el Producto Nacional Bruto era por habitante de US\$ 4.183. En tanto que las tierras cultivadas por Venezuela eran en el año de 1977 escasamente el 5,8% de su territorio y el Producto Nacional Bruto por habitante de US\$ 2.734”

“De Israel se dice que es la Suiza del Cercano Oriente”

“Es un país que no conoce la desocupación. Y donde actualmente se está tratando de desnacionalizar las empresas del Estado”

“Además, está en vías de pasar de una concepción paternalista, colectivista y socialista a un concepto de libertad humana”

Enterados ya de lo que es Israel, es natural que uno se pregunte que hubiera sucedido si en lugar de una región tan pobre y tan árida hubieran recibido los hebrus, para que la desarrollaran, una región rica y regada por muchos ríos tal como lo es la Gran Sabana.

En dicho caso el pueblo hebrero se hubiera llenado de regocijo y habrían creído que les estaban entregando la tierra en la que habían soñado todos sus antepasados: la TIERRA DE PROMISION.

Conviene pues que a los pobladores actuales y futuros de la Gran Sabana se les explique la enorme importancia que esta tiene, de modo que por ignorancia no contribuyan a su destrucción. Aunque deberá tenerseles bajo inspección hasta que ellos, demuestren que esa inspección no es necesaria.

Como la energía hidroeléctrica más importante la obtiene Venezuela del río Caroní conviene conservar toda la flora de la hoya hidrográfica de ese río. Deberá mantenerse una constante vigilancia para que en ella ni talen ni quemén. Y en lo que respecta a la Gran Sabana, que es parte muy importante de esa hoya y donde nace además el río Caroní, habrá que llevar esa vigilancia al grado máximo.

El desarrollo de la Gran Sabana deberá ser paulatino y emprenderse solamente después que hayan sido realizados todos los estudios necesarios a dicho desarrollo.

Desde ahora conviene instalar en ella servicios meteorológicos, hidrológicos y topográficos, y un servicio especial para vigilancia, inspección y extinción de los incendios que puedan producirse tanto en la sabana como en la floresta.

Después, y a medida que se vaya desarrollando, habrá que establecer en ella escuelas de agricultura, de industria y, también, para fines de investigación.

Debe pensarse que algún día estará cruzada por vías férreas y vías carreteras, que el transporte principal será colectivo, que será uno de

los lugares del mundo más visitados por los turistas y que, por consiguiente, deberán construirse muchos hoteles para ese fin.

Deberá cuidarse a la Gran Sabana de que no caiga en poder de los especuladores y urbanistas sin escrúpulos, de los que al proyectar una ciudad olvidan lo más importante como es la cantidad de agua de que puede disponerse, de la ubicación de los parques de recreo y de cuantos deberá haber por cada 100.000 habitantes, y lo mismo podemos decir relativamente a las escuelas, iglesias, plazas públicas, piscinas públicas, museos, pequeños teatros para aficionados, conservatorios, bibliotecas públicas, zoológicos, jardines botánicos, clínicas y hospitales de emergencia, jefaturas civiles y militares, y de la más conveniente distribución de los edificios públicos, etc.

Desde ahora será conveniente pensar en el problema de la energía, sin la cual no es posible ningún progreso. Deberá obtenerse de todas las fuentes posibles. No deberá descartarse ninguna de ellas. Muchos piensan que la energía solar es entre todas la que tiene más porvenir.

Y para ponerle fin a todo lo que acabo de exponer y a lo cual he puesto el título de "La Conquista de la Gran Sabana", añadiré:

Que repartir la tierra en la forma que se viene haciendo en Venezuela, no ayuda en nada a quien la recibe, se inutiliza la porción de tierra donada, y se engaña al país. Pues la agricultura hace ya tiempo dejó de ser empírica para transformarse en un arte y una ciencia.

Si Israel se ha desarrollado de la manera que ya sabemos se debe a que los hebreos que la cultivan son personas suficientemente instruidas y están dirigidas por especialistas.

Los dirigentes políticos de Israel han demostrado tener competencia, honestidad, responsabilidad, y un gran espíritu de sacrificio.

Son además personas que no practican la demagogia sino que al contrario la condenan. Lo que prometen lo cumplen. Sus promesas son serias.

Ahora bien, volviendo de nuevo a nuestro relato de las cosas que todavía recuerdo de aquella época en que para nosotros finalizaron para siempre los trabajos de demarcación de fronteras, rememoro que esos trabajos habían perturbado ligeramente mi salud por lo cual re-

solví descansar algún tiempo. Además, en aquel año de 1935, era muy difícil conseguir un empleo pues el país estaba sumido en un profundo malestar económico.

Al comenzar el año 1936 la situación cambió y fue fácil para mi obtener trabajo. El 13 de marzo de ese mismo año fui nombrado Ingeniero a la orden del Servicio de Aerocartografía del Ministerio de Obras Públicas. Servicio que después de algunos años de existencia tomó el nombre de Cartografía Nacional.

Mi trabajo consistía en enlazar a la red de triangulación principal los puntos de referencia que requería la restitución aerofotogramétrica.

Por cierto, esa red de triangulación principal no cubría sino una pequeña extensión del territorio venezolano y, además, considerada modernamente, no era ni de tercer orden siquiera.

Nuestros mapas, es decir, la representación geográfica de alguna región o de todo el territorio venezolano, apenas tenían, con muy pocas excepciones, el valor de unos croquis bien hechos.

Tal era, en materia de cartografía, nuestra situación, aquel año de 1936.

Y así, aunque fuera cojeando, me puse a trabajar hasta que llegara el día que se pudieran cambiar las cosas para hacerlas como era debido.

La oportunidad se presentó en el año de 1943.

La humanidad se hallaba en estado de guerra.

Para la defensa de toda la América era muy importante saber que valor cartográfico tenían los mapas de cada uno de los países del continente americano, que se obtenían en venta en las librerías de cualquier parte del mundo.

El Instituto Panamericano de Geografía e Historia, con sede en Ciudad de Méjico, y la Sociedad Americana de Geografía, de Nueva York, patronizaron con ese fin una reunión de cartógrafos en la ciudad de Washington, capital de Estados Unidos.

Para representar a Venezuela en esa reunión, yo fui invitado junto con el Dr. Pedro Ignacio Aguerrevere, quien por diversos motivos no pudo asistir. Como yo era funcionario público pedí permiso al gobierno de Venezuela y éste me lo concedió. Y el 28 de septiembre de 1943 emprendí viaje en avión y llegué a Washington en la madrugada del siguiente día.

En la primera reunión que tuvimos observé que en ella se hallaban cartógrafos, de Bolivia, Brasil, Canadá, Colombia, Chile, Ecuador, Méjico, Paraguay, Perú, Estados Unidos y Uruguay.

Después de varias reuniones durante las cuales se discutió que valor podían tener los mapas de estos países quedó claramente establecido que éstos, en su gran mayoría, no eran muy de fiarse, y recuerdo mucho que ya al final de la última reunión alguien comentó, en alta voz, que en materia de cartografía los Estados Unidos se habían adelantado con respecto a la América Latina alrededor de siglo y medio.

No era sorprendente que así fuese ya que Estados Unidos se habían adelantado a la América Latina en casi todos los aspectos del progreso.

La siguiente reseña dará clara idea de eso:

Juan de Ampués funda el año de 1527, con el nombre de Santa Ana de Coro, la primera ciudad venezolana.

Y, ochenta años después en 1607, John Smith funda en Jamestown, Virginia, la primera colonia americana permanente.

En 1636, es decir, veinte y nueve años después, ya funciona en Massachusetts la Escuela Superior de Harvard.

Y a los cuarenta años de fundada la primera colonia americana, es decir, en 1647, se instituye la enseñanza primaria obligatoria, que en Venezuela es instituida en 1870, es decir, 343 años después de fundada la primera ciudad venezolana.

En 1704 se publicó en Boston el primer periódico. Y en 1733 comienza la lucha del pueblo americano por establecer el principio de la libertad de prensa y éste queda definitivamente establecido en 1736.

Finalmente, el año 1783 nace en Venezuela el hombre que logrará

su independencia: Simón Bolívar. Y los Estados Unidos, ese mismo año, adquieren su independencia absoluta y ya poseen la segunda marina mercante del mundo superada únicamente por la inglesa.

Dicha marina, formada por naves que eran todas de fabricación americana, surcaba todos los mares, y llegaba en sus viajes hasta la misma China, estableciendo intercambios comerciales inclusive con aquel remoto país.

En 1815 los Estados Unidos ya habían sido recibidos, en igualdad, en la familia de las naciones más desarrolladas y habían dejado atrás a todos sus vecinos de las tres Américas que todavía luchan por salir del tercer mundo donde se encuentran sumidos.

Aclarada, por esta reseña, de que manera se nos fueron adelante los Estados Unidos, volvamos a mis recuerdos sobre nuestra reunión en Washington.

Cuando ésta terminó una cosa era evidente, los Estados Unidos estaban dispuestos a prestarnos toda la ayuda que de ellos quisiéramos aceptar para que rápidamente nos pusiéramos al día en materia cartográfica.

Posteriormente, y en otras reuniones que se realizaron en los demás países de América, se fijaron las normas de precisión para las operaciones geodésicas fundamentales, etc.

Al regresar de Estados Unidos fué enviado a ese país a una gran parte de las personas que estaban bajo mis ordenes para que adquirieran los conocimientos que iban a ser indispensables para hacer las cosas como las hacían allá. Aunque debo recalcar que todas esas personas enviadas por mí habían ya demostrado competencia y grandes deseos de superarse.

Tuve éxito, puesto que a mediados de 1950 ya había logrado los siguientes resultados:

10 bases medidas de primer orden y tres proyectadas, 12 estaciones astronómicas de primer orden concluidas y 4 proyectadas, 14 estaciones astronómicas de segundo orden terminadas y 2 proyectadas, 3.675 puntos de referencia para aerofotografía, 1.930 kilómetros de nivelación de primer orden terminada con 840 señales de concreto, 132 figuras de triangulación de primer orden terminadas y 152 figuras de triangulación de primer orden en reconocimiento.

Si observamos todas esas figuras sobre el mapa de Venezuela vemos que partiendo de la frontera con Colombia van, de Oeste a Este, pasando por San Cristóbal, Mérida, Trujillo, Barquisimeto, Caracas, Higuerote, Barcelona, Cumaná, y Golfo de Paria. Y que hacia el Norte hay dos ramales que se encuentran en Coro y siguen hasta Paraguaná. y que por el Sur, hay un ramal que llega hasta San Fernando de Apure, y otros dos, que pasando respectivamente, por Cantaura y Ciudad Bolívar el uno, y Maturín y San Félix el otro, se encuentran en el Callao.

Vemos, pues, que esta triangulación se extiende sobre más de la mitad del territorio de Venezuela, es decir, sobre unos 500.000 kilómetros cuadrados y es además, de primer orden.

Por el contrario, la pequeña triangulación que yo hallé cuando comencé a trabajar en el Ministerio de Obras Públicas, en 1936, se extiende apenas sobre unos 10.000 kilómetros cuadrados, es decir, sobre el Distrito Federal y sus alrededores y no es ni de tercer orden siquiera.

Quiero, además, añadir que por sugerencia mía fueron creados el Servicio de Mapas Aeronáuticos y el Taller Litográfico.

En la columna Datos, de Vértice, órgano informativo de la Dirección de Cartografía Nacional, Año 1, Caracas, diciembre de 1974, N°. 7; puede leerse:

“El Dr. Luis Felipe Vegas fue quien tuvo la iniciativa de incorporar los estudios y las prácticas de sistemas geodésicos en la Dirección de Cartografía Nacional: Triangulación de Primer Orden, Mediciones de Bases, Astronomía de Primer Orden, Cálculo y Ajuste de la Triangulación de Primer Orden por el método de los mínimos cuadrados, Gravitimetría, Hidrografía, etc., y envió a estudiar a los Estados Unidos a varios funcionarios de la Dirección de Cartografía Nacional, entre los años 1946 y 1950.

Para más referencias pueden verse:

La Revista del Colegio de Ingenieros de Venezuela, N°. 183 junio 1951- págs: 15-18; la Revista norteamericana “The Military Engineer, N°. 291; y la obra titulada Primera Reunión de Consulta sobre Geodesia, Cartas Aeronáuticas y Mapas Topográficos. Publicación N°. 76 del Instituto Panamericano de Geografía e Historia, Méjico 1945.

Ahora bien, al comienzo de ese relato, que trata de mi labor en el Ministerio de Obras Públicas, expliqué que en 1963 había sido nombrado Ingeniero a la orden del Servicio de Aerocartografía de ese Ministerio.

Ese servicio, al crecer, cambió de nombre y ahora se llama Dirección de Cartografía Nacional, y mi cargo, también cambió de nombre, y ahora tiene el muy ostentoso de Jefe de la División de Geodesia.

Con ese nuevo título desempeñé dicho cargo hasta el 1° de julio de 1952, pues en esa fecha fui transferido a la División de Estudios Hidrológicos dependiente de la Dirección de Obras de Riego del mismo Ministerio, con el cargo de Ingeniero Jefe de la misma.

Al encargarme de la jefatura de la División de Estudios Hidrológicos mi mayor anhelo consistió en equipar con aparatos registradores todas las estaciones de medir para eliminar en lo posible las causas de inseguridad en los datos cuando éstas eran originadas por ignorancia, irresponsabilidad o negligencia humana.

Mi otro gran deseo fue publicar los datos relacionados con los cursos de agua cuyo régimen hidráulico se venía estudiando. Pues me preocupaba mucho que en caso de incendio fueran consumidos por las llamas. Además, publicarlos, era la mejor manera de que fuesen aprovechados por el mayor número posible de personas.

Tuve éxito, pues dichos deseos pude realizarlos con toda libertad.

La esfera de actividad de la División de Estudios Hidrológicos o División de Hidrología como se la llamó a partir del año 1955 estaba constituida especialmente por:

a) Observaciones de carácter hidrométrico, pluviométrico y evaporimétrico, las cuales realizaba a través de sus dependencias en el interior del país, que eran conocidas con los nombres de distritos y zonas hidrológicas.

b) Estudio y proyecto de las Estaciones hidrológicas.

c) Conservación y contraste periódico del instrumental.

d) Hacer los estudios hidrológicos recomendados por la Dirección de Obras Hidráulicas, que era el nuevo nombre que tenía ahora la Dirección de Obras de Riego.

e) Suministro de los datos al público en general, y publicación de los mismos con el título de Registro Fluviométrico

Ahora bien, volviendo a mis deseos, hubo uno que no me fue posible realizar, por falta de recursos económicos, pues yo quería emprender estudios e investigaciones en el campo de las aguas subterráneas, lo que hubiera sido de gran beneficio para el país.

Para concluir, voy a transcribir algunos párrafos de una carta que, después de haber visitado, en 1959, a la División de Hidrología, dirigió el famoso hidrólogo norteamericano Revoe C. Briggs al Dr. Armando Michelangeli, Director de Obras Hidráulicas.

"Me doy cuenta del enorme progreso alcanzado por la División de Hidrología en los últimos 12 años".

"Examinando la lista actual de estaciones aforadoras fluviales me encuentro con que se han establecido 40 nuevas estaciones fluviográficas. De éstas, 19 miden el escurrimiento que de las Cordilleras Andinas y Centrales cae al Sistema Apure-Orinoco. Los datos que proporcionan estas estaciones serán de gran valor e importancia para el futuro desarrollo y control de esa vasta zona. El establecimiento de estas estaciones han sido una medida muy acertada".

Y más adelante dice:

"En cuanto a las Oficinas principales de la División, se nota un progreso resaltante. Debe ser motivo de orgullo para Ud. la organización y el equipo existente en la Torre Sur. El personal parece muy capacitado e interesado en su trabajo".

Y para finalizar, añade:

"Otra de las verdaderas realizaciones la constituye la publicación del "Registro Fluviométrico, 1940 - 1954". Este volumen de 1226 páginas presenta, en forma permanente, los datos que usarán los ingenieros e hidrólogos durante los próximos 100 años. Me doy cuenta que esta obra representa esfuerzo y dinero, pero su valor real está por encima de todo eso".

El 25 de octubre de 1961 me fue conferida la condecoración de la Orden del Libertador, en el grado de Oficial, por haber prestado durante largos años eficaces servicios en el Ministerio de Obras Públicas.

Y el 1° de enero de 1965 fui jubilado por dicho Ministerio.

SEGUNDA PARTE

Mis actuación en la política.

El año 1928, Venezuela estaba gobernada por Juan Vicente Gómez. Este se había apoderado del gobierno en diciembre de 1908 por consiguiente iba a cumplir 20 años gobernando.

Para conseguirlo se había valido del espionaje de la cárcel, de los grillos, de la tortura, del puñal de fraude, del soborno, etc. Había montado toda una máquina de terror.

Y de esa manera, ese hombre cruel, implacable, frío y silencioso, había logrado mantenerse en el poder.

El estado de guerra fratricida que se había instaurado en Venezuela de maneia casi permanente desde que terminara la guerra de independencia, había llevado a ese montañés, a ese simple campesino, casi analfabeta, a la cumbre del poder.

Pero, en el año de 1928, los estudiantes universitarios no queríamos seguir viviendo bajo la férula de este hombre primitivo y bárbaro.

Habíamos pues resuelto rechazar por medio de la palabra y por medio de la acción aquel estado de sumisión a que había sido sometido todo el pueblo venezolano. Y para dar comienzo a la agitación que nos proponíamos sembrar en el pueblo celebramos una semana de festejos a la cual dimos el nombre de semana del Estudiante.

Durante esa semana, que comenzó el 6 de febrero, se realizaron desfiles, se pronunciaron discursos alusivos a la opresión a la cual estábamos todos sometidos, se rompió una lápida de mármol porque tenía una inscripción laudatoria para Juan Vicente Gómez por la construcción bajo su gobierno de la escuela de Medicina de Caracas, se eligió, a la simpática y muy bonita Beatriz, Peña, reina de los estudiantes, y por último, y para clausurar aquellos actos, se efectuó un baile donde reino la alegría y el orden.

Al comienzo de la semana siguiente la policía gomecista actuó encarcelando a los estudiantes oradores y también al que había roto la placa de mármol que estaba en la Escuela de medicina.

Eso nos indignó exigimos la inmediata libertad de nuestros compañeros o la prisión para todos. El gobierno contestó encarcelándonos a todos.

La gran mayoría de los estudiantes fue llevada al Castillo Libertador, conocida cárcel de aquella época, y a un pequeño grupo se nos dejó en el Cuartel de Policías de Caracas.

Al undécimo día nos restituyeron la libertad.

Los estudiantes procedimos entonces a preparar el segundo acto: la conspiración de los cuarteles.

Esta dio su fruto la noche del 6 de abril con la sublevación de la tropa que custodiaba al Palacio de Miraflores, o Palacio de Gobierno, y con el intento de rebelión de la tropa alojada en el Cuartel San Carlos de Caracas.

Pero habiendo abortado el intento de rebelión del Cuartel San Carlos, que nos hubiera puesto en posesión de seis mil máuseres y cinco millones de tiros con los cuales nos proponíamos armar al pueblo de Caracas, resolvimos desaparecer del ambiente por algún tiempo.

Aquella noche del 6 de abril mi madre se hallaba sola porque parte de la familia se había ido a pasar la Semana Santa a Macuto, lugar balneario de Caracas y porque mis dos hermanos, Armando y Rafael, y yo, estábamos comprometidos en la conspiración de los cuarteles.

Como la casa que habitábamos en aquel tiempo distaba apenas una cuadra del Palacio de Miraflores, es decir, estaba situada en la cuadra comprendida entre las esquinas de Llaguno y Bolero, al producirse los primeros disparos de la tropa que acababa de sublevarse en el palacio mencionado, mi madre despertó, y al darse cuenta que estaban ausentes sus tres hijos menores, se apostó detrás del portón de entrada de la casa a esperarnos.

Se aseguró de que el portón podía abrirse fácilmente y permaneció allí, de pie, hasta que después de algún tiempo por una rendija de la puerta me vió llegar, me abrió el portón, y, sin pronunciar una sola palabra, me dejó pasar.

Armando llegó luego y tampoco a él le preguntó nada.

Rato después vio desfilar, por la acera de enfrente soldados y civiles, todos los cuales iban en fila india, pegados a las paredes de las casa y listos para entrar en combate. Era la nueva tropa del gobierno que iba a custodiar El Palacio de Miraflores que había sido abandonado por la tropa sublevada.

Pero mi madre permaneció allí, de pie, esperando, hasta que al fin amaneció, pero Rafael, el menor de sus hijos, no llegó.

La vi entonces irse al pequeño oratorio, y allí, de rodillas, rezar, llena de gracia y de profunda fe.

Cuando terminó de orar, me pareció transfigurada, se veía como más segura. Como si el peligro ya hubiese pasado.

Así era mi madre, así había sido siempre, en los momentos de mayor congoja.

Y por fin, aquel mismo día, tuvimos noticias de Rafael.

Mi hermana Luisa Amalia se encargó de ocultarnos y nos llevó a vivir en casa de familias en las cuales el gobierno no podía suponer que pudiéramos estar.

Recuerdo que muy cerca de la plaza de la Candelaria quedaba la casa de la familia Rodríguez Moya, adonde yo fui a parar. Fui alojado en la mejor habitación: la sola.

A esta familia quiero rendirle mi agradecimiento póstumo, por su bondad para conmigo y por haberme ocultado a pesar de encontrarse muy enferma, con tifo, una de las niñas.

Después de algunas semanas de estar escondidos se nos hizo saber que podíamos salir de nuestros escondrijos y continuar los estudios sin temor a ser detenidos.

Y así fue. Pero el 2 de octubre los estudiantes volvimos a la carga.

Ese día en carta dirigida a Juan Vicente Gómez se le exigía la libertad de los presos políticos entre los cuales se encontraban, además, algunos estudiantes.

Gómez contestó ordenando que nuevamente no hicieran presos pero que esta vez nos sometieran a trabajos forzados, es decir, a los

trabajos de la carretera que se construía hacia Barlovento y la cuales en aquellos momentos sólo llegaba hasta un sitio denominado Colonia Bolívar situado en las márgenes del río Araira, a 20 kilómetros de Guarena.

En esa carretera estábamos trabajando cuando el 29 de noviembre fuimos separados y enviados a otra carretera llamada Palenque las siguientes personas:

Antonio Anzola Carrillo,
Eduardo Célis Sauné,
Rafael Chirinos Lares,
Enrique García Maldonado,
Nelson Himiob,
Pedro A. Juliac,
Guillermo López Gallegos,
José Antonio Marturet,
Inocente Palacios,
Clemente Parparcen,
Ricardo Razetti,
Antonio Sánchez Pacheco,
Germán Stelling,
Luis Felipe Vegas,
Luis Villalba,
Juan Gualberto Yánes,

El resto de los estudiantes, es decir, la mayor parte, quedó trabajado en la Colonia Bolívar hasta el 4 de marzo de 1929 día en que fueron trasladados al Castillo Libertador.

Los 16 estuadiantes nombrados salimos de la Colonia Bolívar a las 6 de la tarde de aquel día 29 de noviembre de 1928. Recuerdo que en aquel momento lancé una mirada de despedida a los estudiantes que se quedaban y a quienes podía ver mejor porque estaban más cerca de mi ellos, eran: Isaac J. Pardo, Alberto Olivares, Angel Ugueto Alejandro Oropeza Castillo, Edmundo Fernández, Italo Tepedino, Pedro N. Pereira h., Luis G. Negrette y Raúl Acosta Silva.

Nunca podré olvidar los rostro enardecidos, las mirada hoscas y los gritos de protesta, de indignación y de horror lanzados por muchos de los estudiantes que pensaron que nos llevaban a una muerte segura.

Cuando al fin partimos, aquellos rostro, aquellos clamores, se fueron desvaneciendo para reaparecer en el famoso rincón de los recuerdos.

Veinte y cuatro horas después de haber salido de la Colonia Bolívar llegamos a Palenque, hato situado en la llanura del Estado Guárico.

Al otro día de nuestra llegada, el coronel Roberto Torres Velázco, jefe de aquel presidio, nos leyó el telegrama que acababa de recibir de Juan Vicente Gómez, el cual decía que el coronel Varela, quien en adelante sería el segundo jefe del presidio, le entregaría a los 16 estudiantes cuyos nombres ya he citado y le ordenaba que nos tratara como a presos comunes.

Ese coronel Varela, era a quien Juan Vicente Gómez había comisionado para nuestro traslado desde la Colonia Bolívar hasta Palenque.

Inmediatamente después nos dieron unos trajes de rayas azules y blancas para que los usáramos en adelante, y encima de uno de los tobillos nos colocaron un grillete, además, nos quitaron los zapatos y los sombreros y nos dieron para usar, en vez de ellos, alpargatas y sombreros de cogollo.

Diariamente, alrededor de las 4 a.m., nos llevaban a pie hasta el sitio donde había quedado el pedazo de carretera hecho el día anterior y allí, valiéndonos de un pico y de una pala que habíamos llevado sobre el hombro, teníamos que hacer una zanja de desagüe o cuneta y la tierra que íbamos sacando lanzarla hasta hacer el lomo de lo que iba a ser la carretera, la cual, en definitiva, consistía en dos zanjas de desagüe paralelas y distantes, aproximadamente, siete metros.

Por la tarde, alrededor de las 2 p.m., regresábamos al presidio.

Este, era una barraca sin paredes y con un techo de zinc. Las columnas que sostenían el techo eran troncos de palmeras clavados en el suelo, y varios hilos de alambre de púas paralelos y separados unos quince centímetros reemplazaban las paredes.

El régimen al que estaba sometido aquel presidio tenía un propósito muy claro: matar rápida o lentamente a los prisioneros.

A éstos les daban dos veces al día el mismo alimento el cual consistía en una taza de frijoles y una hallaquita de maíz.

Les hacían trabajar en la carretera y cuando por enfermedad o debilitamiento no ejecutaban la tarea que les habían fijado eran azotados hasta que se desplomaban.

Como no tenían asistencia médica y estaban debilitados eran víctimas fáciles del paludismo, la disentería o la tuberculosis. Y de esa manera habían muchos que morían.

Cuando eso sucedía, el cadáver era desnudado y el traje rayado que había poseído se los repartían entre los dos presos que ejercían las funciones de sepultureros. Luego, lo cargaban sobre un cuero de novillo desecado que habían fijado a dos listones paralelos. Los transportaban hasta una o dos cuadras del presidio y los depositaban en una fosa de poca profundidad, de tal manera que después de cubrirlo con tierra quedaban los pies y parte del rostro al descubierto.

Al poco rato se veían los zamuros revoloteando hasta posarse y devorar la carroña. Y cuando el viento soplaba en la dirección del presidio llegaba hasta éste una gran fetidez.

Si alguno de esos infelices desesperado, escapaba del presidio pero nuevamente era encarcelado, lo colocaban en cepo de campaña y luego lo inclinaban de un lado y le azotaban la nalga que quedaba a la vista recibiendo en ella hasta ciento cincuenta vergajazos. Después le hacían lo mismo en la otra nalga finalmente, era arrojado de cruces encima del piso de tierra del presidio y sobre las heridas nalgas se formaba una sangraza, y ya infectadas, algunos morían de ello.

A pesar del tiempo transcurrido, recuerdo todavía, y muy vivamente, que a los chasquidos producidos por el látigo, se unía la viva expresión de dolor del prisionero, quien llamaba a gritos a su madre, hasta que sobrevénía un silencio, para luego, casi enloquecido, se le oía cantar.

Nosotros, los estudiantes, también hicimos proyectos para fugarnos de Palenque pero todo ello se malogró porque un caporal que estaba en el complot lo delató.

Como castigo nos suprimieron la comida durante cuatro días y al mismo tiempo nos amenazaban con hacernos sufrir horribles torturas.

Y dos de nosotros fueron sometidos durante todo un día al suplicio del cepo de campaña. Ellos fueron Antonio Anzola Carrillo y Eduardo Celis Sauné.

Algún tiempo después vinieron las intensas lluvias que interrumpieron los trabajos de la construcción de la carretera por lo cual fuimos trasladados a la población de El Sombrero.

Mientras tanto una serie de acontecimientos se habían estado produciendo en el país.

Algunos estudiantes que habían logrado salir de Venezuela convencieron a varios de los refugiados políticos para que regresaran al país a luchar contra la tiranía gomecista y, en consecuencia, el 10 de junio de 1929 los estudiantes Miguel Otero Silva, José Tomás Jiménez Arraiz, Guillermo Prince Lara, Gustavo Ponte Rodríguez y Pablo González Méndez, con las armas en la mano, y junto con otros revolucionarios, invaden por Coro.

Y el once de agosto del mismo año un segundo grupo de estudiantes invade por Cumaná.

Ese nuevo grupo lo formaban Armando Zuloága Blanco, Rafael Augusto Vegas, Julio Mc Gill y Juan Colmenares.

Y en esa segunda invasión también figuran destacados revolucionarios antigomecistas, y en ella pierde la vida el estudiante Armando Zuloága Blanco, y también mueren luchando, o caen heridos, personajes que habían sobresalido en nuestras luchas políticas intestinas.

El estudiante Julio Mc Gill quedó gravemente herido, y mi hermano Rafael Augusto Vegas y su compañero Juan Colmenares sufrieron grandes penalidades en la retirada que tuvieron que emprender al darse cuenta que habían sido derrotados.

Pero antes de que estas invasiones se realizaran el estudiante Joaquín Gabaldón Márquez junto con su padre se habían sublevado en Santo Cristo el día 28 de abril de 1929.

En aquella lucha contra la tiranía gomecista hubo algo muy hermoso y que en cierto modo constituyó una gran derrota para Juan Vicente Gómez y ello fue la maravillosa unión que durante dos años man-

tuvieron los estudiantes hasta el punto de que Nelson Hemioh la resumió diciendo que un compañero era parte de uno mismo.

Finalmente, el 19 de noviembre de 1929 el tirano Gómez ordenó que nos pusieran en libertad. Esa fecha la recuerdo muy bien porque ese día volví a ver a mi madre y a mi hermano Martín quienes se habían trasladado a El Sombrero al conocer la noticia de que ese día nos pondrían en libertad.

Treinta y cinco años después se celebró en esa misma población y en nuestro honor el acto público que transcribo:

Homenaje del Gobierno del Estado Guárico a las generaciones de estudiantes de Venezuela, y en particular a la de 1928, de la cual diez y seis de sus integrantes fueron traídos a trabajar forzados en la carretera de "Palenque", con cadena y bola de presidiarios remachada a un tobillo.

Sus nombres han sido recogidos en placa de mármol, colocada en el frontis de la casa que por meses les sirvió de prisión en la Calle de los Estudiantes, en El Sombrero, denominada "La Casa de Alto", adquirida por el Gobierno del Estado en 1946; desde hoy se les consagra a su recuerdo y se destina a "Casa del Maestro", ámbito el más adecuado para rememorar vida de estudiantes quienes tienen la suya dedicada a formarlos como ciudadanos dignos de una Patria grande.

Y en la placa de mármol que fue colocada en el frontis de la casa, se lee:

En esta casa permanecieron preso desde el día 4 de mayo hasta el 19 de noviembre de 1929, cuando fueron libertados, los 16 estudiantes universitarios que habían sido llevados en noviembre de 1928 al presidio de "La China", en "Palenque", a trabajar en las carreteras, con grillete al pie, como el que se muestra.

El gobierno del Guárico adquirió el inmueble en 1946 y hoy recoge en esta lápida los nombres de esos estudiantes en reconocimiento a sus luchas por la causa de la libertad, y como un homenaje a la juventud, y en particular a la generación de 1928, siempre dispuesta al sacrificio por amor a la patria.

A. J. Anzola Carrillo,
Rafael Chirinos Lares,

Enrique García Maldonado,
Pedro Juliac,
José Antonio Marturet,
Inocente Palacios,
Paco Stelling,
Luis Felipe Vegas,
Luis Villalba Villalba,
Juan Gualberto Yánes,
Clemente Parparcén,
Eduardo Celis Sauné,
Antonio Sánchez Pacheco,
Guillermo López Gallegos,
Ricardo Razetti,
Nelson Himiob.

El Sombrero, 12 de febrero de 1964.

Y en el Programa que aún conservo conmigo aparecen los pormenores de aquel acto, los cuales enumero a continuación:

- 1- Himno del Estado Guárico
- 2- Himno de la Juventud
- 3- Develación de la placa por Beatriz I. Reina de los estudiantes de 1928, hoy honorable señora de Camejo.
- 4- Palabras del Dr. Luis Villalba Villalba, uno de los 16 estudiantes presos, en representación de la generación de 1928.
- 5- Palabras de un joven estudiante de la Universidad Central de Venezuela, en representación de las promociones del presente
- 6- Palabras del señor Ricardo Motilla, Gobernador del Estado.
- 7- Concierto en la Llanura, de Juan Vicente Torrealba.
- 8- Himno Nacional.
- 9- Entrega a la Subseccional de la Federación Venezolana de Maestros, Distrito Mellado, de "La Casa de Alto" para que la tenga como sede.

El Sombrero, 28 de marzo de 1964.

Cuando yo pienso detenidamente sobre lo que acabo de relatar termino deseando vehementemente que una cosa así nunca más vuelva a suceder, pero yo sé que ese deseo es casi imposible que se realice porque nuestros males, que son de todos conocidos, no pueden imputarse solamente a los gobernantes que hemos tenido, también tienen

su origen en los gobernados por consiguiente provienen de todos nosotros juntos.

Entre esos males, quizá uno de los peores, es no querer darnos cuenta que mientras el país no goce de independencia económica, corre peligro de perder su independencia política y también su paz interna.

La enorme riqueza proveniente de un petróleo casi exhausto ha servido más para corrompernos que para liberarnos económicamente, en realidad, ha sido despilfarrada en todo género de locuras y de robos.

Si hubiéramos tenido un poco de sensatez, una parte del recurso, no renovable, que representa el petróleo, la habríamos transformado en algunos recursos que sí son renovables, como la agricultura, la cría y otras industrias que nos habrían asegurado la subsistencia a todos los venezolanos actuales y descendientes de los actuales.

Por el contrario, a medida que aumenta esa inmensa riqueza, crece, la ya también inmensa deuda pública.

Al agotarse el petróleo nos encontraremos nuevamente en la miseria, pero una miseria mayor que la ya sufrida antes de la explotación del petróleo, porque en aquel tiempo teníamos una agricultura y una cría, muy primitivas en verdad, pero teníamos algo, y es mejor tener algo que nada.

Cuando nos encontremos en la miseria nadie nos dará amparo y si hallamos a alguien que nos ayude, ése, nos obligará a abrir la mano y a estirar el brazo como tiene que hacer el pobre en el momento de pedir una limosna.

Y otro de nuestros grandes males es perder la oportunidad de traer inmigrantes nórdicos los cuales son reconocidos como los mejores. Para dejarnos invadir por uno o dos millones de gente indeseable que pone en peligro la seguridad del Estado, y que nos trae toda clase de problemas como son la trata de blancas, el tráfico de drogas, la afluencia de enfermedades venéreas, etc., gente que lejos de aportar beneficios nos corrompen más y nos explotan sin compasión, siendo el único beneficio que nos hacen, evidenciar lo poco que valemos y lo torpe que somos en el manejo de nuestros verdaderos intereses.

Y entonces uno piensa que el país volverá a pasar por situaciones políticas y sociales como las ya vividas, y yo diría que no es posible, a no ser que unos se haya convertido en un completo necio, creer que las cosas no pasarán así, sino de otra manera.

Cuando un Golpe de Estado derrocó, en 1945, al presidente Isaias Medina, un pequeño grupo, de los que habíamos pertenecido a la generación de estudiantes de 1928, revolvió fundar el partido político Unión Republicana Democrática, conocido abreviadamente por sus siglas es decir por U.R.D.

Como ya dije en ese pequeño grupo estaba yo, pero no recuerdo que en él estuviese Jovito Villalba, en realidad, ya tenía meses de fundado cuando Villalba resolvió entrar a dicho partido.

Por cierto antes de terminar el año 1946 nos retiramos de él algunos de los que lo habíamos fundado y esos fuimos Isaac J. Pardo, Amilcar Plaza Ponte, Inocente Palacios, Elías Toro, Augusto Márquez Cañizales y yo. Además de muchos otros cuyos nombres escapan a mi memoria.

Y esta fue mi última intervención activa en la política de nuestro país.

TERCERA PARTE

Mi labor científica.

Empecé a estudiar la física cuando todavía era muy niño y, después de haber leído algo de ella, llegué a la conclusión de que en esa ciencia las leyes establecidas y los descubrimientos realizados eran como tesoros a los cuales la naturaleza había guardado celosamente en sus entrañas pero que hombres muy tenaces y sagaces habían logrado descubrirlos.

Y fue en esa misma época que apareció en mi mente la idea de que si yo insistía podía yo también conseguir siquiera una chispita de esos maravillosos tesoros que habían cautivado tanto mi imaginación.

Pero fue en el lapso comprendido entre los años 1934 y 1976 que realicé verdaderas investigaciones científicas. Y los resultados por mi obtenidos aparecieron publicados en diversos boletines y revistas.

Y debo confesar que me sentí muy feliz cuando recibí cartas de grandes personajes de la ciencia, entre los cuales recuerdo: al fisiólogo español Augusto PiSuñer, al botánico suizo Henri Pittier, al ornitólogo norteamericano Alexander Wetmore, a la zoóloga, también norteamericana, Jocelyn Crane y, al gran físico francés Louis de Broglie, creador de la Mecánica Ondulatoria, Premio Nobel de Física y Secretario perpetuo de la Academia de Ciencias de París.

Todas esas personalidades manifestaron en sus cartas un gran interés por mis investigaciones y, a un tiempo, muchas de ellas me felicitaban.

Además, uno de mis trabajos fue reproducido en la Revista de la Academia de Ciencias de Washington, y sobre otro de ellos presentó un informe la Sociedad Alemana de Física Técnica con la cooperación de la Sociedad Física Alemana.

Y para colmar mi satisfacción, que ya era grande, la Academia de Ciencias Físicas, Matemáticas y Naturales de Venezuela me honró al elegirme Individuo de Número para que tomara posesión del Sillón número XX de dicha Academia.

CUARTA Y ULTIMA PARTE

El hogar de mis padres. La educación que me dieron. Mi matrimonio.

Mi padre representaba en mi familia el poder legislativo y mi madre el poder ejecutivo.

Mi padre pasó muchos años en París donde no sólo hizo estudios médicos sino también se interesó mucho por la educación de los niños. De modo que él está muy enterado de cómo debía educar a su propia familia el día que le tuviese.

Mi madre tenía una gran fe en los conocimientos de mi padre y se sometía a la orientación que éste trazaba y a las normas que él establecía.

Entre ellos nunca hubo discrepancia en eso de educar. El aconsejaba y ella ejecutaba.

Trató mi padre de educarnos de modo que nos desempeñásemos lo mejor posible cualquiera que fuese el ambiente o las circunstancias que nos rodeasen.

Siempre insistió en que nunca dejásemos de estar en contacto directo con la dura realidad. Le angustiaba la idea de que alguno de sus hijos fuera a actuar en la vida con ideas falsas, desvaríos o quimeras.

Odiaba la mentira y despreciaba a los mentirosos. De carácter grave pero a un tiempo bondadoso.

Tanto papá como mamá trataron siempre de ser muy justos. Nunca daban a unos más que a otros; todo era repartido por igual.

Jamás nos humillaron, ni emplearon delante de nosotros palabras soeces.

Nunca oí en mi casa una palabra impropia. El vocabulario inconveniente y populachero podía ser empleado por algunos de sus hijos varones pero solamente de la puerta principal de la casa hacia la calle, jamás debería hacerlo en el interior de la casa.

Ambos nos inculcaron la honradez, la responsabilidad y el cumplimiento del deber. Y debíamos, además, respetar al prójimo y muy especialmente a los ancianos y a las mujeres.

Durante el almuerzo o la cena mi padre nos relataba cosas que habían visto o que había leído y esos relatos dejaban en nuestros espíritus una profunda y sabia enseñanza.

Desde muy temprana edad debíamos ser útiles.

A la edad de 10 años llevaba yo, a mi hermana María Teresa, que estaba interna en el colegio de monjas de San José de Tarbes, desde la Plaza del Panteón Nacional donde estaba situada nuestra casa de habitación hasta dicho colegio situado en la Plaza de la República del Paraíso de Caracas, una cesta de mimbres que contenía ropa y otras cosas. Ese viaje lo hacía varias veces por mes y utilizaba para ello el tranvía eléctrico que había en aquella época.

Debía, además, llevar las cartas al correo y los telegramas a la oficina correspondiente. Comprar en los almacenes y bodegas los enseres domésticos y provisiones de boca que hiciesen falta. Acompañar a

mi hermana Sofía hasta la puerta del colegio donde hacía sus estudios. Comprar revistas y periódicos para mi padre, etc.

Al mismo tiempo se me dejaba que solucionara personalmente cualquier agresión de que fuera víctima en la calle.

Mis padres procuraban endurecernos para que no perdiésemos el ánimo ante las circunstancias adversas de la vida.

Y buscaban los medios para enseñarnos a sobreponernos a cualquier sentimiento de inquietud o miedo causado por un peligro real o imaginario.

Montados en sendos caballos íbamos algunas veces mi padrino y yo hasta la hacienda de mi abuela. Y era yo tan pequeño que mi madre ordenaba a mi padrino que me amarrara a la silla del caballo.

Mi padre cada vez que se le presentaba la ocasión nos explicaba la conveniencia de que nosotros, sus hijos, nos mantuviéramos siempre unidos y en ese propósito jamás dejó de insistir.

Mi madre apoyaba y ayudaba a mi padre en todo y al mismo tiempo dulcificaba nuestra vida. Recuerdo que cuando uno se enfermaba ella misma preparaba la comida y era ella quien sentada en el borde de la cama le daba a uno aquellos delicados y sanos alimentos que llevaba a nuestra boca con amor y ternura.

Los años iban pasando y nosotros íbamos creciendo pero mi madre era siempre igual.

A veces nos llevaba al teatro: a la zarzuela, a la opereta, y también a la ópera.

Otras veces era yo su único compañero y recuerdo que ese día me decía: hoy iremos tú y yo a la pastelería.

Había en esa época un salón o pastelería exclusivamente para familias que se llamaba "La India". Allí nos instalábamos los dos y nos comíamos unos pastelitos hechos de hojaldre rellenos de crema de ostiones, que eran deliciosos, además yo tomaba un helado mantecado con barquillas, y ella, una cerveza helada.

En esos momentos el rostro de mi madre era muy risueño. Pero

ahora no me quedan sino los recuerdos de esa época de mi vida y una gran pena por no poderlos revivir.

Y como no es posible detener el curso de la vida, sucedió, que estando ya graduado de ingeniero civil, y encontrándome en el Brasil, conocí a una señorita brasilera llamada Georgina Cordeiro, y habiendo comprendido que me había llegado la hora de contraer nupcias me casé con ella.

Georgina, fue muy buena hija, y ha sido muy buena esposa y muy buena madre, y una abuela inmejorable. Muy abnegada, y muy sencilla en sus costumbres. Católica fervorosa, pero sin llegar al fanatismo. Es la esposa ideal.

Y ahora que ella y yo hemos llegado a la ancianidad nos encontramos acompañados por nuestro hijo Luis y nuestra nieta Shelly Ann que nos proporcionan grandes satisfacciones y llenan nuestras vidas.

EXPLICACION ACLARATORIA

Al final del año 1981 algunos de mis hermanos y yo resolvimos grabar la historia de nuestras vidas.

Nuestros nombres son por orden de nacimiento:

*Luisa Amalia,
Martín,
María Teresa,
Sofía,
Luis Felipe,
Armando
y Rafael Augusto, quien falleció.*

Nuestros padres, ya fallecidos, eran los esposos Luis Vegas Sanabria y María Sánchez Navarro de Vegas.

Y somos, además, caraqueños de nacimiento.

D
R.
R
A
F
A
E
L
V
E
G
A
S



Fundación Santiago de León de Caracas

CURRICULUM VITAE

DEL PROFESOR

ACOSTA RODRIGUEZ, LUIS JOSE



Nació en Ortiz, Distrito Roscio del Estado Guárico el 5 de enero de 1917. Cursó la educación Primaria en la escuela Aristides Rojas de Villa de Cura. La educación Secundaria en el Liceo Andrés Bello de Caracas. Cursó los estudios de Profesorado en Ciencias Sociales y Literatura en el Instituto Pedagógico de Caracas durante la gestión docente de la Segunda Misión Pedagógica chilena, integrada por Eugenio González, Juan Gómez Millas, Humberto Díaz Casanueva y otros. Al efectuarse la primera graduación solemne con toga y birrete en el Auditorium del Pedagógico, al cual asistió el Presidente de la República, General Isaias Medina Angarita y su Ministro de Educación, Dr. Rafael Vegas, Acosta Rodriguez fue el primer egresado del Instituto en recibir el título de Profesor por razón del orden alfabético observado en los apellidos. Por recomendación especial de los Profesores del instituto, Juan Gómez Millas y Mariano Picón Salas, Acosta Rodriguez fue la persona escogida para remplazarlos en las cátedras. Se le encomendó primero la Historia de América y después la Historia Universal. Al fundarse la facultad de Filosofía y Letras en la Universidad Central, fue escogido para regentar la cátedra de Historia de la Cultura. Posteriormente, regentó también en ese centro universitario las cátedras de Historia Antigua, Historia Medieval e Historia Moderna. Ha actuado también por largo tiempo en el plano de la docencia Secundaria, en el Liceo de Aplicación, Escuela Técnica Industrial, Liceo Fermín

FUNDACION SANTIAGO DE LEON DE CARACAS

CONSEJO ADMINISTRATIVO

Dr. Martín Vegas
Sr. Eugenio Mendoza
Sr. Armando Planchart
Sr. Lope Mendoza
Dr. Andrés Germán Otero
Sr. Juan Simón Mendoza
Dr. Armando Vegas

JUNTA DIRECTIVA

PRINCIPALES

Sr. Armando Planchart
Sr. Lope Mendoza
Dr. Armando Vegas

SUPLENTE

Dr. Fidel Rotondaro
Sr. Antonio Silva Sucre
Dr. Andrés Germán Otero

CONSEJO CONSULTIVO DOCENTE

PRINCIPALES

Dr. Armando Vegas
Prof. Luis A. Vivas
Prof. Luis Toro
Lic. Diana Zuloaga
Dr. Pedro José Mora

SUPLENTE

Dr. Oswaldo Kerdel
Dr. Luis Acosta Rodríguez
Prof. Ramón Tovar
Prof. Ramón Croes
Dr. Aurelio Useche

DISCURSO DE ORDEN

pronunciado por el Dr. Luis José Acosta Rodríguez, Profesor de Historia del Colegio Santiago de León de Caracas, el 25 de julio de 1974, en el acto de graduación de la Promoción de Bachilleres en Ciencias "Dr. Rafael Vegas".

Señores miembros del Consejo Administrativo
de la Fundación Santiago de León de Caracas.

Señores Miembros del Consejo Docente de la misma Institución.

Licenciada Diana Zuloaga.

Directora del Colegio Santiago de León de Caracas.

Miembros del Personal Docente y Administrativo
de este centro educativo.

Familiares del Dr. Rafael Vegas.

Señores Padres y Representantes de los alumnos
que hoy se gradúan.

Jóvenes Bachilleres integrantes de la Promoción
Dr. Rafael Vegas.

Una vez más, en indeclinable consecuencia con la tradición que ha mantenido a lo largo de su trayectoria, el Colegio SANTIAGO DE LEON DE CARACAS verifica el acto de graduación de los que egresan de sus aulas como Bachilleres, en esta fecha del 25 de julio, tan ligada al nombre que ostenta este instituto, pues es el día del Apóstol Santiago y de la fundación de Caracas, cuyas respectivas menciones blasonan la denominación de este Centro Educativo, fundado con la bien inspirada finalidad de que fuese fragua y crisol de adecuada y responsable formación juvenil, para prestigio y realce de la educación venezolana y beneficio de la Patria.

En la verificación de este acto, caracterizado por un sobrio y austero contorno, están presentes los mismos elementos que en anteriores ocasiones le han conferido fisonomía peculiar: la Dirección del Instituto, las personas que integran la Junta Directiva de la institución, los miembros del personal docente, administrativo y de coordinación, el grupo de graduandos, con justificada y contenida emoción, los familiares de los que culminan hoy sus estudios de Bachillerato. Pero un vacío se actualiza por primera vez en este acto académico: el de la presencia física del fundador de este Colegio, Dr. Rafael Vegas, quien al terminar el año de 1973, rindió la jornada de su destacada y meritoria existencia, después de cumplir relevante actuación como venezolano preocupado por el destino colectivo, como ejemplar profesional universitario, y como educador de cimera talla, ligado por múltiples iniciativas de profundo fervor humano y patriótico, a la orientación y capacitación adecuadas de la infancia y de la juventud de Venezuela.

Decimos que hay vacío de su presencia física, nada más, porque su presencia espiritual estará siempre aquí, en este Colegio, al cual consagró sus últimos años, ya que su imagen, su recuerdo, su obra palpable, su manera de ser y de actuar, el calor humano de su descollante personalidad, tendrán siempre vigencia perdurable en estos ámbitos, tan ligados al quehacer educativo de sus últimos tiempos. Esa persistencia anímica del Dr. Rafael Vegas es presencia viva en la memoria y la conciencia de los que hoy se gradúan de Bachilleres

en este recinto, porque todos ellos alcanzaron a tener su res-
cuerdo estimulante y orientador, desde los años candorosos de
la Primaria, a lo largo de sus respectivos despliegues hacia la
vida juvenil y hasta la entrada en el año final de los estudios
que hoy terminan. El fue observador interesado de sus per-
sonales trayectorias, y él compartió, vigilante y alerta, con
celo y preocupación de Padre común, encargado de convertir-
los en personalidades cultivadas y responsables, para lo cual
poseía gran sapiencia y experiencia, las cambiantes alterna-
tivas de sus personalidades en proceso de formación, a tra-
vés de esas etapas tan decisivas del ser humano integradas
por los retozones días de la infancia y los inquietos y descon-
certantes momentos de la adolescencia.

Todos los años, el Dr. Rafael Vegas era de los primeros
en llegar a este acto, al cual confería, con su respetable pre-
sencia, singular relieve, prestancia y solemnidad, con aquella
sencillez innata que exornaba su manera de ser, donde el gesto
adusto y la seriedad habitual, servían solo para disimular el
bondadoso corazón, la humana comprensión y los tiernos sen-
timientos. Fue hombre de mirar acogedor y deferente, que
sabía inspirar confianza, estimular con delicado tacto psico-
lógico y conducir sin alardes autoritarios, con palabra parca
y precisa, y gesto convincente y orientador. Fue siempre poco
inclinado a exhibiciones públicas, a figuraciones de relum-
brón, a efectistas alardes publicitarios. Tenía la modestia
consciente de los que saben mucho como aquel Sócrates helé-
nico, y prefería la discreta penumbra de los maestros autén-
ticos, con aquella verticalidad corpórea de su espiçada y ma-
gra figura, que constituía expresión material armónica de su
elevada dimensión espiritual. En silenciosa actitud, casi con
timidez de quien rehuye actuaciones de escenario, presidía la
ceremonia de graduación y cumplía en ella la función de ha-
cer entrega de los Diplomas. Con gesto estimulante, lacónicas
palabras y apretón caluroso de manos, daba el espaldarazo
final a cada uno de los nuevos Bachilleres en quienes ponía
esperanzada fe para la renovación integral de la Patria. El
los veía como una prometedora cosecha anual de voluntades
juveniles bien preparadas y orientadas, que debían robustecer

las filas de los hombres y mujeres cultivadas y responsables de este país, por cuyo mejor futuro tanto había luchado él, primero, en la alborada de sus años mozos, sufriendo cárceles y exilios por las libertades ciudadanas y corriendo resuelto y heroico el riesgo del enfrentamiento armado contra la dictadura gomecista en las playas cumanas; después, acrecentando mediante disciplinado esfuerzo estudiantil, su saber científico y cultural en las latitudes europeas, en centros universitarios de exigente rendimiento personal, para ponerse en condiciones de servir mejor a la Patria y contribuir a la solución de sus problemas con el acierto y eficacia que sólo la capacitación de alto nivel pueden proporcionar; luego, consagrándose a un abnegado apostolado de asistencia y protección a los menores abandonados, con trastornos de conducta social, posteriormente, desempeñando, con fecundas proyecciones y renovador aliento, la cartera de Educación, y, finalmente, forjando las bases de este Colegio, que luego convirtió en fundación, para educar con eficientes alcances y modelador sentido venezolanista, a jóvenes de ambos sexos, de la más variada extracción social, y contribuir así a forjar las reservas humanas de la Patria, de las cuales depende la continuidad de la fisonomía nacional y el engrandecimiento y realce de la comunidad venezolana.

El pasado año, ya el Dr. Rafael Vegas no pudo subir al estrado para presidir como en anteriores ocasiones la ceremonia de graduación, impedido como estaba de sostenerse en pie, pero desde su silla de ruedas, colocada disimuladamente en la fila trasera del público, presenció el acto y acompañó con la misma emoción de siempre la investidura de los que se recibían de Bachilleres. Una singular y emocionante escena pudieron presenciar después de concluida la graduación, los que estaban en la cercanía del sitio donde el Dr. Rafael Vegas se había colocado. Hasta él, con respetuosa actitud, y cariñoso sentimiento de filiación espiritual, fueron llegando, uno a uno, los muchachos y muchachas recién graduados, para abrazarlo y rendirle merecido homenaje de reconocimiento y afecto, en aquella hora de tanta significación emotiva cuando concluían exitosamente los estudios de Bachillerato y portaban en la

mano la credencial académica correspondiente a tales estudios. En medio de la euforia juvenil de aquel momento, al recibir ese homenaje espontáneo y pleno de sincera intención de gratitud hacia él, por haberlos orientado y vigilado con esmero y dedicación paternas, varias lágrimas perlaron el másculo rostro del Dr. Rafael Vegas. El presentía que aquella era la última graduación que presenciaba, del Colegio que había fundado para bien y realce de la Patria.

Este año, el grupo de Bachilleres en Ciencias que egresa del Santiago de León de Caracas, tiene el altísimo honor de llevar su nombre preclaro, como epónimo de la promoción que integran. Nada más adecuado y merecido que haber escogido ese nombre ilustre y querido como símbolo colectivo de graduación. Es un justiciero homenaje póstumo a quien tantas conciencias juveniles supo formar y orientar con desvelado afán benefactor.

En esta hora de contorno triunfal para los que acaban de recibir su título de Bachiller, cuando una jubilosa sensación de meta alcanzada y de aplauso consagratorio, pone en sus ánimos una nota confiada de optimista impulso, frente a los años que vendrán en la incógnita del futuro, consideramos propicia ocasión actualizar ante los recién graduados la trayectoria ejemplar que supo cumplir el Dr. Rafael Vegas a su paso por la vida, porque sabemos bien que esa trayectoria constituye el más propicio elemento de estímulo que puede contribuir a orientarles la ruta futura y a contrarrestar las variadas influencias negativas que acechan hoy el paso de los jóvenes.

Todo ser humano, como es bien sabido, en su dimensión corpórea o material es perecedero o transitorio y cada día que pasa se encamina en forma ineludible al encuentro con la muerte. Lo que asegura perennidad y confiere al humano existir vigencia prolongada ante el paso del tiempo, es la trascendencia creadora y beneficosa que logre dar cada sujeto humano a su propia vida, con impulso idealista, proyección relevante y favorables actuaciones en pro de la comunidad. El Dr. Rafael Vegas, a lo largo de su trajinado vivir

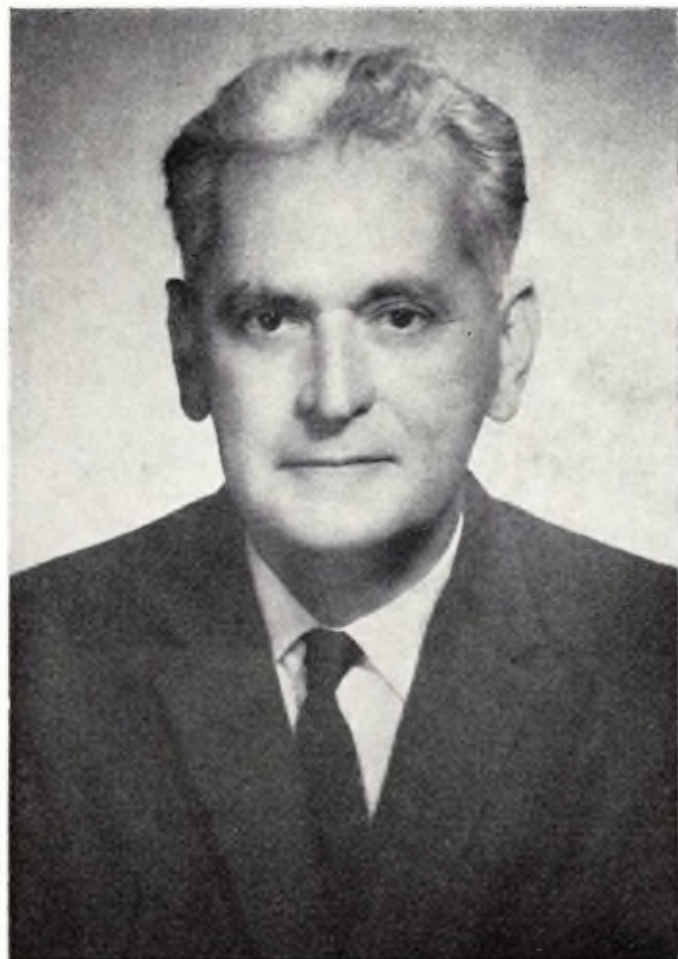
de 65 años, logró dejar recuerdo perdurable y obra cumplida, impregnada de buena intención, que constituye saldo valioso de positivas actuaciones y representa legado aleccionador para quienes ahora ostentan su meritorio nombre como emblema obligante de responsabilidad estudiantil y ciudadana. Acerquémonos a esa orientadora trayectoria, que merece quedar grabada en los ánimos y conciencias de los que hoy se gradúan aquí, como pauta luminosa de una existencia consagrada al servicio y bien de la Patria.

Nació el Dr. Rafael Vegas en la Caracas de comienzos de siglo, por 1908, cuando comenzaba en nuestro país el régimen gomecista, del cual fue en su hora juvenil resuelto y valiente opositor. Pertenecía a una familia de distinguida figuración en los anales caraqueños, de la cual heredó alto concepto de la dignidad personal. Su infancia transcurre entre la plazoleta del Panteón, donde estaba ubicado el hogar de sus padres, y donde correteó cuando muchacho bajo la sombra de árboles centenarios, no muy lejos del imponente recinto que guarda los restos del Padre de la Patria, y la escuela Primaria que frecuentó situada de Palma a Municipal, anexa a la Normal de Hombres. Después cursó su Bachillerato en el Liceo Caracas, único Liceo Público de entonces en la capital, bajo la eficaz dirección de figuras docentes de tanto relieve como Luis Espelozín y Rómulo Gallegos. Ese antiguo Liceo Caracas se transformó después en el Liceo Andrés Bello que aún perdura. El escritor Felipe Massiani, en un artículo publicado en "El Mundo", el jueves 21 de febrero del corriente año, evoca así a Rafael Vegas en esa etapa de su vida:

"En el Liceo Caracas, en la década del 20, está un mozo alto, bien parecido, enérgico, estudioso".

Con estos breves trazos, el citado intelectual, condensó con acierto la fisonomía inconfundible del Dr. Rafael Vegas en su etapa de estudiante liceísta. Carácter enérgico, e inclinación al estudio, eran ya los rasgos resaltantes de su juvenil personalidad, y tales rasgos perduraron incólumes a lo largo de su existencia posterior hasta la hora de su muerte.

Terminados sus estudios de Secundaria pasó a cursar Medicina en la Universidad Central, y cuando ya estaba en el cuarto año de tal carrera, que había sido también la de su padre, entró resueltamente, a participar en los movimientos estudiantiles de 1928 contra el régimen gomecista imperante por entonces en Venezuela. Tales movimientos constituyen una eclosión romántica de la muchachada universitaria venezolana de aquella hora, ante la deprimente y bochornosa situación política que estaba planteada en el país, pues una férrea dictadura, ejercida en forma omnímoda por el Hombre Fuerte de Maracay, revestida hábilmente de apariencias constitucionales, llevaba ya 20 años de vigencia en los ámbitos de la Patria. La insurgencia estudiantil culminó en cárceles y destierros. El estudiante Rafael Vegas, como muchos otros, fue a parar primero a un calabozo insalubre del Castillo de Puerto Cabello, después quedó encarcelado en el Cuartel San Carlos, hasta el momento en que el gobierno de Gómez dispuso poner en libertad a los estudiantes presos. Entonces Rafael Vegas marchó a Europa a continuar estudios en París, pero a poco andar los interrumpe de nuevo para volver a luchar contra la tiranía vigente en la lejana patria. A la altura de 1929, se enroló con otros compañeros de generación como Armando Zuloaga Blanco, en las huestes que comandó el General Román Delgado Chalbaud para invadir a Venezuela por la región oriental, a bordo de un barco llamado el Falke, con el propósito de derribar el gobierno de Gómez. Esta vez no se trataba de coronar reinas de estudiantes, de marchar en grupo al Panteón para invocar ante los restos de Bolívar la libertad ultrajada, de pronunciar arengas vibrantes para despertar la conciencia dormida del pueblo, y de llevar en desafiante ostentación juvenil los símbolos visibles de la identificación de rebeldía contra el gobierno de Gómez, al pecho la insignia de la Federación de Estudiantes y a la cabeza la boína azul, ahora se trataba de una invasión armada, para derribar a plomo y sangre los baluartes del gomecismo y asegurar la extinción de aquel régimen oprobioso. Como Segundo jefe de una de las columnas atacantes de Cumaná, le tocó al estudiante Rafael Vegas, investido del grado militar de Capitán, jugarse la vida fusil en mano en el reñido encuentro con las fuerzas del go-



bierno, que tuvo como escenario una estrecha calle cumanesa. Intrepidez, arrojo y desbordante valor venezolano se desplegaron con creces en aquella ocasión, pero la intentona terminó en fracaso y trágicos resultados. Algunos murieron en la acción, otros lograron reembarcarse en el vapor que los había traído desde Europa, pero Rafael Vegas junto con unos pocos compañeros prefirió quedarse en tierra, y fue a internarse en parajes boscosos para burlar la implacable persecución de las autoridades gomecistas. Terrible odisea de fugitivo perseguido con saña implacable vivió entonces el estudiante Rafael Vegas por las regiones de Cariaco y de las montañas de Monagas, donde logró permanecer oculto viviendo como campesino, entre humildes hombres del pueblo que lo ayudaron a burlar la saña persecutoria de los esbirros. Fue entonces cuando contrajo el mal de Chagas, uno de los terribles azotes del medio rural venezolano, que habría de causarle la muerte 44 años después. Miguel Acosta Saignes, al evocar en el periódico "Últimas Noticias" la figura de Rafael Vegas como Capitán, en la edición del 16 de enero del corriente año, ha destacado con elocuentes frases esa circunstancia del contagio chagásico que después de largo tiempo le quitó la vida. Así lo señala:

"El fue, así, un combatiente de más de cuatro décadas que llevaba dentro una bala de acción retardada implacable. El ha sido también una víctima tardía de las luchas por transformar la noche semifeudal del gomecismo en la luz de un nuevo país. El lo sabía y encarnaba una lucha tenaz. Después de su aventura oriental siempre estuvo ante el lema de "Civilización o barbarie". Quería contribuir al progreso por vía de la enseñanza".

Burlando la vigilancia cancerbera de las autoridades gomecistas de la zona oriental, pudo salir al fin el estudiante Rafael Vegas de aquel remoto paraje interiorano donde había permanecido oculto, y pudo llegar a las costas de Trinidad, de donde pasó de nuevo a Europa. Termina ahora sus estudios de Medicina en París y luego se especializó en Psiquiatría en la Universidad de Barcelona de España. Mientras tanto

ha ocurrido en Venezuela la muerte del General Gómez y una nueva etapa había quedado abierta para los horizontes de la Patria. Volvió entonces a ella Rafael Vegas a la altura de 1938, con título de Dr. ganado en buena lid en prestigiosos centros de saber del Viejo Mundo. Traía dentro de sí amplio y sólido bagaje científico que le aseguraba brillante porvenir profesional en suelo patrio. Por su contacto con acreditados centros universitarios europeos, podía aspirar a fructíferos rendimientos económicos al dedicarse al ejercicio de su profesión, pero no era esa la intención que traía por dentro el Dr. Rafael Vegas. Aquí, en estos momentos del retorno a Venezuela convertido en Médico psiquiatra, ofrece su vida una lección extraordinaria, que muy especialmente queremos destacar ante la conciencia de los nuevos Bachilleres. Utilizaremos para eso un evocador relato contenido en el mismo artículo recordatorio de Massiani, dice así:

“Acababa de llegar el Dr. Vegas a La Guaira, cuando uno de los amigos que lo recibe le dice alborozado: Rafel, entre nosotros no hay psiquiatras infantiles... de modo que vas a hacer mucha plata con tu clínica... y la respuesta enfática del joven facultativo: ¿Y quién te dice a ti que yo regresé a Venezuela a hacer plata? Yo vine a ponerme al lado del niño desvalido, del muchacho enfermo”

Y añade como comentario el citado articulista:

‘Aquello no fue una afirmación en el aire. En lugar de transformarse en una industria de bata blanca, como desgraciadamente lo son algunos facultativos, para los cuales la persona humana no pasa de ser una mercancía, Vegas acepta un modesto cargo en la Gobernación de Caracas, con un sueldo muy pequeño también que apenas cubría sus necesidades. En aquel cargo funda la Casa de Observación de Menores y otros institutos destinados a la infancia con desarreglos mentales o emocionales. En bicicleta acudía a Los Teques a fundar instalaciones similares”.

Notable ejemplo éste que deben conocer los jóvenes de ahora y tenerlo presente en el momento en que encaminan sus

pasos hacia la Universidad, ya graduados de Bachilleres, para alcanzar en ella un título profesional. El afán de buscar un título para salir luego con su respaldo a practicar el ideal fenicio de hacer plata, es por desgracia hoy por hoy en Venezuela objetivo avasallante que parece campear en muchas conciencias juveniles. Contra esta meta materialista y descarnada de toda humanidad y proyección social, hay que estar en guardia, jóvenes Bachilleres, si quieren ustedes acercarse con su actuación profesional futura al noble ejemplo que dejó bien trazado el Dr. Rafael Vegas. Ya los griegos clásicos pensaban que mediante el saber el hombre puede llegar al bien. Ese pensamiento es de una validez perenne, pero dentro del mercantilizado tiempo que vivimos en el seno de la llamada sociedad de consumo por la estimación sociológica de nuestros días, el objetivo de hacer dinero a todo trance parece insensibilizar los más elevados y nobles impulsos del ser humano. El Dr. Rafael Vegas supo, con decisión y entereza ejemplares, mantenerse inmune a tal contagio y por eso se convirtió en el hombre admirable que hoy evocamos. El supo trabajar, no para sí, sino para Venezuela. Eso fue lo que hizo desde su retorno a la patria. Primero, en esa Casa de Observación de Menores que dirigió en Caracas; luego, como fundador del Instituto de Pre-Orientación de Los Teques; después, como Secretario General del Consejo Venezolano del Niño; de donde pasó luego a desempeñar la cartera de Educación.

Su fulgurante paso por el Despacho Educativo marcó época de relieve extraordinario en los anales de ese organismo de acción pública, el cual fue sacudido durante su gestión por un aliento juvenil, de creación renovadora, pero sujeta a cuidadosa planificación previa, bajo la batuta de un timonel experto, que sabía lo que debía hacerse, pues no había llegado a ese elevado cargo el Dr. Rafael Vegas en forma improvisada, sino con credenciales bien ganadas de obra cumplida. El campo educativo era el ámbito de su predilección. Allí podía ahora, con mayores posibilidades, hacer muchas cosas por los niños, por los jóvenes, por los maestros, por los profesores, para imprimir nuevos rumbos, de avance progresista al panorama de la educación venezolana. El columnista Pedro Linares, en

el diario capitalino El Universal, del domingo 17 de marzo del corriente año, sintetizó así la obra cumplida por el Dr. Rafael Vegas como Ministro de Educación:

"Llamado a formar parte del gobierno como Ministro de Educación en el gabinete del Presidente Medina Angarita, inicia una reforma total de nuestro viejo sistema pedagógico, creando estatutos para formar una conciencia educacional nueva, y permitir conquistas para la rama humana más desposeída de nuestra administración pública como era la de los maestros de escuela. Consagró allí muchas horas del día y de la noche a estudiar los problemas de la instrucción pública y convirtió estupendos proyectos en decretos de inmediata realización. Nacieron la Ley de escalafón docente, los programas de Educación Preescolar, la Oficina de Bienestar Estudiantil (OBE) y planificó la ciudad universitaria donde hoy tienen asiento la Universidad Central de Venezuela y el Hospital Policlínico. Empezaron a construirse los grupos escolares y se fueron multiplicando las escuelas públicas nacionales, no sólo en las ciudades importantes, sino en las pequeñas poblaciones y aldeas. Colaboró como hombre de gobierno con una labor de consagración y honestidad que es materia de consulta en nuestros días en todas las inquietudes de la educación pública".

La etapa final de su fecunda vida, desde 1950, la consagró a crear, a planificar, a organizar, este centro educativo bautizado por él con el nombre de Santiago de León de Caracas, como un homenaje perdurable a la ciudad que lo vio nacer y al Liceo donde espigó su vocación por el estudio. El quiso establecer este colegio como una contribución más para la Patria que tanto amó y a la cual supo servir tan abnegada y responsablemente.

Quería un colegio laico, democrático, abierto a todos los niveles sociales, sin discriminación de ninguna naturaleza, donde conviviesen todas las creencias religiosas en respetuosa tolerancia de credos, donde se aprendiese a amar la bandera,

insignia palpable de la Patria, al Libertador, como máxima expresión de la nacionalidad, a los grandes valores criollos y universales del pensamiento y de la actividad científica. Un colegio con personal muy eficiente, cuidadosamente seleccionado, donde la psicología infantil y juvenil jugasen un gran papel y donde tuviesen cabida los procedimientos pedagógicos más avanzados; un colegio autónomo en su financiamiento, sin ayuda oficial alguna, con un ambiente material confortable y pulquísimo, donde la limpieza del ambiente fuese factor de estímulo superador; un colegio con marco vegetal de árboles y con enredaderas floridas, instalaciones deportivas y patios amplios, donde la muchachada del alumnado se sintiera a gusto, con calor de hogar. Un colegio donde las notas fuesen rigurosamente sinceras, como fiel reflejo de la valía y del rendimiento auténtico del educando; un colegio de precio módico, en cuanto al monto de las pensiones mensuales, sin exigencias gravosas que afectasen el presupuesto familiar; un colegio donde se aprendiera de verdad, donde se estudiara a tiempo completo, donde no interfirieran las agitaciones callejeras y las reacciones tumultuarias, para poder garantizar así un aprendizaje rendidor, un proceso formativo fructuoso, una orientación juvenil saludable, donde la politización desquiciadora no tuviese cabida. Para corresponder a esos altos propósitos educativos surgió este Colegio, que tiene en esos desvelados designios del Dr. Rafael Vegas, el programa orientador de sus finalidades y de su razón de ser. Lo ha destacado Ana Teresa Hernández, pues al referirse a la Heredad Pedagógica de sus últimos años, dice,

“Un día cualquiera de estos, podíamos acercarnos a su ámbito en el Colegio Santiago de León de Caracas. Ese era su maravilloso universo. Una medida exacta de construir el porvenir de Venezuela, construyendo los hombres que el país necesita. Porque esa fue su corriente inextinguible, desde donde modeló querencias y afectos, desde donde propició la superior formación del hombre integral que él soñaba, que ayudó a forjar con su labor incansable”.

Pero el Dr. Rafael Vegas, antes de que se extinguiera su meritoria y valiosa vida, quiso hacer algo más por Venezuela y por las nuevas generaciones del país. Dispuso transformar el Colegio Santiago de León de Caracas, de Compañía Privada, en una fundación, para darle personalidad jurídica perdurable y permitirle ampliar sus alcances y su radio de acción, mediante la creación de nuevos establecimientos en el futuro, con similar orientación. El joven periodista Alfredo Schael, ex-alumno de este Colegio y valiosa cifra intelectual, en la edición de El Universal del jueves 3 de enero del año en curso, al referirse al lamentable y sensible fallecimiento del Dr. Rafael Vegas, informa sobre esta última iniciativa del ilustre extinto en los siguientes términos:

“Muere dejando una escuela, un ideario, una filosofía educativa y venezolana que trasciende el marco teórico para convertirse más que en una simple idea, en idea perfeccionada, moderna, en franca expansión. Fue su voluntad, que antes que le sobreviniera la muerte se constituyera, como en efecto sucedió, una Fundación, la cual no solamente asegura la subsistencia en su ausencia física del Colegio Santiago de León de Caracas, sino que permita, que la misma orientación identificadora de la acción de éste, se trasmita a organizaciones educacionales que han de fundarse bajo los auspicios de la Fundación SANTIAGO DE LEON DE CARACAS, para satisfacer necesidades de educación laica, profesional, venezolana, en todos los sectores y áreas, especialmente en la rural y la marginal del país”.

Jóvenes integrantes de la Promoción Dr. Rafael Vegas del Colegio SANTIAGO DE LEON DE CARACAS!!

Tal fue, en breve recuento evocador, la trayectoria luminosa y ejemplar de ese gran venezolano, cuyo ilustre nombre sirve ahora de emblema de graduación a Uds. El aspiró a que todo estudiante que pasara por las aulas de este Colegio, saliese de él, al graduarse de Bachiller, convertido en una promisoría esperanza para Venezuela; en una voluntad indeclinable para amar-

la, engrandecerla y servirla, y en una persona responsable y digna, que acreditase en todo momento y circunstancia la orientación y el conocimiento aquí recibidos. Ahora toca, a cada uno de ustedes honrar, con su respectiva trayectoria la memoria del esclarecido epónimo cuya inspiradora mención portais como divisa de graduación. Que en el trajinar de vuestros días futuros, como universitarios, como profesionales, como ciudadanos, como hijos de esta tierra venezolana que él tanto amó, sepais hacer honor a ese nombre preclaro, es el ferviente deseo que formulamos como aspecto final de esta intervención oratoria, en nombre del Colegio de donde hoy egresáis como Bachilleres!!!

Toro, Liceo Nocturno Juan Vicente González, y en prestigiosos centros privados de la capital como el Colegio América, el Instituto Escuela, el Colegio San Ignacio, el Colegio Santiago de León de Caracas. Ha sido en varias oportunidades redactor de Programas de Estudio. Fue Presidente Nacional del Colegio de Profesores —1944-45—. Es profesional universitario graduado en Derecho. Ha sido Delegado por Venezuela a la IV, a la IX y a la X Asamblea del Instituto Panamericano de Geografía e Historia. Fue Jefe del Departamento de Ciencias Sociales de la Escuela Militar; Director de Gabinete del Ministerio de Educación. Al cumplirse las Bodas de Plata del Instituto Pedagógico, se le otorgó placa metálica como Profesor Distinguido. Posee Diploma en igual sentido de la Universidad Central. En la sede Central de la Sociedad Bolivariana ha desempeñado por varios años la Cátedra Bolivariana. También regenta dicha cátedra en la Academia Militar. Ha sido condecorado en tres oportunidades por el Gobierno Nacional —1953, 1970 y 1972—. Recientemente fue condecorado también por el Instituto Pedagógico. Desde 1966 es Coordinador de la especialidad de Historia y Geografía del Instituto de Mejoramiento Profesional. Es Profesor de Historia de América de la Universidad Católica Andrés Bello. Preside el Comité para la enseñanza de la Historia y Redacción de Textos del Instituto Panamericano de Geografía e Historia. Ha publicado discursos, conferencias y estudios de índole histórica, geográfica y cultural. Su obra recién editada, Bolívar para Todos, ganó el primer premio en el concurso promovido por la Sociedad Bolivariana para una biografía de Bolívar con destino a los estudiantes. Es autor de las lecciones Magistrales sobre la Batalla de Carabobo, la Batalla Naval de Maracaibo y Batalla de Ayacucho, editadas por el Ministerio de Educación para ser leídas en los Institutos de Educación Media. Es también Cronista Municipal de Villa de Cura. Pertenece como miembro activo al Colegio de Profesores, al Colegio de Abogados y a la Sociedad Bolivariana de Venezuela. Casado con la señora Zoraida Roldán de Acosta y padre de tres hijos: —dos varones y una hembra—. Tiene un total de 35 años en el servicio docente.

Rafael Vegas.

*La herencia
de un forjador
de caminos*



Textos: Faouel Hanán Díaz
Ilustraciones: Mariví Prías

Ana Luisa Braun de Planchart
Jonathan Coles
Marisela A. de Ducharne
Alicia Espinoza de Otero
Antonio Francis
Wallis V. de Gómez
Pedro J. Mora Rancel
Johann Ossot
Armando M. Vegas Sánchez
Julián Villalba

Título: Rafael Vegas. *La herencia de un forjador de caminos*

© de los textos: Fanuel Hanán Díaz

© de las ilustraciones: Mariví Frías

© de esta edición: Fundación Rafael Vegas Sánchez

Primera edición, 2000

Concepción del proyecto:

Carlota Martínez de Anglade

Textos:

Fanuel Hanán Díaz

Archivo fotográfico y bibliográfico:

Dra. Abigail Salgado(†)

Diagramación:

Eduardo Ponce

Producción:

Orbis, proyecto editorial

e-mail: orbis@viptel.com

Impresión:

Corporación Marca

ISBN: 980-07-6209-4

Depósito legal: lf25219999202810

Impreso en Venezuela

Printed in Venezuela



Rafael Vegas.

*La herencia
de un forjador
de caminos*

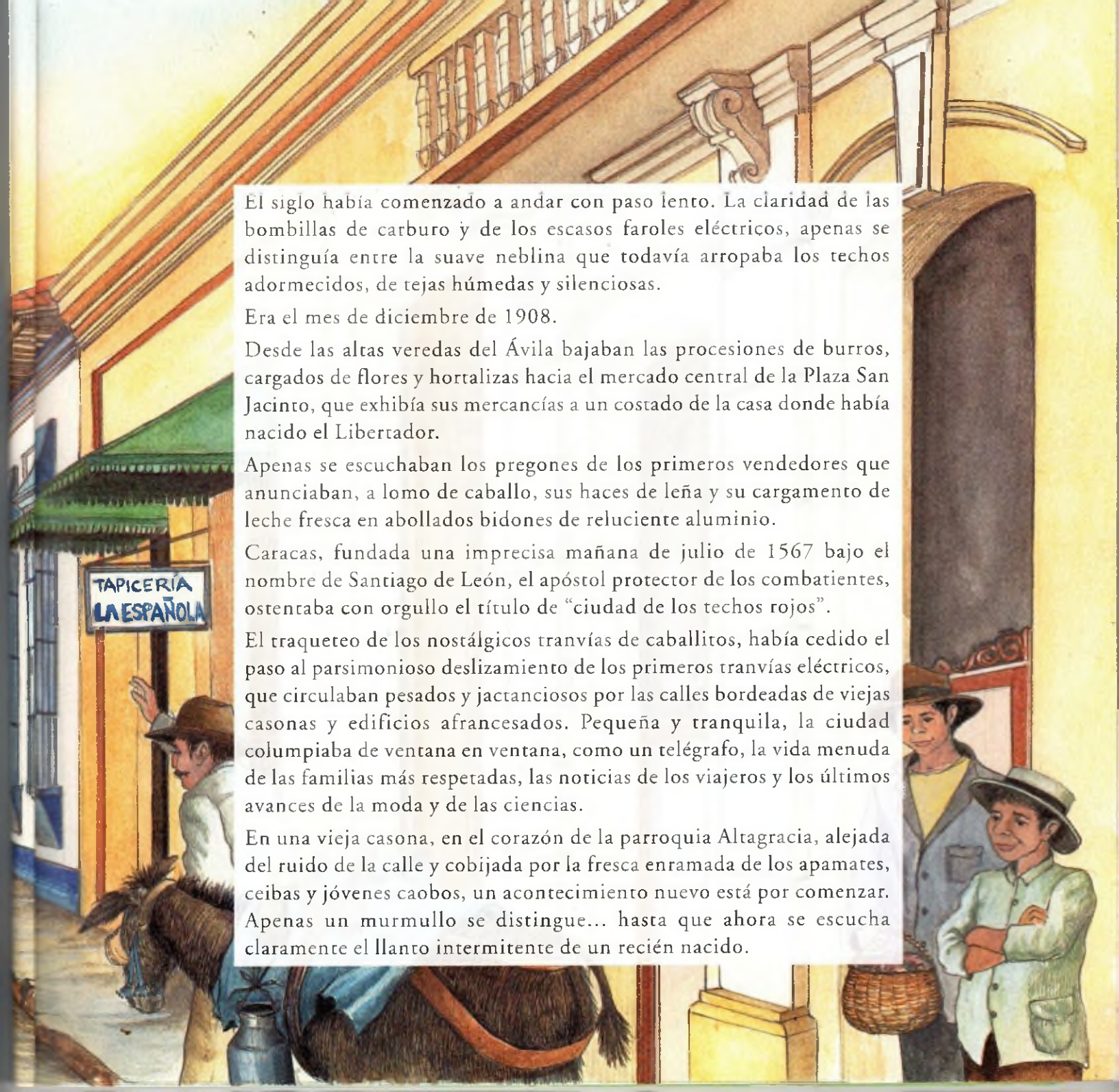


Textos: Fanuel Hanán Díaz
Ilustraciones: Mariví Frías



Una ciudad con sabor a pueblo





El siglo había comenzado a andar con paso lento. La claridad de las bombillas de carburo y de los escasos faroles eléctricos, apenas se distinguía entre la suave neblina que todavía arropaba los techos adormecidos, de tejas húmedas y silenciosas.

Era el mes de diciembre de 1908.

Desde las altas veredas del Ávila bajaban las procesiones de burros, cargados de flores y hortalizas hacia el mercado central de la Plaza San Jacinto, que exhibía sus mercancías a un costado de la casa donde había nacido el Libertador.

Apenas se escuchaban los pregones de los primeros vendedores que anunciaban, a lomo de caballo, sus haces de leña y su cargamento de leche fresca en abollados bidones de reluciente aluminio.

Caracas, fundada una imprecisa mañana de julio de 1567 bajo el nombre de Santiago de León, el apóstol protector de los combatientes, ostentaba con orgullo el título de “ciudad de los techos rojos”.

El traqueteo de los nostálgicos tranvías de caballitos, había cedido el paso al parsimonioso deslizamiento de los primeros tranvías eléctricos, que circulaban pesados y jactanciosos por las calles bordeadas de viejas casonas y edificios afrancesados. Pequeña y tranquila, la ciudad columpiaba de ventana en ventana, como un telégrafo, la vida menuda de las familias más respetadas, las noticias de los viajeros y los últimos avances de la moda y de las ciencias.

En una vieja casona, en el corazón de la parroquia Altagracia, alejada del ruido de la calle y cobijada por la fresca enramada de los apamates, ceibas y jóvenes caobos, un acontecimiento nuevo está por comenzar. Apenas un murmullo se distingue... hasta que ahora se escucha claramente el llanto intermitente de un recién nacido.

Un niño ha nacido



Familia Vegas Sánchez

Arropado con una manta de lana el pequeño Rafael, último vástago de la familia Vegas Sánchez, duerme su primer sueño en el regazo tibio de su madre, doña María, quien contenta y fatigada, lo contempla. Afuera, seis chiquillos impacientes esperan para conocer a su nuevo hermanito, mientras el padre celebra contento el nacimiento del pequeño hijo.

El doctor Luis Vegas Sanabria había comenzado desde muy joven a ejercer la profesión de médico alentado por una vocación apostólica. En 1899, afrontó, prácticamente solo, el brote de viruela que había diezmando la población de Caracas.

Su espíritu era tan generoso que se resistía a cobrarle a los amigos y menos aún a los pacientes humildes que no tenían cómo pagar la consulta. Por eso, la familia tuvo que mudarse al modesto pueblo de El Valle, donde podía hacer frente al sustento cotidiano de una manera más cómoda.

Más adelante se le presenta la oportunidad de trabajar como médico de la Comisión de Límites de Colombia con Venezuela, lo que le permite conocer el intrincado territorio fronterizo, además de hacer algunos ahorros con los cuales podrá comprar la pequeña casa frente a la plaza El Panteón, donde se desarrollará parte de la infancia de Rafael Vegas Sánchez.

Caracas a principios del siglo XX



Ya ha pasado la tormenta y el nerviosismo ha cedido paso al orgullo de ambos padres, que juntos han conducido con espíritu firme la educación de los hijos.

Aquel diciembre de 1908 ha traído buenas noticias para la familia, que tendrán eco en las canciones de los villancicos que madrugan con las misas de aguinaldo y que se mezclan con el olor de las rosquillas, las hallacas y los dulces celosamente preparados en los fogones de las viejas cocinas tradicionales.

Rafael Vegas Sánchez hace su aparición en un país en cuyo escenario político se inicia una dictadura, bajo el mandato del general Juan Vicente Gómez: un panorama que forjará el futuro temple de este personaje, cuya historia apenas está por comenzar.





La infancia de un niño inquieto

Los hermanos Vegas Sánchez formaban una nutrida y bulliciosa cofradía. Luisa Amalia, la mayor, poco a poco asumía el cuidado de la casa, mientras que el resto de los hermanos se dedicaba a los estudios, los paseos y las travesuras en el vecindario.

El doctor Vegas, había logrado una mayor estabilidad económica y la familia ahora estrenaba un nuevo hogar, ubicado en la plaza El Panteón, entre veredas boscosas.

Por razones económicas, había aceptado el trabajo de médico para atender varias haciendas cacaoteras de la zona de Río Chico. Por muchos años, dejó el cuidado de la casa en manos de doña María, ya que sólo podía estar en Caracas dos veces al año. El viaje hacia la zona de Barlovento se hacía por un barco costero, que partía de La Guaira hasta Caranero. Solamente este trayecto tomaba más de veinticuatro horas.

Sin embargo, la sabia conducción de la madre permitió establecer un método educativo, en el que había responsabilidades y cumplimientos bajo la constante consulta, por cartas, a su esposo.

Rafael vive años privilegiados y felices. Le gusta estar cerca de sus hermanos y el resto de los amigos, que juntos formaban una “cuerda” o pandilla. Tiene un carácter recio, a veces intempestivo, pero es muy sociable y observador.

Dos episodios marcaron su infancia de una manera especial: la mordida de un perro callejero y la cachetada injusta que una loca le propinó, para desahogarse de las burlas que otros muchachos le hacían.

Muchos años después recordaría estas anécdotas que paradójicamente orientaron su predilección por los animales y su pasión por la psiquiatría.

Caracas era una ciudad campestre aún. Sólo ocho parroquias la formaban, estableciendo límites con haciendas, quebradas, riachuelos y grandes pastizales... Para llegar a Sabana Grande había que tomar un tren que partía de la esquina Paradero, cuyo nombre aún se conserva.

En la zona de Los Caobos corría un río de aguas cristalinas donde los muchachos iban a bañarse en grupo. Por el camino de regreso asaltaban el carrito de madera para comprar a “locha” un raspado con jarabe de tamarindo o corrían detrás de la vendedora de las famosas “cojitas”, conservas de coco cuya delicada consistencia y sedoso brillo, atesoraban el secreto de una fórmula celosamente heredada.

La ciudad que aún conservaba ese aire bucólico y rural, había sembrado en el pequeño Rafael la callada pasión por la naturaleza. Y debajo del artesonado de hojas y musgos de los árboles que rodeaban la plazoleta de El Panteón, Rafael descubría el pequeño mundo de la vida.



Exponer? 12, rue de la République

Rafael Vegas a la edad de seis años



La herencia de Mamá Elena

Doña Elena Sanabria y Rodríguez del Toro o “Mamá Elena”, como la llamaban cariñosamente, era la abuela paterna de los hermanos Vegas. De temperamento recio y orgulloso, había logrado mantener inamovible la herencia recibida de sus antepasados.

Las haciendas La Trinidad y Cartagena, ubicadas en Baruta, formaban parte de las posesiones más antiguas que fueron traspasadas desde la Colonia por generaciones. Allí, entre bosques y trapiches, en contacto con la naturaleza, solían organizarse las modestas vacaciones de la familia.

Las dificultades económicas, sin embargo, obligaron la venta de estas haciendas con su carga de historias y recuerdos.



Apartada de las fatigas de la ciudad, Mamá Elena permanecía en la casona de Los Chorros, donde podía mirar extasiada el horizonte de paisajes y montañas. Allí acostumbraban reunirse sus hijos todos los domingos, para mantener la tradición de la unión familiar alrededor de la mesa.

Rafael ya mostraba su desbordante inteligencia alimentada por la paciencia de las señoritas Ugueto, sus primeras maestras en la escuela El Carmen. Con ellas había aprendido las operaciones matemáticas básicas y conocimientos de historia y lengua.

Sus ojos vivaces encontraban respuesta en la cariñosa mirada de Mamá Elena, quien lo tenía entre sus nietos favoritos. Sólo el pequeño Rafael escuchaba a los pies de la venerable anciana, las conversaciones y consejos de las obligadas consultas familiares que formaban parte de las tertulias domingueras.

Mamá Elena vivió entre dos siglos, una época de cambios históricos y tecnológicos que se habían sucedido vertiginosamente. Las carretas de caballo, habían dado paso a los tranvías eléctricos, el teléfono comenzaba a revolucionar la comunicación humana, los primeros automóviles despertaban pavor entre los transeúntes y el cometa *Halley* había dejado su ráfaga de supersticiones y profecías en las noches despejadas y en las oraciones de los creyentes. Se avecinaba la Primera Guerra Mundial.

La electricidad era un misterio incomprensible para la noble anciana, acostumbrada a las lámparas de kerosene, de gas y carburo cuya combustión tenía explicaciones más naturales. Sin embargo, su carácter orgulloso le impedía admitir su desconocimiento abiertamente. ¿Cómo era posible que esa fuerza invisible pudiera traer luz a las inmensas bombillas o mover algunos aparatos? La confianza y la espontánea solidaridad entre Rafael y su abuela, hacen posible que se aclare lo incomprensible. Y una tarde fresca en el silencio de la habitación, la abuela oye extasiada la más sencilla de las explicaciones de boca del nieto de ojos vivaces que ya tenía la vocación de maestro.



Mamá Elena



Bombilla de Edison

La Universidad abre un nuevo camino



Rafael Vegas a la edad de 18 años



La casa de El Panteón, donde descubrió la infancia a través de las pandillas de amigos, las escapadas a la Sabana del Blanco a volar papagayo y las inevitables peleas en los juegos de metras y gárgaro, esa casa de aspecto vegetal pegada a los pies del Ávila, ya quedaba pequeña para la familia de adolescentes que comenzaban a asomar sus aspiraciones de adultos.

Por eso, se mudan a una extensa casona, ubicada en la esquina de Bolero donde hoy en día convergen las avenidas Baralt y Urdaneta. Allí formará otro grupo de amigos, entre los que están Miguel Otero Silva, Isaac J. Pardo y Elías Toro, inseparables compañeros de historias y aventuras.

Rafael se ha convertido en un joven adolescente, que ha tenido oportunidades para demostrar la firmeza de su carácter. Desde pequeño había desarrollado un intenso sentido del deber, se acostumbra a dormir en el piso, con un reloj despertador, para levantarse a las cuatro de la mañana a estudiar. Doña María le deja preparado un termo de café para sobrellevar el frío y el desvelo.

Comienza sus estudios de bachillerato en el Liceo Caracas, bajo la dirección del célebre maestro Luis Espelozín. Allí también quedará seducido por las ideas del joven maestro Rómulo Gallegos, cuya fama comenzaba a despuntar y con quien lo unirá una amistad por muchos años.

Rafael inicia sus estudios de medicina, abriendo las puertas hacia episodios inminentes, en los que sin saberlo, tendría un rol protagónico que le asegurará un puesto indiscutible en la historia venezolana.



Anuncio y
publicidad de la
época que
aparecían en la
revista *La
Universidad*,
dirigida por
Rafael Vegas



Rafael Vegas junto a compañeros de estudio en la universidad

El carnaval que bautiza una generación



Marcha durante la Semana del Estudiante

Muchas ideas políticas gravitan en el ambiente de esa Venezuela de 1927, cuando están terminando los llamados “años locos”, caracterizados por el auge de la moda *Tutankamen*, llamada así por los recientes descubrimientos en Egipto. Las mujeres imitaban a las actrices de cine quienes protagonizaban las escandalosas historias de amor de las primeras películas habladas y fumaban lentamente con unas largas boquillas.

De Francia venía el ritmo del *charleston*, que en los salones de bailes se mezclaba con el *foxtrot* y el *one step*. La moda exhibía vestidos más cortos, rectos y ajustados a la cadera, gorros que tapaban las orejas, escotes, collares, zapatos de tacón y una mirada abúlica y coqueta. La ciudad parecía un escaparate de frivolidades, que bajo la influencia de la época de posguerra, había impuesto una nueva manera de disfrutar la vida.



Frente a esta Venezuela trasnochada y frívola, fermentaba otra distinta, alimentada con ideas revolucionarias y un pensamiento político que miraba hacia la democracia y el progreso. Gómez trató de anular por completo la capacidad de reacción, por eso prestó poca atención a las esporádicas rebeliones que luego tuvo que sofocar.

Ahora, un grupo de jóvenes universitarios haría temblar los cimientos de la dictadura. A partir de un Carnaval estudiantil que habían presenciado en la ciudad de Cartagena de Indias un año antes, anuncian la coronación de Beatriz I como reina para la celebración de la Semana del Estudiante durante los primeros días de febrero de 1928.

Acompañados del pueblo, que pagaba entrada para ver los actos de los universitarios, hicieron una serie de proclamas muy arriesgadas que culminaron con el encarcelamiento de 213 estudiantes en el castillo de Puerto Cabello. El Carnaval sirvió como combustible para la explosión juvenil, que arrojada en el jolgorio y en la bufonada, avanzó con tino y valentía.

Un famoso coro acompañaba la marcha estudiantil, originado en los versos humorísticos de los estudiantes de medicina:

Ala Balajá
 Sigala y Balajá!!
 Saca la pata lajá
 Saca la pata lajá!
 Y ajá! Y ajá!
 Y saca la pata lajá!!!

Y mientras la histórica celebración doblaba la esquina de Padre Sierra y se detenía en el Teatro Capitol, Rafael participaba en los acontecimientos sin saber que a sus diecinueve años, formaría parte de esa noble generación. Entre los más jóvenes protagonistas, pocos días después, despedía la ciudad con la mirada, mientras era conducido en un autobús a las mazmorras de Puerto Cabello.



Plano del Fuerte de Puerto Cabello.
 Tomado de *EL CONTINENTE DE PAPEL*,
 Ediciones Fundación Neumann, 1984



Un joven que ama la libertad

El encarcelamiento de los estudiantes fue el detonante que precipitó la protesta reprimida del pueblo venezolano. Como señal de solidaridad, inmediatamente se alzaron las voces de intelectuales como la de Pío Tamayo, quien pagaría con la prisión su atrevimiento. Las calles fueron escenario para las contiendas más violentas, en las que los obreros lanzaban lluvias de piedras a los desprotegidos policías, vestidos con provincianos uniformes color caqui.

La ciudad y el país entero se removieron y dejaron escapar un grito de rebeldía que hizo dudar al tirano de su confiado poderío. Once días después, los estudiantes regresaban a sus casas ungidos por la experiencia de haber hecho tambalear un régimen que parecía de piedra.

Rafael Vegas ya no era el mismo. Fortalecido por las conversaciones en el claustro de su corta prisión, alimentó el ideal romántico que lo llevaría a participar activamente en la lucha política.

Entre los bastidores de este escenario, se movían hilos invisibles de poder que conspiraban secretamente. Pocos meses más tarde, se preparó un alzamiento militar-estudiantil que explotó en la madrugada del 7 de abril de ese mismo año.



Entre las esquinas de Maderero y Bucare, cerca de Quinta Crespo, se reunían los participantes de esta intentona, en el local de la Federación de Estudiantes de Venezuela. Allí ensayaban, con escobas como si fuesen armas, las estrategias para tomar el Palacio de Miraflores y el emblemático Cuartel San Carlos, donde había suficientes fusiles y municiones para armar al pueblo.

Ese era el plan.

Rafael junto con otros jóvenes estudiantes, se preparó para la acción. Los nervios se templaron en esa madrugada silenciosa, al escuchar una carga de disparos y un grito en medio de la noche:

— ¡Huyan! ¡Nos han traicionado!

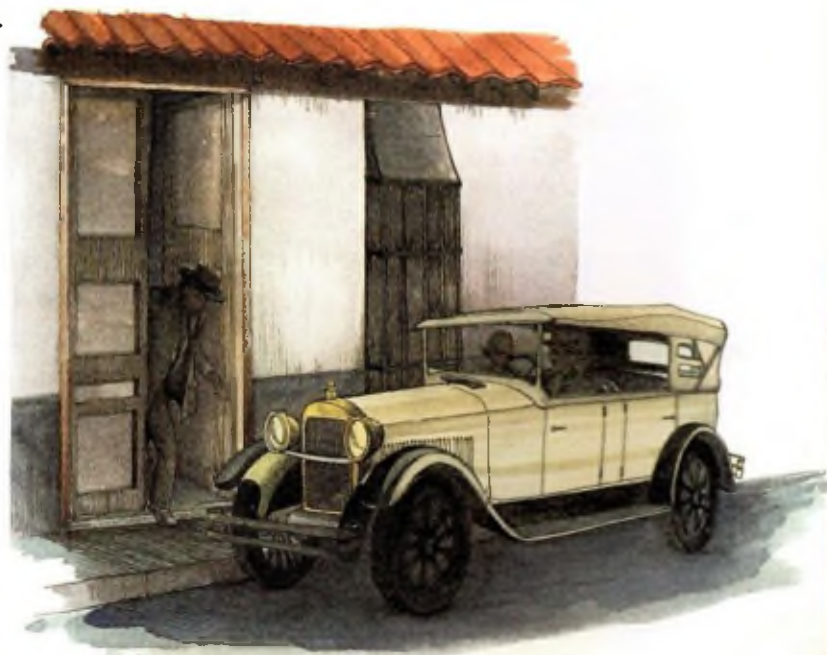
Era la voz de alarma de Juan José Palacios, uno de los principales conspiradores. El corazón agitado, quizás golpeado por la decepción, se aceleraba en la carrera de los estudiantes por las calles vacías, sobre los techos de las casas o atravesando baldíos.

Rafael logra ponerse a salvo, gracias a la ayuda de unas amigas que lo esperan, para simular un grupo de parranderos trasnochados. Junto con su amigo Jóvito Villalba queda a salvo por esa noche.

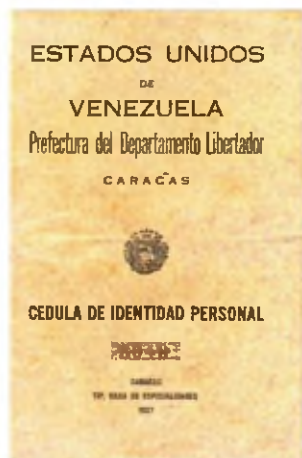
La angustia había pasado y ya la familia tenía noticias del paradero de Rafael. Se debía actuar con prontitud y paso seguro para sacarlo del país.

Su hermana Luisa Amalia, logra conseguir un carro oficial para trasladarlo a un escondite más seguro. Ella personalmente dirige los preparativos.

Al día siguiente, una figura se colaba en la parte trasera de un vehículo, mientras los pocos testigos contenían la respiración. El susto de este episodio se hacía cada vez menor, al tiempo que el carro se desplazaba hacia otra parte de la ciudad. Los pensamientos acudían de manera confusa a la mente de Rafael, tratando de aclarar los últimos acontecimientos que se mezclaban con sus profundos deseos de libertad.



Episodio de una huida en alta mar



Pasaporte de Rafael Vegas

Unas cuantas semanas transcurrieron desde que Rafael se ocultara en la casa de las hermanas Palacios. La búsqueda de los conspiradores arreciaba y el cerco se estrechaba cada vez más.

Por eso había que actuar con rapidez. Los preparativos se hacían con discreción para no despertar sospechas que frustraran la partida.

En una furtiva madrugada de mayo, Rafael es trasladado a su casa donde esperaban sus padres para despedirlo. Ya estaba listo el plan de fuga. Un largo abrazo y un breve cruce de palabras sellan esta secreta despedida. Antes de irse, el doctor Vegas deja deslizar unas monedas de oro en el bolsillo de su hijo, mientras le dice al oído:

— Este dinero tiene valor en todas partes y en cualquier momento. Úsalo sólo cuando te veas en un grave percance.

Para ese entonces Martín Vegas, el hermano mayor, era un médico reputado y querido. Atendía el leprocomio de Maiquetía tres veces por semana, haciéndose acompañar por otros médicos y especialistas. A pesar del riesgo que suponía esta travesía, Rafael entra como acompañante en el vehículo conducido por su hermano. A lo lejos se escuchaba el eco de los gallos madrugadores en los corrales de las viejas casonas caraqueñas.

El camino hacia Maiquetía estaba lleno de curvas, por una carretera de tierra que serpenteaba hasta el mar. Para abandonar la ciudad había que pasar una alcabala en Catia, donde se inspeccionaban los vehículos. Los nervios de los hermanos se tensaron imperceptiblemente ante los

guardias, quienes al ver el rostro familiar del doctor Martín Vegas, dejaron vía libre a los viajeros.

El primer peligro había quedado atrás. El paso de otra alcabala llegando a Maiquetía corre con igual suerte, de manera que pronto Rafael llegará al puerto de La Guaira donde abordará un barco que está próximo a zarpar para Europa.

De acuerdo a lo planeado, entrará con un permiso de visitante al trasatlántico y allí se esconderá en el camarote del matrimonio Mendoza, que ya sabía acerca de este huésped.

Sin embargo, una vez adentro las cosas no serán como se había previsto. Rafael logra ocultarse en un camarote hasta que el barco zarpa, pero cuando oye unos pasos que se acercan e intenta esconderse en el guardarropa, se da cuenta demasiado tarde de su equivocación: no existían prendas

femeninas en el armario.

La puerta de la habitación se abre... y en la escasa luz un hombre maduro acompañado de un joven descubre al polizonte...

Rafael tiene suerte de encontrar en estas personas a otros refugiados políticos que huyen de la dictadura peruana de ese momento. Así que el susto se resuelve en una honesta confesión que, en medio del mar, hace que la huida solitaria encuentre una inesperada compañía.



Carretera vieja de La Guaira

París, una época de austeridad

El Capitán del barco, al enterarse de que un polizón se encontraba a bordo, intenta devolverse a tierras venezolanas, pero la protesta de los pasajeros, quienes ya habían hecho causa común con el joven refugiado, lo hacen desistir de la idea. Todavía quedaba por resolver el problema de la visa, que Rafael obtiene en Martinica ayudado por su amigo Juan Simón Mendoza, después de muchas carreras para aprovechar la cortísima parada en aquella isla.

Finalmente, el 7 de junio de 1928, sus ojos contemplaron las primeras imágenes de Europa. Desde el puerto de El Havre toma un tren hacia París, donde continuará sus estudios de medicina en la Universidad de La Sorbona.



París despliega sus encantos cosmopolitas en la efervescencia de la posguerra. Allí el joven estudiante administrará cuidadosamente el escaso dinero de su pensión, mientras alterna con otros venezolanos que enarbolan en el exilio la bandera antigomecista.

Pronto este grupo de amigos, se reunirá en una expedición armada para liberar a Venezuela.

Entre tanto, los días otoñales cubrían con su manto de hojas las calles y avenidas. En el café *La Rotonde*, Rafael se encontrará frecuentemente con sus amigos y allí comenzará su amistad con Simone...

La ciudad envuelta en un halo mágico, aviva la llama romántica de los ideales revolucionarios en el grupo de compañeros, que animaba sus expectativas y compartía sus limitados recursos, mientras las luces de la tarde anunciaban el comienzo de la vida nocturna en la gran metrópoli.



El *Falke* parte de incógnito



Román Delgado Chalbaud

Puerto de salida del *Falke*



El grupo de amigos, integrado por Juan Colmenares Pacheco, Armando Zuloaga Blanco, Julio McGill y Rafael Vegas Sánchez, constituía una representación de esa Federación de Estudiantes que había luchado recientemente contra la dictadura.

Fervorosos y apasionados, formularon el juramento de combatir el régimen de poder que atrasaba el progreso del país. Coinciden sus aspiraciones con los ambiguos intereses del general Román Delgado Chalbaud, quien preparaba minuciosamente una invasión armada con apoyo de otros caudillos e intelectuales venezolanos.

De esta manera, logra reunirse un grupo revolucionario al mando del general Román Delgado Chalbaud, cuyos planes se preparan en secreto en una casa de la calle Colonel Renard, en París.

En Hamburgo se contrata la reparación de un barco abandonado que había pertenecido a la Marina Imperial. El *Tritón I*, conservaba su aspecto imponente a pesar de la herrumbre y su chimenea destartada.

Para ese momento, Alemania estaba atravesando una fuerte crisis económica y las fuentes de empleo eran escasas. Una paga generosa fue el señuelo para reclutar a la tripulación, engañada con la noticia de que el barco conduciría a una expedición de cineastas que filmaría una película en el corazón del Amazonas.

En medio de las reparaciones, el tercer oficial Martín Esser, revisa las cajas de la bodega y no esconde su sorpresa al ver que en vez de equipos de filmación la carga consiste en ametralladoras del tipo MG, municiones y armas.

Una mejor oferta de salario, calma la amenaza de desertión y los marinos se hacen cómplices de esta secreta aventura mientras el grupo de patriotas alista las provisiones. Rafael recibe el rango de Capitán, un uniforme, una gorra militar y cuatro estrellas que identifican su cargo.

El barco, con 1.200 toneladas y 18 nudos de velocidad, ahora listo para zarpar, recibe el nombre de *Falke*, que en alemán quiere decir halcón.

El lugar de destino de embarque será el puerto de Gdingen¹ en Polonia, para evadir los espías que tenía el gobierno venezolano en los principales puertos europeos. Por tierra marcha Román Delgado Chalbaud con su comitiva, quienes se hacen pasar por ricos turistas que están de paseo.

Un inesperado incidente antes de partir contribuirá al fracaso de la expedición: un ambicioso oficial inconforme con la generosa paga, se queda en tierra para delatar esta camuflada invasión. A pesar de la duda de esta amenaza, el *Falke* parte hacia Venezuela el 19 de julio de 1929.

Embargado por la nostalgia de una nueva partida, en medio del entusiasmo colectivo, Rafael contemplaba las estelas que formaba el casco de la embarcación, mientras crece nuevamente en su corazón el deseo de libertad.



Tripulación del *Falke*

¹ Este puerto no aparece en los mapas, en cambio sí se encuentran Gdansk y Gdynia. El nombre Gdingen fue tomado del libro *Rafael Vegas* de Arístides Bastidas, pág. 78.

Una revolución desembarca en Cumaná

El 24 de julio, en conmemoración del nacimiento del Libertador, se celebra en medio del mar el primer acto cívico ante la desconcertada mirada de los tripulantes extranjeros. El *Falke* fue bautizado de nuevo con el nombre de *General Anzoátegui*, mientras el general Román Delgado Chalbaud lanza una sangrienta proclama que anuncia su proyecto de invasión.

Los estudiantes reaccionaron de inmediato y pidieron una cita para mostrar su desacuerdo al General: sus ideales revolucionarios no incluían la violencia para restablecer el orden político venezolano, aunque ellos mismos serían capaces de dar la vida por este propósito.

Este incidente marcaría las diferentes posturas entre los dos grupos que compartían la misma empresa libertadora.

El camino hacia las costas venezolanas se acortaba en medio de las prácticas de tiro que realizaban los participantes inexpertos, dirigidos por un oficial alemán conocedor del complicado armamento.

Hasta que una mañana de agosto, entre las brumas y la expectativa, se despeja la mancha verdosa de una isla. Se trata de La Blanquilla, el primer pedazo de territorio venezolano que tocará el *Falke* en espera de otros revolucionarios que se unirán desde las islas vecinas.



Rafael siente la emoción del regreso a la patria. Bajo la sombra de las palmeras de esa alejada costa continúa las lecturas que en ese momento lo acompañaban. Un libro sobre la infancia desprotegida y un ejemplar del *Emilio* del francés Rousseau, las armas más auténticas con las que lucharía posteriormente por un cambio en el país.

Por fin llega la goleta *La Ponema*, desde Puerto Rico. Se hacen conferencias secretas del alto mando para determinar las condiciones de la inminente invasión a Cumaná. Hay desacuerdo entre los jefes y cambios de planes que adelantan los acontecimientos.

La tripulación se detiene en Peñas Negras para instruir a los campesinos y pescadores “guaiqueríos” reclutados en el uso de los fusiles. Rafael contemplaba con piedad este grupo de humildes venezolanos que, horas antes de un enfrentamiento, no había empuñado un arma en toda su vida.

Se tenía que actuar con rapidez ante los cambios de planes. Los refuerzos que iniciarían el ataque por la retaguardia se habían retrasado demasiado e inexplicablemente no había señales de ellos.

El desembarque se realiza en Puerto Sucre el 11 de agosto, a las cinco de la mañana. Ya las fuerzas gomecistas estaban advertidas y preparadas para el ataque.

La primera escaramuza se libra en la aduana.

A partir de ese momento, las acciones se precipitan. Muere Delgado Chalbaud, segada su vida por dos tiros y envuelto en la bandera revolucionaria. También pierde la vida en combate Armando Zuloaga Blanco cuando intentaba ponerse a resguardo.

Rafael cae inconsciente por el golpe de la culata de su propio fusil, al recibir éste un tiro en pleno cañón. Los campesinos mueren como moscas en medio del tiroteo.

Poco a poco las detonaciones van apagando su voz de trueno, en medio de la tensión, el polvo y el quejido de los heridos. El *Falke*, ante el rotundo fracaso, se aleja del puerto sin esperar a los sobrevivientes que ven perderse a lo lejos la esperanza de su salvación.



Vista actual del Castillo de Cumaná

Pinceladas en el cielo

Rafael ha recobrado el sentido en medio de la desesperanza de los últimos valientes que quedan en pie de guerra. El comandante Doroteo Flores, herido en la batalla, opina que la única salida es buscar refugio en las montañas.

A pesar de las dudas, el temple de este veterano, curtido en otras lides, convence a Linares Alcántara, a Juan Colmenares y a Rafael Vegas.

Comienza la retirada sigilosa, en medio del paisaje agreste y reseco. Con sus armas al cinto, los cuatro amigos emprenden la huida hacia las montañas sin más recursos que las monedas de oro que ocultara el Dr. Vegas en el traje de Rafael.

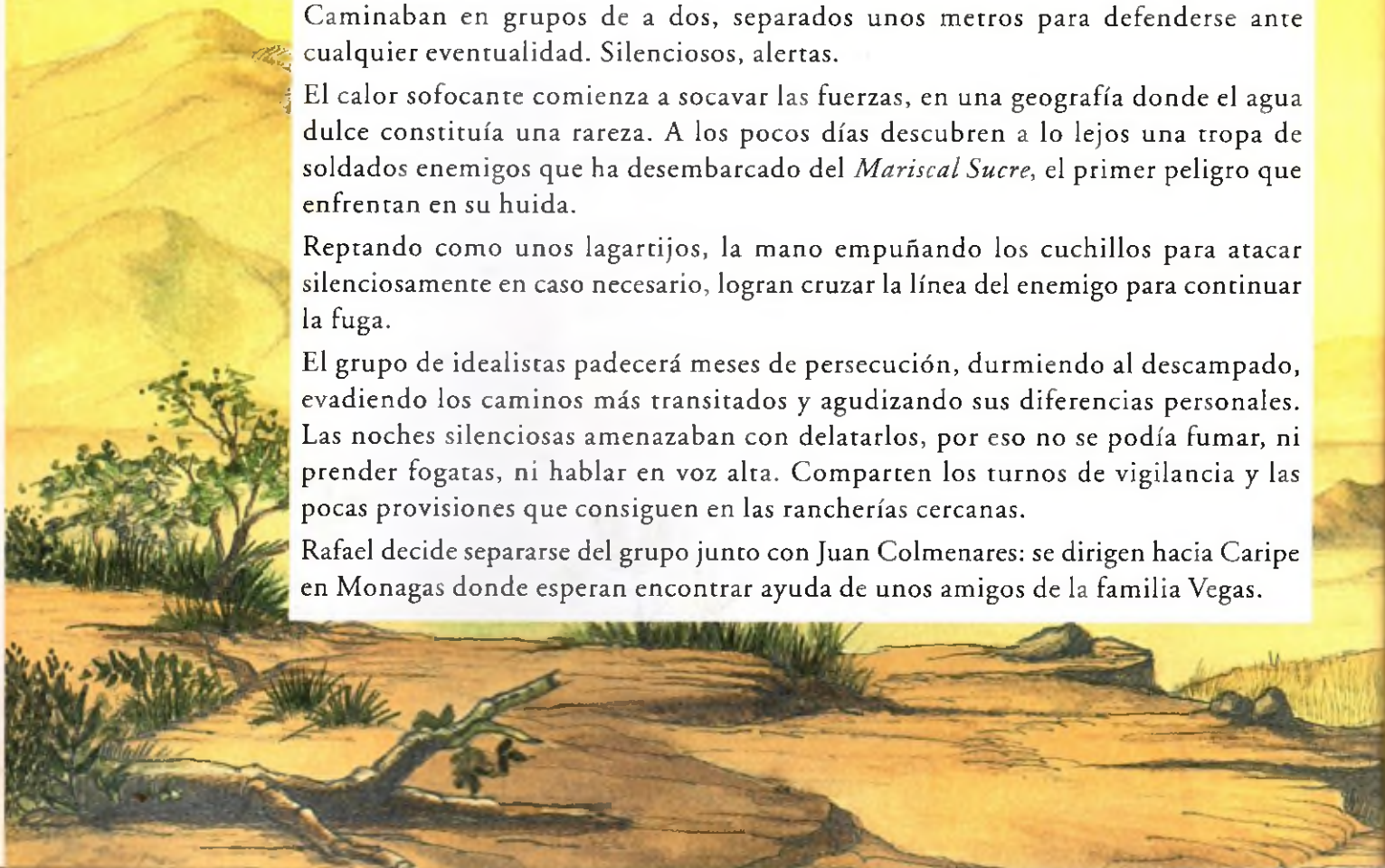
Caminaban en grupos de a dos, separados unos metros para defenderse ante cualquier eventualidad. Silenciosos, alertas.

El calor sofocante comienza a socavar las fuerzas, en una geografía donde el agua dulce constituía una rareza. A los pocos días descubren a lo lejos una tropa de soldados enemigos que ha desembarcado del *Mariscal Sucre*, el primer peligro que enfrentan en su huida.

Reptando como unos lagartijos, la mano empuñando los cuchillos para atacar silenciosamente en caso necesario, logran cruzar la línea del enemigo para continuar la fuga.

El grupo de idealistas padecerá meses de persecución, durmiendo al descampado, evadiendo los caminos más transitados y agudizando sus diferencias personales. Las noches silenciosas amenazaban con delatarlos, por eso no se podía fumar, ni prender fogatas, ni hablar en voz alta. Comparten los turnos de vigilancia y las pocas provisiones que consiguen en las rancherías cercanas.

Rafael decide separarse del grupo junto con Juan Colmenares: se dirigen hacia Caripe en Monagas donde esperan encontrar ayuda de unos amigos de la familia Vegas.



Una vez más emprenden la huida hasta llegar, con la ayuda de un baquiano, a la hacienda de la familia Luongo donde encuentran un alivio momentáneo. Los dos amigos se separan y desde ese momento Rafael continuará, acompañado de un peón que lo guiará hasta otra hacienda, La Rotunda, propiedad de Víctor Viso con quien había estudiado en el colegio Los Salesianos en Caracas. Allí tendrá la oportunidad de reponerse por unos meses, mientras alterna la lectura con la observación de la realidad del campesino venezolano.

Los ranchos de paja donde duerme, esconden una amenaza que será la causa de su muerte: el mal de Chagas.

El descanso es corto, ya que será delatado por un peón y deberá escapar nuevamente. Otro destino lo espera en Caicara de Maturín, desde donde se preparará su salida fuera del país.

A pesar de las privaciones que sufrió, Rafael tendrá tiempo para la contemplación y un destello de poesía surgirá de sus labios cuando años más tarde comenta con un amigo escritor el recuerdo de un amanecer en medio de su huida: "Cada hombre tiene su forma de percibir la belleza. Yo supongo que tú, ante una página perfecta, sentirás lo que sentí yo una vez que huía de Gómez por el llano y vi un amanecer llanero. Me entró como una especie de borrachera de paisaje..."



El amor brinda una tregua



Chipo,
insecto transmisor
del mal de Chagas

En la hacienda Chacaracual Rafael se hará pasar por capataz, mientras se prepara su partida por medio de un barco petrolero. Muy pronto aprenderá a montar a caballo, arrear reses y enlazar potrillos. Junto a su amigo Octavio Ledezma, se curtirá en los rudos oficios de la vida campesina.

Durante una cacería se verán frustrados nuevamente sus planes de fuga. La inesperada mordedura de un chigüire, al margen de un río donde había sido acorralado, casi le secciona la arteria femoral.

Las precarias condiciones del lugar, alejado de los centros hospitalarios, permitieron el avance de la infección, que dejó una estela de fiebres y delirios. Después de varias semanas, Rafael comenzó a dar los primeros pasos. Así que se hicieron otra vez los preparativos para su salida del país, por medio de un peñero hacia la isla de Trinidad.

Disfrazado de cura y con el apoyo de otros compañeros que se encontraban en Cumaná, abandona las costas venezolanas con el corazón inquieto por la aventura clandestina y el deseo de sepultar dos años de persecuciones.

Pero la suerte no estará de su lado al llegar a Trinidad. Cuando desembarca será detenido junto con Manuel Guzmán otro perseguido político que lo acompañaba en el bote. Un policía costero los confunde con contrabandistas.



Chigüire,
roedor que habita
principalmente en
los Llanos

Pronto saldrá de la cárcel, pero no escapará a sus secuelas: la mala comida de la prisión le ocasionará una amibiasis. Confinado en la habitación de un pequeño hotel, lo encuentra su madre una mañana de noviembre de 1930, quien aparecerá como una visión fugaz ante los incrédulos ojos de Rafael. Su presencia venía a cerrar los años terribles de privaciones, que ahora quedaban envueltos en la neblina del recuerdo.

Una nueva etapa comenzaba en la vida del joven Rafael, cuyo futuro se iluminaba como un camino de estrellas en medio de la noche hacia su próximo destino. En la estación de El Havre, tres meses más tarde, lo esperaban sus amigos Juan Larralde y Juan Colmenares, quienes recibían a un Rafael más maduro y taciturno, dispuesto a culminar sus estudios de medicina y a perfeccionar el francés. Las herramientas del conocimiento serán las armas de su lucha para la revolución pacífica. "Los cambios vendrán con las ideas y no con los fusiles", comentará meses más tarde a sus amigos.

París será también el escenario donde encontrar una tregua a su soledad. La bella rubia Simone Falligan, había perdido noticias de Rafael durante los años que desapareciera en la empresa del *Falke*.

Ahora, recibía con asombro una carta de salutación firmada de puño y letra de Rafael Vegas, con quien había iniciado un romance de tertulias y terrazas. Los destinos separados, se cruzaban con la fuerza del reencuentro y la distancia.

Simone encontraba el amor en la mirada serena de los ojos negros del joven venezolano que volvía otra vez a la vida cotidiana de París. Rafael encontraba el amor en los ojos azules de una joven rubia que había esperado pacientemente su regreso, con la secreta esperanza de quienes presienten que el silencio esconde la certeza de volver a encontrarse.



Rafael Vegas, foto tomada en Trinidad

Montmartre al amanecer



El regreso a la patria

Concluir sus estudios de medicina marcaba la obsesión de una meta que estaba a la vuelta de la esquina. Pocas veces lo veían sus amigos, ya que su interés estaba concentrado en obtener las mejores calificaciones y diplomarse con honores.

Los estudiantes extranjeros eran evaluados con mayor rigor. Tenían en su contra el inconveniente de pertenecer a otras latitudes.

En algunas ocasiones Rafael disfrutaba los fines de semana en los salones de baile, donde improvisaba con Simone los pasos de tangos y valsas, que eran sus distracciones preferidas. La calma parecía haber llegado definitivamente a la vida de Rafael.

Sin embargo, durante esta época comenzaron a aparecer de una manera intermitente los síntomas de la enfermedad que debilitaría su corazón. Ya, como estudiante de medicina, había comprobado la disminución de sus latidos cardíacos utilizando un estetoscopio, sin sospechar que una advertencia vendría pronto a sorprenderlo.

Rafael Vegas en Barcelona cuando estudiaba con el Dr. Mira i López



En el verano de 1932, una llamada telefónica reclamaba la presencia de los amigos de Rafael Vegas: una terrible crisis lo tenía al borde de la muerte. Rápidamente acudieron sus compañeros, quienes pasaron un gran susto ante la mirada espectral del joven Rafael que desfallecía en un viejo sillón, en el vestíbulo de la residencia donde vivía.

A raíz de esta recaída, los padres decidieron trasladarse a París para hacer compañía a su hijo. Poco a poco, volvió la energía con la reconfortante presencia que traía algo del calor del trópico a los primeros días otoñales.

Para terminar sus estudios de posgrado, Rafael se traslada a Barcelona en 1934, donde tendrá la oportunidad de especializarse en psiquiatría al lado de Emilio Mira i López. En esa ciudad se vinculará con los cambios y transformaciones que estaban ocurriendo en España, antes de la Guerra Civil.

Sus pensamientos en torno a la niñez se hacían cada vez más profundos, sobre todo al considerar que esta primera etapa de la vida es decisiva para evitar los posteriores desajustes en la personalidad de un individuo.

Con frecuencia viajaba a París para visitar a Simone, mientras se fortalecían sus vínculos con las ideas revolucionarias del Frente Popular, que luchaba por lograr mejores condiciones de vida para las clases más necesitadas.

1935 le trajo la feliz noticia de la muerte de Gómez, que celebró con otros compatriotas. La patria comenzaba a llamarlo, pero necesitaba culminar sus estudios. En junio de 1936 se casa con Simone, en una ceremonia discreta e íntima.

Rafael regresa a Barcelona con Simone, mientras crece la tensión entre el gobierno republicano y las bandas falangistas. La guerra civil estalla con toda su potencia.

A pesar de la deuda de gratitud que Rafael confiesa tener con España, debe abandonar el territorio de este amado país para coronar sus estudios finales en Francia, donde obtuvo su doctorado en noviembre de 1937.

Venezuela se abría como una fruta madura en medio de su ansiedad por terminar el exilio y sumar sus manos al proyecto de país que venía soñando. El trópico iluminaba sus ojos, a pesar del triste sol de invierno que lo despedía, y cuya débil luz se reflejaba en las aguas frías del puerto donde zarpaba el barco que lo llevaría a su añorada patria.



Juan Vicente Gómez, una tarde en el hipódromo

Esquela sobre la muerte de Gómez

**ANOCHÉ A LAS 11,45 FALLECIO
EN MARACAY EL BENEMERITO
GENERAL JUAN VICENTE GÓMEZ,
PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA**

DE ACUERDO CON EL PRECEPTO CONSTITUCIONAL, EN REUNIÓN DE
GABINETE SE DESIGNÓ AL GENERAL ELEAZAR LÓPEZ CONTRERAS,
MINISTRO DE GUERRA Y MARINA, PARA ENCARGARSE
DEL PODER EJECUTIVO

El Ejecutivo Federal, el Ejército de la Nación, el Poder Judicial,
el Poder Municipal y demás organismos públicos del país,
interpretan el sentimiento ciudadano en esta hora de duelo de la
República, al tributar imponentes homenajes de justicia a la
memoria del ilustre varón desaparecido



La patria le tiende sus manos

El puerto de La Guaira dibujaba su contorno de palmeras y viejas edificaciones aduaneras. Poco a poco el perfil se hacía más intenso y Rafael podía ver, desde la borda del vapor, el movimiento de la gente que esperaba a sus seres queridos en tierra firme, agitando pañuelos y saludando con las manos.

Por fin, en diciembre de 1937, en medio del calor húmedo y el sonido de la sirena, el barco anunciaba que había atracado en el puerto. Venezuela estaba saliendo de una feroz dictadura, en medio del atraso y de un despunte de modernidad que comenzaba a surgir con la llegada del petróleo. El territorio, ancho y olvidado, pedía a gritos el progreso y el aporte de hombres preparados, con un ideal firme.

Rafael estaba dispuesto a combatir las enormes carencias de la infancia abandonada, tema que lo había obsesionado durante sus estudios académicos. Este compromiso tenía un horizonte despejado, ajeno a las mezquinas intenciones de hacerse rico. Así se lo hace saber a una persona que se le acerca durante una recepción que le hicieron sus parientes en los salones del barco, antes de partir a Caracas:

— Rafael, vas a hacer plata, porque en este país no hay psiquiatras infantiles.

— ¿Y quién le dijo a usted que yo regreso a hacer plata? —le respondió Rafael mientras lo fulminaba con la mirada. — Yo vengo a ponerme al lado del niño desamparado y del muchacho enfermo.



El encuentro con su madre fue emotivo. Por fin el hijo regresaba al hogar, después de mucho tiempo de ausencia. Sus familiares le comentan los detalles de la muerte del doctor Vegas, su padre. Los recuerdos y los abrazos, disipan las tristezas y ahora el reencuentro se convierte en un motivo para celebrar.

Poco a poco, se va alistando la caravana que acompaña a Rafael y a Simone a Caracas por la vieja carretera de La Guaira, ahora pavimentada. Rafael respira hondo y no dejaba de admirar extasiado la belleza de la naturaleza tropical que bordeaba el camino.

Las verdes hojas anchas de las palmas y cauchos, se alternaban con helechos, trepadoras y flores silvestres, en las laderas de unas montañas que aún no habían sido tocadas por la mano del hombre. Su corazón late apresuradamente, mientras le exclamaba a Simone:

—¡Ésta es Venezuela!

Los recuerdos van desfilando a medida que llega a la ciudad que lo vio nacer. La casona de Bolero está intacta, su aspecto no ha cambiado mucho...

Un verdadero mar de gente lo esperaba en la puerta, entre parientes y amigos, para darle la bienvenida. Rafael recibe saludos y abrazos, y en medio de su aturdimiento piensa en la cantidad de cosas por hacer. Ha vuelto con el corazón humilde del sabio y la generosidad y el empeño del romántico que cree en un destino mejor para sus semejantes.

Una apuesta por la infancia abandonada



Niños de la calle

Familia en estado de extrema pobreza



La preocupación del joven médico por la infancia abandonada no era reciente. Durante sus estudios, había llegado a la conclusión de que muchos problemas sociales tenían su origen en los desajustes de personalidad que se habían producido a lo largo de la niñez.

Creía en la educación como instrumento para la transformación de la sociedad.

Sus primeros empeños en esta dirección sufrieron un inmediato fracaso. Su idea de establecer un colegio no encontró los socios capitalistas que requería el proyecto. Así como las gestiones de su hermano Martín para sacar de la aduana los equipos escolares que trajera de Europa, no pudieron impedir que este material fuera a parar a otras manos.

Rafael no decae en su empeño y de esta manera continúa ideando otras fórmulas para incorporarse activamente a la labor social.

A finales de 1937, la Sociedad Venezolana de Mujeres, creaba una institución para niños de la calle, reorganizada por Rafael como Casa de Observación de Menores. De esta manera comenzaba a poner en práctica su plan de atención a la infancia.

En 1938 se realiza en Caracas el Primer Congreso Venezolano del Niño. En este evento tendrá la oportunidad de reforzar sus vínculos con el Dr. Pastor Oropeza quien había creado la División Materno Infantil para atender la salud de miles de niños depauperados que morían por las malas condiciones de vida.

Rafael se suma a esta iniciativa emergente. No sólo se debía salvar al niño de la muerte prematura sino también apartarlo del delito. Gran cantidad de niños deambulaba por los alrededores del Nuevo Circo, huérfanos algunos, bajo el amparo de algún adulto delincuente otros, o en pandillas.

Ya la ciudad mostraba signos de esa repentina y desbordada migración, que de la noche a la mañana había poblado los cerros de barriadas populares e hizo surgir una clase social marginada del sistema.

Tampoco el país estaba preparado para atender el número creciente de niños abandonados.

El concepto de reformatorio, impuesto por la dictadura estaba más cercano al régimen carcelario. No había ningún tipo de consideración por el menor desasistido y sus posibilidades de inserción social estaban completamente negadas.

A la luz de este análisis de la situación de la niñez, logra defender su proyecto y ampliarlo prontamente, diseñando una brillante y estructurada organización que ofrecía posibilidades de rehabilitación a los niños con diversos problemas.

Su necesidad de palpar la realidad de la gente empobrecida lo lleva a visitar regularmente las casas de vecindad, para aplicar un método científico de investigación mediante encuestas donde recogía información acerca de cada familia: las condiciones de vida, el tipo de alimentación, la asistencia de los menores al colegio, las enfermedades más comunes.

Su negativa a cobrar sueldo por este trabajo, lo obliga a convivir junto a su madre en una pequeña casa en Sabana Grande. Allí nace su primera hija en 1938.

La entrega apasionada a su trabajo encuentra recompensa en los balbuceos de la pequeña María Corina, quien lo espera diariamente con entusiasmo. Ahora el camino había tomado un rumbo seguro y la firmeza podía adivinarse en el semblante decidido de Rafael, quien se jugaba una apuesta por la infancia abandonada.



El plan Vegas, más que una utopía



Niños limpiabotas

La situación del niño callejero representaba una de las facetas oscuras de Caracas. Para la época en que Rafael comienza a cimentar su trabajo, se calculaba que 2.000 niños sin familia deambulaban por los alrededores del mercado víctimas del abandono y la desidia.

Dedicados al trabajo ocasional, como caleteros o limpiabotas, la mayoría se iniciaba tempranamente en vicios y pequeños hurtos. Peor suerte corrían las niñas depauperadas, que marchitaban su adolescencia en casas de mal vivir. Hijos de familias campesinas que habían venido a buscar mejor fortuna en la ciudad, estos pequeños desamparados eran resultado del deterioro moral, la descomposición familiar y el desempleo.

Como secretario del Consejo Venezolano del Niño, impulsa un programa de rescate y cuidado de esos menores. Aprovecha la estructura existente para consolidar una Casa de Observación, donde eran remitidos aquellos niños con problemas. En esa institución se les hacía un diagnóstico exhaustivo, se evaluaban sus condiciones físicas, su historia familiar y su estado psicológico.

Una rigurosa tabla de clasificación orientaba su destino, ya sea a una casa-hogar, a un sanatorio, a una escuela especial o a un internado de readaptación. De esta manera podía ser atendido cada caso, en un ambiente propicio y adecuado para su tratamiento.

Rafael escogía personalmente a las personas que atendían estos servicios, generando una mística de trabajo que lograba sobrepasar las carencias del escaso presupuesto que manejaba. También logra despertar la necesidad de formar profesionales venezolanos en áreas específicas del cuidado y la psiquiatría infantil.

Rafael Vegas con su equipo de trabajo



Así, surge la figura de la trabajadora social, que debía prestar atención a los factores externos que sembraban las semillas de muchos males sociales. Indagar con sensibilidad el contexto familiar de cada niño, requería un personal con un perfil específico. Su hermana, Luisa Amalia Vegas, tomó la bandera de esta preocupación y fundó la primera Escuela de Servicio Social en Venezuela.

Muchos casos conmovían el ánimo del abnegado médico: niños desnutridos y golpeados, pequeños que habían sido rescatados de los basureros o de la crueldad...

En medio de tantas ocupaciones, nace su segunda hija en 1941. Helena Sofía representa otro momento de alegría para el matrimonio, que en medio de su austeridad comparte el calor familiar con doña María en la pequeña casa de Sabana Grande.

Rafael continúa sin descanso su proyecto, que encuentra prontamente el respaldo colectivo. En Los Teques, en la hacienda Buena Vista, la cual había sido expropiada a la viuda de Juan Vicente Gómez, sienta las bases del Instituto de Preorientación de Menores, su más querida iniciativa.

En medio de un paisaje bucólico, de vaquerías y bosques, aloja una comunidad de niños recuperables que bajo una férrea disciplina cultivan el trabajo manual, el deporte y el aprendizaje académico. Aquí pone en práctica sus más agudas observaciones del comportamiento infantil, respaldado en la idea de que el trabajo constante y organizado fortalecería el espíritu y ayudaría a germinar la vocación de estos futuros hombres de bien.

La utopía de un ambicioso plan de rescate de la infancia abandonada, se hacía realidad en las risas de estos niños que llenaban los pasillos y que ahora disfrutaban finalmente del calor de un verdadero y nuevo hogar.

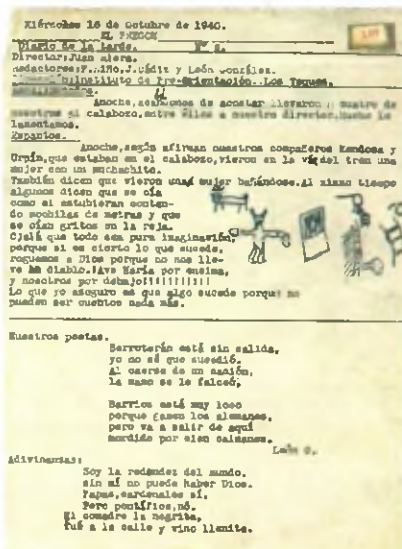


Helena Sofía y María Corina,
hijas de Rafael Vegas



Niños jugando en una casa-hogar

Un ministro en bicicleta

Periódicos *Pregón* y *Morisquetas*

El cuadro político en el país aún era inestable, a pesar de que el horror de tantos años de dictadura había sido sepultado con la muerte de Juan Vicente Gómez. Su sucesor el general Eleazar López Contreras, había logrado cierto equilibrio entre las tensiones de poder que la ausencia del caudillo había generado.

La Segunda Guerra Mundial se avecinaba y con ella se imponían nuevos recortes presupuestarios por la recesión económica. El Consejo Venezolano del Niño, había sufrido una dura reducción y ahora contaba con apenas 17.000 bolívares mensuales para atender todos sus servicios.

El Instituto de Preorientación se convirtió en el espacio favorito de Rafael, donde inculcaba a los niños una estricta disciplina que combinaba con el amor paternal. La naturaleza tenía un protagonismo importante entre los niños de ese albergue: se mantenía un pequeño zoológico donde convivían algunos animales, que estimulaban el sentido de responsabilidad y el respeto por la vida entre los niños.

Pero no solamente se dedicaban a la siembra y al ejercicio físico, sino que también tenían dos periódicos: *Pregón y Morisquetas*, donde los menores daban rienda suelta al humorismo y a la vena investigativa. Rafael se mezclaba entre los niños como uno más del grupo, los llamaba por su nombre de pila y compartía sus juegos. Con sabiduría logró crear un clima de confianza y estabilidad, que le permitía también reforzar sus experiencias en el trato con estos niños que cargaban en sus hombros carencias e ilusiones a medio camino.

Venezuela se preparaba para unas nuevas elecciones. Aunque Rafael se declara al margen de la actividad política, no deja de mostrar

simpatía por la candidatura de su querido maestro y amigo Rómulo Gallegos. En las elecciones gana la presidencia Isaías Medina Angarita, andino y militar como era la tradición presidencial desde comienzos de siglo.

Rafael renuncia a su cargo en el Consejo Venezolano del Niño, perdiendo así el único sueldo que tenía, pues trabaja *ad honorem* en el Instituto de Preorientación. No estaba de acuerdo con el nuevo gobierno. A pesar de los temores y expectativas, el presidente Medina abre las puertas a una participación democrática y plural, libera a los presos políticos y comienza un clima de apertura en el país. Busca rodearse de los hombres más eminentes para sacar a Venezuela del atraso y consolidar un plan coherente de infraestructura.

El nombre de Rafael Vegas comienza a sonar entre los allegados del Presidente, a pesar de su labor callada y su oposición tácita al nuevo gobierno.

Una llamada telefónica sorprendió una noche de marzo la cena del eminente psiquiatra, mientras al otro lado se escuchaba una voz masculina. Era el mismo presidente Medina Angarita, quien le pedía una entrevista personal. Días después, en el despacho presidencial eran escuchadas en silencio las ideas de Rafael en torno a la enseñanza en el país.

Poco tiempo bastó para convencer al general Medina Angarita de que tenía al frente a un hombre indispensable y valioso:

—Creo que usted sería un excelente Ministro de Educación, si me honrara aceptándome el cargo— le expresó directamente.

—No tengo experiencia para eso— dijo Rafael.

—Sí la tiene. Lo ha demostrado enseñándome tantas cosas a mí, que soy el Presidente de la República.

De esta manera queda sellado el compromiso y un mes después, Rafael acudía a su juramentación en La Quebradita, residencia del general Medina Angarita, al final de la avenida San Martín.

La mirada atónita de los que estaban allí presentes, no podía creer lo que veían: el nuevo Ministro, alto y con aspecto jovial, acudía a su primera cita pedaleando su inseparable bicicleta.

Rafael Vegas y su hija María Corina



Cambios en la educación venezolana

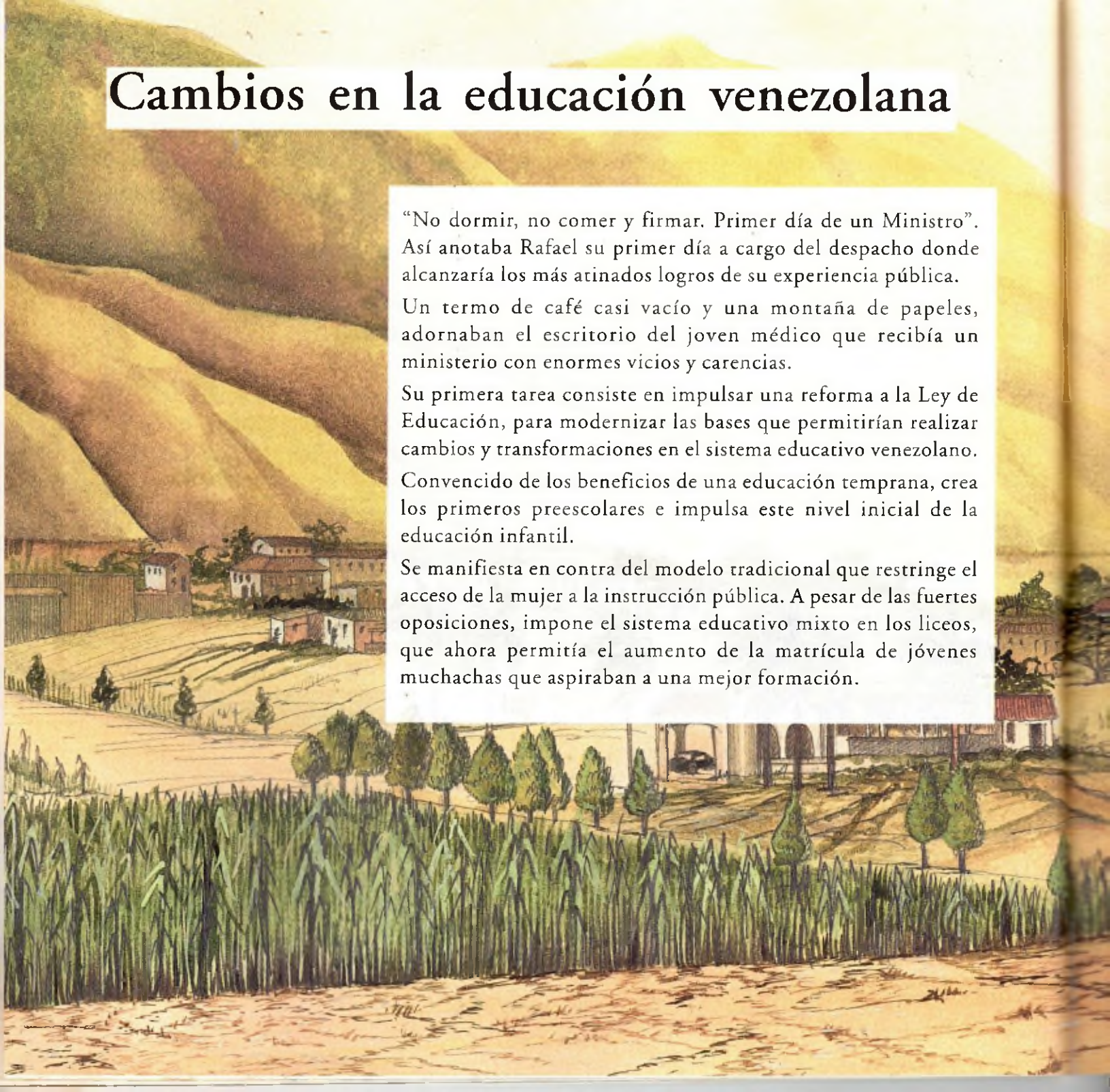
“No dormir, no comer y firmar. Primer día de un Ministro”. Así anotaba Rafael su primer día a cargo del despacho donde alcanzaría los más atinados logros de su experiencia pública.

Un termo de café casi vacío y una montaña de papeles, adornaban el escritorio del joven médico que recibía un ministerio con enormes vicios y carencias.

Su primera tarea consiste en impulsar una reforma a la Ley de Educación, para modernizar las bases que permitirían realizar cambios y transformaciones en el sistema educativo venezolano.

Convencido de los beneficios de una educación temprana, crea los primeros preescolares e impulsa este nivel inicial de la educación infantil.

Se manifiesta en contra del modelo tradicional que restringe el acceso de la mujer a la instrucción pública. A pesar de las fuertes oposiciones, impone el sistema educativo mixto en los liceos, que ahora permitía el aumento de la matrícula de jóvenes muchachas que aspiraban a una mejor formación.



Durante su gestión, el Ministerio de Educación conoció su etapa más gloriosa. Se ejecutaron grandes edificaciones escolares, que aún hoy en día son dignas de admiración.

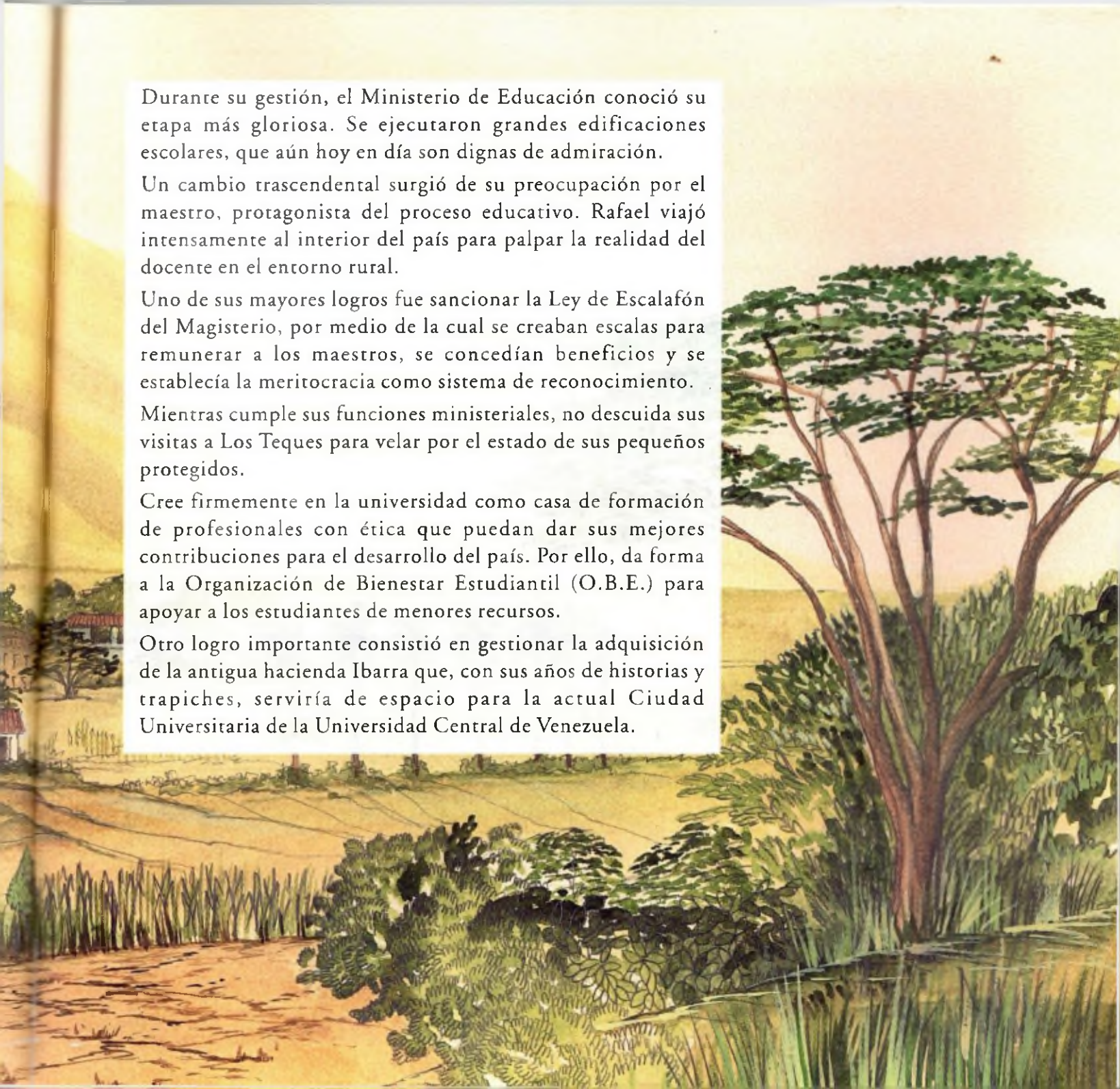
Un cambio trascendental surgió de su preocupación por el maestro, protagonista del proceso educativo. Rafael viajó intensamente al interior del país para palpar la realidad del docente en el entorno rural.

Uno de sus mayores logros fue sancionar la Ley de Escalafón del Magisterio, por medio de la cual se creaban escalas para remunerar a los maestros, se concedían beneficios y se establecía la meritocracia como sistema de reconocimiento.

Mientras cumple sus funciones ministeriales, no descuida sus visitas a Los Teques para velar por el estado de sus pequeños protegidos.

Cree firmemente en la universidad como casa de formación de profesionales con ética que puedan dar sus mejores contribuciones para el desarrollo del país. Por ello, da forma a la Organización de Bienestar Estudiantil (O.B.E.) para apoyar a los estudiantes de menores recursos.

Otro logro importante consistió en gestionar la adquisición de la antigua hacienda Ibarra que, con sus años de historias y trapiches, serviría de espacio para la actual Ciudad Universitaria de la Universidad Central de Venezuela.



Un educador a tiempo completo



Rafael Vegas impartiendo clases

El exceso de trabajo ocultaba los signos que ocasionalmente le recordaban el avance de su enfermedad. Su negativa a realizarse un examen médico, se traducía en la humorística respuesta que siempre daba sobre el asunto: — Feliz usted que cree en los médicos y en las medicinas. Rafael tenía un concepto de educación integral que no descuidaba los aspectos humanos y espirituales del individuo. Por ello, logra imponer como obligatoria la enseñanza de la música en las escuelas primarias.

Con los niños del Instituto de Preorientación, organiza frecuentes caminatas y estimula en ellos la práctica deportiva y el amor a la naturaleza. Conocía los árboles ornamentales y su época de floración... se extasiaba ante el espectáculo de una alfombra amarilla al pie de un araguaney o de las luciérnagas rojizas que flotaban en los bucares.

Defendió e impulsó una masiva campaña de alfabetización de adultos, convencido de la capacidad de los analfabetos por recuperar esos años al margen de la enseñanza.

Su otra gran pasión, la lectura, encontró resonancias en el proyecto que desarrolló para poner al alcance del pueblo trabajador los mejores escritores venezolanos. Su plan editorial, Biblioteca Popular Venezolana, masificó las ediciones en cien mil ejemplares por título, que costaban solamente un real.

Rafael enseñó con su práctica el respeto al ser humano, sea cual fuera su condición. Estimuló el trabajo y el amor al



Algunas novelas incluidas en el plan lector de Rafael Vegas

oficio entre sus colaboradores. Pero sobre todo, volcaba su pasión en aquello que hacía, poniendo en último lugar los intereses materiales.

Por tal motivo, siempre tenía apuros económicos.

La época de mayor efervescencia se interrumpe el 17 de octubre de 1945, cuando sorpresivamente el estampido de unas detonaciones anuncia a todo el país una nueva sublevación. El golpe militar, respaldado por el partido Acción Democrática, ponía fin de esta manera al gobierno del general Medina Angarita.

Un nuevo episodio se escribía en las páginas de la historia venezolana. Con este confuso acontecimiento se enturbian las aguas de una apertura, que había ganado terreno hacia la modernización del país.

Rafael, al margen de la militancia política, se ve impelido a abandonar su cargo de ministro. Pero en medio del caos y la inestabilidad, no abandona su preocupación por los planes educativos que había impulsado. El ánimo de un educador a tiempo completo mantenía encendido su espíritu luchador.



Ring de boxeo en el Instituto de Preorientación



Rafael Vegas como scout

Colegio Santiago de León de Caracas



Vista del colegio desde el área de la piscina, sede de La Floresta

Rafael Vegas con niños del colegio



Ante el nuevo panorama político, se inició una persecución en contra de algunos altos funcionarios que habían acompañado al gobierno anterior. Rafael Vegas, sin embargo, se convirtió en un emblema de honradez y trabajo. Algunos artículos periodísticos de destacados venezolanos, respaldaron su labor al frente del Ministerio de Educación.

Pero oscuras opiniones trataron de empañar su reputación con la absurda noticia de que su título universitario había sido obtenido en Francia y por tanto no tenía validez oficial en el país.

Rafael decide validar sus estudios en la Universidad Central de Venezuela, con lo que comienza a incursionar en el campo de la patología tropical. Allí detecta que la sintomatología de sus frecuentes crisis responde perfectamente a las características del mal de Chagas.

La certeza de saberse enfermo no disminuyó su espíritu emprendedor. Instaló un consultorio médico en la parroquia Candelaria, entre las esquinas de Peligro a Miguelacho, muy cerca del puente Brión. Cobraba poco y a veces sentía vergüenza de pasar factura a las personas más necesitadas, quienes conformaban la mayoría de su clientela.

No abandona su trabajo *ad honorem* en la casa de observación y en el Instituto de Preorientación, a pesar de que ya su pensamiento comenzaba a divorciarse de los lineamientos de los nuevos directores del Consejo Venezolano del Niño.

Su situación económica seguía siendo difícil, a pesar de lo cual también organiza un sanatorio para mujeres en la recién fundada urbanización de Altamira.

En 1948 se instaló una nueva dictadura en el país, que derrocó a Gallegos y abrió otro capítulo de torturas y persecuciones. Los recientes cambios políticos producen brechas más profundas que lo obligaron a separarse definitivamente de su trabajo con los niños abandonados.

Ahora se presenta la oportunidad de hacer realidad uno de sus mayores anhelos: fundar un instituto educativo que, con el apoyo de sus propuestas pedagógicas, se constituyera en el precursor de una nueva forma de enseñar.

No fue difícil convencer a un grupo de venezolanos distinguidos para que aportara el capital de este proyecto innovador. Eugenio Mendoza, Armando Planchart, Lope Mendoza, Andrés Germán Otero y el doctor Martín Vegas avalarían económicamente esta propuesta, dejando confiados la dirección del instituto en manos de Rafael.

De esta manera, el 25 de julio de 1950, en honor a la fundación de la ciudad que tanto amor despertó en el corazón de Rafael Vegas, comienza sus actividades en La Florida el Colegio Santiago de León de Caracas.



Rafael junto a su perra en el colegio



Algunos de los miembros fundadores del Colegio Santiago de León de Caracas (de izq. a decha.): Julio Sosa, Andrés Germán Otero, Rafael Vegas, Elías Toro e Isaac J. Pardo.

El espíritu de un sueño permanece



Pedro el jardinero

La salud de Rafael comienza a verse agotada por el exceso de trabajo y su lesión coronaria. Ahora lo acompaña Pedro, el muchacho de las manos fértiles, el buen jardinero que había sido amparado desde pequeño por Rafael.

Juntos se harán compañía y encontrarán un motivo de diálogo profundo en su pasión común por la naturaleza. El Colegio Santiago de León despegó exitosamente. La matrícula aumenta gracias a la revolución pedagógica que toma forma entre las paredes de esta institución.

Rafael intensifica sus actividades: se inscribe como alumno en la reciente escuela de Educación, abierta en la Universidad Central. También es profesor.

En 1954, casi en silencio muere doña María a la edad de ochenta y cuatro años. La tristeza le impone un luto riguroso que llevará hasta el final de su vida.

Las pulsaciones de su corazón a veces se debilitan, pero su intenso apego a la vida hace crecer sus ánimos.

El colegio se muda a su actual sede de La Floresta. Se pone en marcha un plan ambicioso de construcción que incluía la primera piscina en un instituto educativo en el país.

El 29 de julio de 1967 la ciudad se estremece con el terremoto más violento y aplastante de los últimos años. Caracas sufre muchos daños y queda enmudecida por el terror. Rafael tiene energías para visitar a sus familiares y con la ayuda de Pedro va a inspeccionar el edificio del colegio.

Sus crisis intermitentes van aquietando sus intensas actividades. El colegio ha prosperado tanto, que decide en 1970 crear una Fundación para preservar intactos los logros que había cosechado en este proyecto.

El recorrido habitual por los jardines profundiza los lazos entre él y Pedro, quienes ahora tenían un destino inseparable. El 21 de mayo de 1973, Rafael escucha un estruendo desde su oficina: un carro había chocado contra una pared del colegio. Debajo de los escombros yacía moribundo el fiel compañero que tenía en sus manos el don de hacer crecer plantas y flores.

El estado de salud de Rafael empeora cada día más. Su paso se hace más lento y siente los pies pesados como plomo. La Navidad de ese año, despunta como un rocío mañanero... los días pasan con el dulce encanto de los aguinaldos, que ahora se mezclan con otros ritmos en los populares programas radiales.

Las llamadas telefónicas, hacen saber a Rafael que sus seres queridos están muy cerca, a pesar de las distancias.

El 30 de diciembre cuando la ciudad se prepara para la celebración del año nuevo, Rafael sufre una baja inesperada del pulso. La enfermera corre a avisar a los familiares que se encontraban en la casa.

— ¿Qué pasa?— comenta sorprendido, antes de ser sacudido por una convulsión que lo envuelve en un dulce sueño del que no despertará.

Su vida había terminado, como el caminante que llega al final de su destino con el rostro reluciente y el sombrero tomado de la mano, como diciendo: “ya llegué, ¿puedo entrar?”.

La obra de Rafael Vegas Sánchez, ha quedado sembrada a lo largo de su intensa vida cuyas semillas aún germinan en todos aquellos que compartimos su recuerdo. Y su espíritu luchador, sabio, humano, permanece entre nosotros con la fuerza de un legado prodigioso.

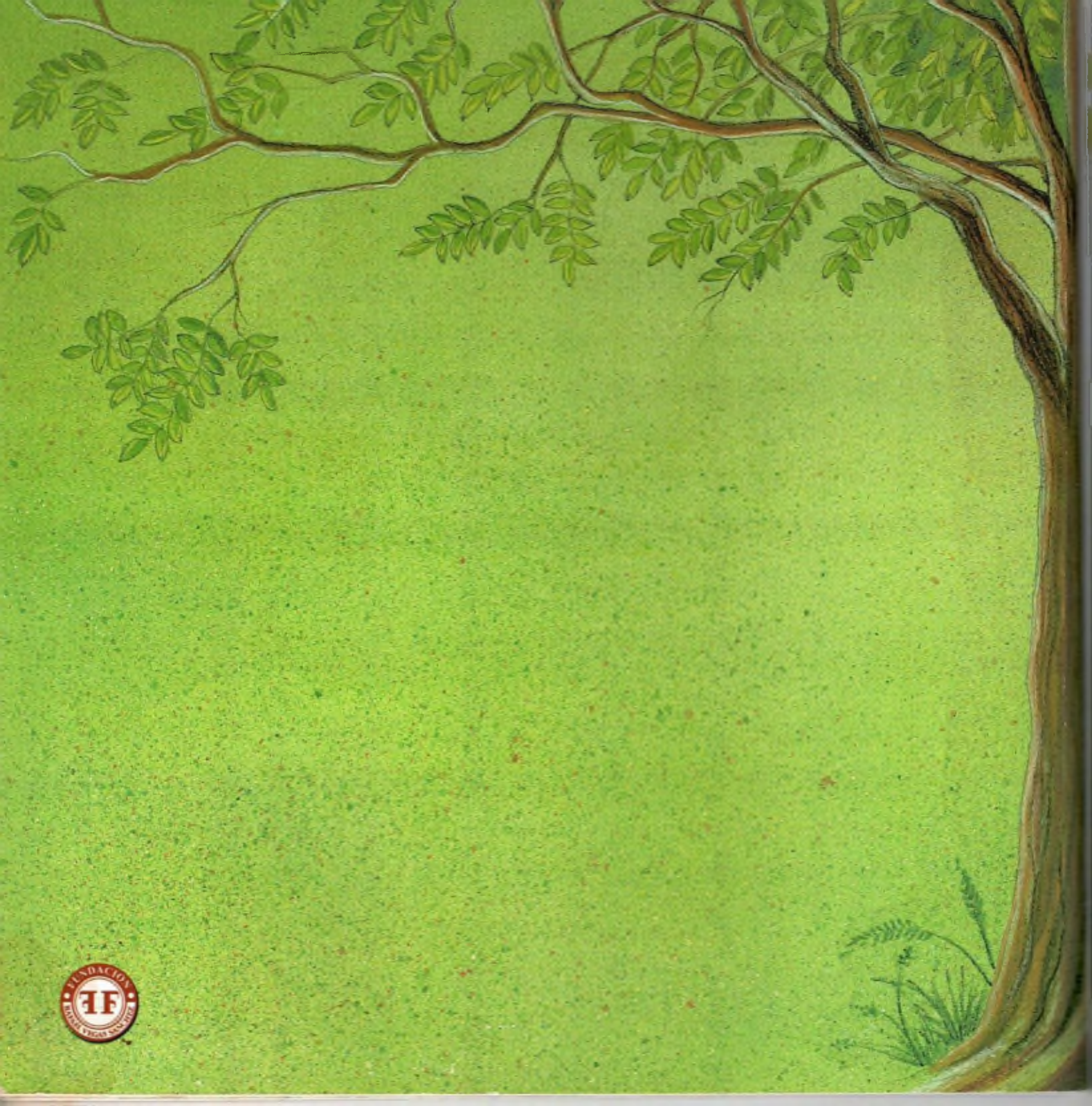
Escultura de
Rafael Vegas, ubicada
en el Colegio Santiago
de León de Caracas



Este libro se terminó de imprimir en el mes de septiembre de 2000, en la ciudad de Santiago de León de Caracas. El texto fue levantado en fuente AGaramond. Las ilustraciones se realizaron en acuarela.



La investigación para realizar este material fue posible gracias a la valiosa colaboración y la prodigiosa memoria de la Dra. Abigail Salgado, quien en vida fue la más cercana colaboradora del Dr. Rafael Vegas.



J. F. Reyes Baena

ELIAS TORO

**PROFESOR DE LA CIENCIA,
DE LA CULTURA Y EL CIVISMO**

Ensayo biográfico

Ucv

ELIAS TORO

**PROCER DE LA CIENCIA,
DE LA CULTURA Y EL CIVISMO**

Ensayo biográfico



**UNIVERSIDAD CENTRAL DE VENEZUELA
RECTORADO**

**División de Prensa y Relaciones Públicas
Caracas, 1975**

El Colegio "Santiago de León de Caracas", bajo la dirección de la Lic. Diana Zuloaga, con motivo del Día del Maestro, resolvió dar el nombre del Dr. Elías Toro a la biblioteca de ese Instituto. El Dr. Elías Toro, ciudadano eminente, fue Vice-rector de la Universidad Central de Venezuela y Primer Director de la Organización de Bienestar Estudial (OBE). El acto de nominación de la biblioteca del Colegio "Santiago de León de Caracas" ha sido dispuesto para el 15 de enero de 1976. El Dr. Rafael José Neri, Rector de la Universidad Central de Venezuela tuvo a bien disponer la publicación en folleto del Ensayo que sobre la vida y obra del Dr. Elías Toro publicó el Dr. J. F. Reyes Baena en el Diario "El Nacional", de Caracas, el 28 de agosto de 1969.



Dr. ELIAS TORO

PREMATURO ENFRENTAMIENTO CON LA VIDA

El Dr. Inocente Palacios rechaza que se le diga primo de Elías Toro. Estrecha ligazón afectiva fue apretando los lazos de Inocente Palacios con los Toro, sus primos carnales. Más allá de la sangre, la vida misma. Más allá de la vida misma, la lealtad, la inquebrantable intimidad familiar. Fraternidad de quienes compartieron sinsabores, dividieron alegrías.

Hermano sí. Rubrica Inocente Palacios.

Las palabras abren el cauce de este río existencial. El ritmo acompasado del relato fluye y refluye en el travieso borbotón de este manantial de la historia. Dicha la historia, oída, con devota reverencia merecida.

Elías Toro emerge de este recuento con perfil natural, espontáneo, verídico, cierto.

—Elías tuvo que enfrentarse a la vida desde el momento mismo en que la vida se enfrentó con él.

Hombre de inmensa fortuna aquel General Luis Rafael Caspers, que sí tuvo quien le escribiera pero no lo necesitó. Ministro de Guerra a finales del siglo XIX. Encargado de la Presidencia de la República. Inclinado temperamentalmente a toda mani-

festación del arte, hizo de su casa otro hogar para la música.

De sus hijas, Isabel, madre de Inocente Palacios, amiga inseparable de Teresa Carreño. Era compositora además de ejecutante. María, la más música de todas, murió joven. Clotilde, casada con el Dr. Elías Toro (nieto de don Fermín Toro, el del siglo XIX), médico de singular relieve académico, fundador de la Cátedra de Antropología en la Universidad Central y del Museo Antropológico. Autor de la "Antropología General y de Venezuela Precolombina", curso inaugural de la Cátedra de Antropología, de 1905 a 1906.

Del matrimonio de Clotilde Caspers y el Dr. Elías Toro, nacen doce hijos. Entre ellos, Elías, que va a ser también el Dr. Elías Toro. De los Toro de ese hogar queda sólo Luis, el profesor de Biología y Química, terca pasión en el cultivo de la ciencia y de la enseñanza. Para su hermano Elías, más bien el hijo mayor. Y muerto poco tiempo antes que Elías, Julio, de suelta, pulcra caballerosidad, conocedor a fondo del proceso industrial de Venezuela, unidos también en la confianza de la consulta, en la fidelidad del consejo.

El general Luis Rafael Caspers fue perdiendo sus bienes. Casi regalándolos, en una como intencional, desesperada prodigalidad. De sus últimas propiedades, la hacienda del Litoral, cuya casa matriz fue

la que hoy ocupa el Club de Caraballeda. Ninguna herencia quedaba ya a la familia.

El hogar del Dr. Elías Toro y Clotilde Caspers pudo llevar una existencia cómoda, sin abundancia. El Dr. Elías Toro era Director de Sanidad. La familia crecía en una austeridad llena de facilidades, sin que sobrara nada.

La infancia de Elías está clavada en la esquina de Abanico, de su Caracas natal. Un buen día se mudan. Para pasar a vivir en la casa de enfrente. En la misma esquina de Abanico.

Abajo, alfombrando los diversos niveles de la pintoresca arquitectura de las casas de esa tradicionalísima zona de Caracas, se arremansa, trepida a veces. canta su arrendajo de guijarros, el Catuche.

A la muerte del padre de los Toro, las familias Toro-Caspers y Palacios-Caspers, viven unos meses en solidaria, consecuen-te compañía. Después será para los Toro la casa de Panteón a Misterio. Y la de Los Chorros. Luego la de Crucesita a San Miguel, cuando Elías escalona el ras de la adolescencia.

Por el lado del Dr. Elías Toro, por la línea de los Ponce de León, los Toro heredan los derechos sobre el "Agua Imperial", fue uno de los productos de mayor tronío entre los recursos embellecedores de las mujeres de Caracas durante unos cuantos lustros. Un contrato con una fir-

ma comercial empezó a reportar a la familia Toro-Caspers unos quinientos bolívares mensuales.

En aquel 1918, cuando a causa de la gripe española muere el padre, Elías tiene once años. Afronta una situación crítica. Quien hubiera podido hacer de jefe de la familia entre los varones, Fermín, había muerto a consecuencia de un accidente. Está ya Elías ante la vida. Con una carga de responsabilidad que recibe con firmeza precoz, con decisión, con coraje.

Inocente Palacios está ahora más que nunca al lado de Elías Toro. Juntos habían iniciado la escuela primaria en el Colegio Francés. Un buen día Inocente es acusado por primera vez de "subversivo", "revolucionario", "disociador".

—Un sacerdote del Colegio trató de pegarle a un niño. Salté a impedirlo. El sacerdote se me vino encima. Del altercado se pasó a las "acusaciones" que determinaron mi traslado a la escuela primaria de la Normal.

DE LA PRIMARIA A LA UNIVERSIDAD

Vuelven a estudiar juntos Inocente y Elías en el quinto y en el sexto grado de la primaria del Liceo Caracas, bajo la dirección de Paulo I. García. Continúan el bachillerato en el mismo Liceo Caracas, mo-

mentos en que el Dr. Luis Ezpelosín deja la Dirección.

En el Liceo Caracas, hallarán después la guía de Rómulo Gallegos. Empezará a fraguar la que sería la generación del veintiocho. Ramón Rojas Guardia, con Inocente Palacios y Elías Toro, Carlos Irazábal, Víctor Brito. Isaac Pardo, Miguel Otero Silva y Rafael Vegas, tres compañeros de infancia y de juventud de Elías Toro, de fraternal, irrompible amistad de siempre. Y aquel formidable Amílcar Plaza.

—Mire usted que este Amílcar tiene cosas. Ahora es el primer alumno en la clase de Latín en la Universidad.

—En Latín y en otras clases más de la Escuela de Historia, Dr. Toro, respondí.

—Sí. Amílcar es algo serio. A estas alturas, ya a esa edad, el mismo aliento, la misma parsimonia, con igual talento y honestidad. Seguro que se graduará. Y ojalá.

Cuando Venezuela estrena el vocabulario político con que va a rotularse a toda una juventud, Elías Toro es ya bachiller, con la Tesis "Caracteres Paleontológicos del Período Secundario", y está en la Universidad.

La boína es el tope de la dignidad estudiantil. "Comunistas", "filibusteros", "traidores a la patria", "agitadores de oficio", "enemigos del gobierno", los muchachos de la Federación de Estudiantes de

Venezuela. Elías Toro da su contribución de cártel en el Castillo de Puerto Cabello.

En Venezuela historia nacional es bastante inventario de recompensas políticas. No para Elías Toro. Todo en él fue un deber antes que una acreencia.

Para Inocente Palacios lo de Puerto Cabello era la iniciación de un rosario de accidentes en su vida democrática. Hasta ahora, un record: 11 veces preso, 4 deportado.

Pasada la rebelión armada del 7 de abril de 1928, concluido el movimiento cívico de octubre, después de las prisiones de Las Colonias y de Palenque, se normaliza la Universidad.

Elías Toro recibe el grado de médico en 1931. Establece una pequeña clínica en Petare, de poca duración. En la ocasión del terremoto se traslada a Cumaná.

FALTANDO APENAS VEINTICUATRO HORAS

Elías Toro había dejado en Caracas promesa de matrimonio. Carlota Jiménez se había incorporado a la Liga de Samaritanas, jóvenes enroladas en una campaña médico-social. En estas circunstancias la conoció Elías Toro. De profunda raíz temperamental le venía a Carlota Jiménez la necesidad de leer, de escribir, su devoción por la cul-

tura, por el arte. Sensibilidad suficiente para parearse con quien como Elías Toro se volcaba ya en una entrega definitiva hacia el bien, hacia la justicia.

—Es muy raro. Cómo es posible que a estas horas Elías no aparezca. Faltan nada más que veinticuatro horas. Si todo está arreglado para mañana en la noche.

En los familiares, en las amistades, hierve la preocupación. Pasado el mediodía, consternación general. Desde Cumaná el novio había avisado el regreso para ocho días antes.

—¡Pero sabiendo que la boda va a ser mañana! ¡A quién se le ocurre!

Sobre el atardecer se presenta Elías Toro. Como si nada estuviese sucediendo. Un accidente como cualquiera otro. La irregularidad en las comunicaciones entre Cumaná y Caracas lo hizo embarcarse en una goleta. Estaría en La Guaira ocho días antes del fijado para el matrimonio. Las velas de la goleta se desinflan. Lo que fuera briosa marcha marinera se detiene. Una calma absoluta recorta al extremo la velocidad. Corre lento, pesado, mortificante, el reloj del retardo. Al fin, como en el cine, Elías llega de todos modos a tiempo. A veinticuatro horas para la boda.

Con orgullo de venezolano que sabía que tener cuatro hijos es entregar cuatro hombres a la patria, comentaba siempre a Fermín, Elías, Martín, Andrés. Del padre

de familia tuvo un concepto diferente al tradicional. A veces exageradamente, nunca fuera de tono pensó más que en la mimosidad hogareña de "criar" unos hijos, en la responsabilidad doméstica de formar ciudadanos. Ha sido bien recompensado.

POR LA RUTA DEL BISTURI

¿Qué rumbo tomaría Elías Toro, el médico? Cirugía abdominal. Dotado en forma excepcional para la actividad quirúrgica, violentó la simple mecánica operativa. Era el cirujano que sabía resolver situaciones, lo más difícil del ejercicio quirúrgico. Un cirujano puede ser formado si se tiene disposición manual, conocimientos, capacidad de ejecución. No se llega a ser con extraordinaria eficiencia un verdadero cirujano si no se tiene talento, inteligencia, vivacidad, penetración clínica, rapidez para las soluciones de emergencia. Atributos que Elías Toro poseía en grado sorprendente.

Como cirujano abdominal habría terminado fabulosamente rico. No era esa su inspiración. Arriba estaban otros ideales. Los que lo suman a la legión de jóvenes que abrieron brecha en el renglón de la tisiología nacional.

Motivos de orden familiar pudieron influir para orientarlo a ese cambio de ruta. No sólo por sentimentalismo. Su propio contorno íntimo lo puso en contacto dra-

mático con una enfermedad a la cual se sintió obligado entender, ayudar a combatir. Llamado innegablemente humano.

Agreguése esta otra hermosa causa. La tuberculosis, enfermedad de tipo social. Acosaba con mayor persistencia a personas desposeídas, a seres humildes, a quienes deplorables condiciones de vida exponían a una invasión bacilar implacable, irremediable. Carecían, naturalmente, de recursos económicos para pagar. Dedicarse a ellos, entregarse a un ejercicio profesional como el de la tisiología, era desprenderse de toda posibilidad para lo que se llama "hacer fortuna". Elías Toro sólo vio la oportunidad de garantizar para sí y para su país la ocasión de principiar a ser socialmente útil.

—Fue una suerte para Venezuela.

Al decirlo, el Dr. Gustavo García Galindo se siente identificado con una vida que como la de Elías Toro pudo compartir cuando Adjunto suyo en el Sanatorio "Simón Bolívar", El Algodonal, cerca de Antímano.

—Sí. Ya de bachiller, Elías Toro fue Interno del Hospital de la Cruz Roja. Igualmente, llegó a Cirujano Residente del Hospital Vargas. Sus maravillosas cualidades de cirujano se resumen en lo que podría ser el virtuosismo de la profesión. Supo siempre lo que hace grande a todo cirujano: Qué **se debe** hacer. Qué **no se debe** hacer.

con la fundación y puesta en marcha de la Clínica de Vías Respiratorias, donde permanecería también hasta semana apenas antes de morir el 28 de agosto de 1959.

Avanzada la artritis que comenzaba a molestarle en la cadera, a interferir su acción de cirujano, no se rinde. Manda fabricar en el "Simón Bolívar" un taburete especial. Vence por un tiempo los inconvenientes que progresivamente dificultaban su actividad quirúrgica. No es esto un escueto hecho de orden material. Está impregnado de aquella reciedumbre moral con que Elías Toro lograba burlar las embestidas de una enfermedad pertinaz, cruel, inoportuna.

Al quedar impedido de seguir siendo uno de los cirujanos de mayor calificación en Venezuela, se truncó una de las perspectivas más claras de nuestro porvenir científico. Para esa época Elías Toro no tiene más de 40 años. Lo que en una personalidad menos apta para el combate contra todo tipo de frustraciones hubiese provocado una catástrofe insalvable, fue en Elías Toro la diaria, sostenida, abnegada prueba de cuánto sirve la fortaleza humana en quienes saben colocarse por encima de cualquiera traidora circunstancia de orden físico, empinarse sobre cualquiera asechanza de orden moral.

En esta lucha por más de 10 años contra una dolencia capaz de hacer sucumbir al más altivo de los temperamentos, Elías

Toro adquirió la estatura del héroe. Porque no fue la resignación, ni tampoco la consolada pasividad entreguista, sino la rebeldía militante el signo cotidiano de este encarnizado duelo con la muerte. Sin soberbia. Con hombría.

No fue Elías Toro nada más que el científico, el sabio, el médico. Fue el psicoterapeuta. De inconfundible don de gente en su trato corriente, extremaba bondad, sencillez, comprensión ante el enfermo. En el aire limpio del Algodonal, como en sus otros distintos centros de trabajo, circula esta presencia inolvidable del maestro que hubo en Elías Toro. De esto nos dice el Dr. García Galindo:

—Creo sintetizar la imagen de Elías Toro en El Algodonal con los ejemplos que dejó, como en todas partes, en los variados campos de la cirugía, de la fisiología, de la disciplina científica, de la integridad ética, del respeto y el cariño por los pacientes.

—¿Qué hubiera pensado el Dr. Elías Toro acerca de los trasplantes de pulmón?

—Habría sentido una gran preocupación. Pendiente de que el pulmón es demasiado rico en tejido linfático, que es lo que origina el rechazo, y por lo cual hasta hoy en el mundo entero los intervenidos para trasplante de pulmón han muerto.

—Dr. García Galindo, muchas gracias.

—De nada, por favor. Otro detalle. El

Dr. Elías Toro tenía una magnífica voz. Siendo yo muchacho oí en casa un disco en el cual canta el himno de la Federación de Estudiantes, en su época de universitario.

—Admirable. De nuevo, muy agradecido.

PIONERO DE OBE EN LA UNIVERSIDAD CENTRAL

Un depurado criterio científico hace distinguir entre caridad como ayuda, socorro, limosna, y la seguridad social, la asistencia social, el servicio social. Lo tenía suficientemente claro Elías Toro. Profundizó los problemas de seguridad, asistencia, servicio social, para enfocarlos en riguroso lente humanístico, antes que humanitario. No creyó en el altruismo por remordimiento ni por complejo de culpa.

Impulsado por esa terminante actitud presentó al Gobernador de Caracas, en colaboración con el Dr. José Rafael Viso, un Proyecto de Ordenanza sobre Asistencia Municipal. Ignoramos qué suerte corrió.

Cuando el Presidente Medina Angarita autoriza al Ministro de Educación, Dr. Rafael Vegas, para estudiar la creación de la Organización de Bienestar Estudiantil en la Universidad Central, Elías Toro es un entusiasta partidario de la idea. Se trataba de armar a la Universidad de un organismo

que tomase las cuestiones que no fuesen exclusivamente académicas, docentes y de investigación. Un organismo dirigido a ocuparse en los problemas realmente humanos del estudiante.

El 3 de septiembre de 1943 Elías Toro es designado Vice-Rector de la Universidad Central. Rector, Dr. Rafael Pisani. Secretario, Ingeniero y Profesor Teófilo González Molina. Allí va Elías Toro con la aspiración de servir a Venezuela, sacudida entonces por una de las etapas más fecundas de la educación nacional, pese a los miserables recursos materiales y financieros.

El Decreto Ejecutivo por el cual se crea la Organización de Bienestar Estudiantil de la Universidad Central como Instituto Autónomo, es dictado el 13 de diciembre de 1943. Después de 1945 OBE pasará a la condición de Dirección de la U.C.V.

La creación de OBE satisface la esperanza de Elías Toro. Le correspondía como Vice-Rector ser el Presidente de la Junta Administradora y Presidente de la Organización.

Tuvo OBE las siguientes funciones en favor de los estudiantes: protección económica, asistencia médico-asistencial, extensión cultural y social (que comprendía orientación educativa), deportes en general y atletismo.

Por haber sido Director de Gabinete del

Ministerio Vegas, nos tocó personal y directamente apreciar la satisfacción de Elías Toro por la creación de OBE. Respondía a la necesidad de extenderse en tareas precisamente identificadas con su vocación médica, su altura académica y científica de universitario sin regateos, su preparación como especialista en asuntos asistenciales y de seguridad social, con su amor por la cultura y el deporte, con su preocupada atención por el estudiante como ser humano.

Dedicó a OBE lo mejor de sus esfuerzos, originalidad, talento, habilidad. Echó las bases de OBE hasta ponerla en condiciones de normal funcionamiento, en lucha constante contra la escasez de presupuesto, la urgencia de formar personal, la incomprensión de muchos y una problemática estudiantil de graves e impacientes proporciones.

Permaneció en OBE, vale decir en el Vice-Rectorado de la Universidad Central, hasta su renuncia el 15 de septiembre de 1944.

ALTERNATIVAS DE UNA PASION POLITICA

Todo haría presumir que el Dr. Elías Toro agotaba su múltiple sensibilidad en el humano desempeño de la Medicina, en la dedicación a la ciencia, en la entrega a la

lectura y a la música, en la preocupación por escribir. No era así.

Del fondo de su rebeldía de estudiante arrancaba la pasión con que después de 1935 responde en cada coyuntura histórica con incorruptible conciencia cívica. Sigue el curso de cuanta agrupación surge en el país como espasmódicos o permanentes esfuerzos de democratización nacional. Unión Nacional. ORVE. P.R.P.

Le duele la posibilidad de una recaída antidemocrática. Siente la necesidad de ayudar a robustecer el régimen del General Isaías Medina Angarita. Colabora en la tarea de adecentar el país. Ve la urgencia de asistir a la empresa de unir a los venezolanos en una plataforma capaz de canalizar el inmediato desarrollo de una auténtica democracia política y social. Estima necesario acelerar la cristalización de una línea irreversiblemente civilista. No escapa a la atracción que significa procurar la consolidación de un sistema de gobierno sin odios, sin cárceles, sin perseguidos, sin desterrados, sin llanto, que al mismo tiempo trabaje por la elevación del nivel de vida de los sectores menos pudientes del país.

Se incorpora al Partido Democrático Venezolano con la plena, honesta convicción de asociarse a un ensayo que creyó destinado a liquidar los vicios, obstáculos, defectos, ambiciones que más tarde culminaron, desembocaron en el 18 de octu-

bre de 1945. En todo ese proceso Elías Toro sufrió decepciones, calibró irreconciliables objetivos en las distintas tiendas políticas, que, definitivamente, provocaron su separación del P.D.V. No sin mantener intacto su juicio político sobre el Presidente Medina Angarita.

Desterrado el Presidente Medina Angarita, surgió la necesidad de crear una organización que sirviese de contrapeso en las elecciones para una Constituyente. Acogen la iniciativa de Inocente Palacios, Elías Toro y Josefina Palacios, personalidades de la talla de Isaac Pardo, Augusto Márquez Cañizales, Luis Felipe y Armando Vegas, Guillermo Negrete D'Windt, Amílcar Plaza, Andrés Germán Otero. Se funda así Unión Republicana Democrática. Después, este mismo grupo tomará la decisión de separarse de U.R.D.

Más tarde volverá Elías Toro a su deseo de contribuir desde una organización calificada institucionalmente en la depuración del destino político de Venezuela. Con Rodolfo Rojas, Félix Pifano, Martín Vegas, Amílcar Plaza, Isaac Pardo, Manuel Rivero, entre otros, constituye Integración Republicana, en 1958. Integración Republicana se disolverá en 1961.

De una reiterada evidencia el ánimo de entendimiento que inspiró siempre a Elías Toro. Comprobaciones de esa actitud, los motivos por los cuales entra al P.D.V., el nombre de **Unión Republicana Democrática**

ca y su consigna de integración nacional, tanto como el nombre también de **Integración Republicana**.

Dos datos más tendríamos que añadir. La noche del 24 de noviembre de 1948, derrocado el Presidente Rómulo Gallegos, Elías Toro se negó a formar parte del nuevo gobierno. Tampoco aceptó cargo ministerial que le fue ofrecido en la oportunidad en que a la muerte de Delgado Chalbaud se pensó en el Dr. Arnoldo Gabaldón para Presidente de la República.

De sus intervenciones en mítines políticos, en Asambleas, en discusiones de mesa, quedan la palabra pensada, la reflexión sin prejuicios, el tono despersonalizado, el entusiasmo dosificado, la rectitud de la conducta, la flexibilidad del diálogo. Rasgos de una personalidad construida al compás de un vigoroso, escrupuloso proceso de maduración intelectual. Que es en esto en lo que consiste ser un hombre culto.

VIBRACION TEMPERAMENTAL DE UN HOMBRE CULTO

Convencido de la función formativa de la cultura sabiamente divulgada, hábilmente impartida, pensó en la creación de un Instituto de Estudios Superiores. Aceptó que su nombre fuese sugerido en la Universidad Central para desempeñar una Cá-

tedra de Biología en la Escuela de Psicología o en la de Educación, gestiones que no tuvieron éxito, desgraciadamente. Participó en las conversaciones tendientes a que se fundara una Universidad Privada, democrática, antes de que se hubiese establecido ninguna institución de este tipo. Pensó escribir una biografía del General Gómez. Luego redujo su aspiración a estudiar el suceso en el cual fue asesinado Juancho Gómez.

—Una biografía del General Gómez la escribiría muy bien Antonio Arráiz, me dijo.

Desde la Presidencia del Comité de Cultura de la Fundación Eugenio Mendoza presentó iniciativas con lujo de motivaciones. Así se publicó por idea suya una serie de biografías de héroes civiles. La primera escrita por él mismo, la de Fermín Toro. Ojalá pueda reanudarse la edición de estos cuadernos, cuyo número llegó a varias docenas. Es autor del Plan de Becas de la Fundación. Como también de otro proyecto de publicaciones donde quedó comprendida la Historia de Venezuela por Antonio Arráiz.

—Es que Elías fue un hombre institucional, nos dice Pedro Grases.

—Por su propia cuenta, con la colaboración de su esposa, hermanos e hijos, fundó la Editorial Maracapana. Comenzó con una colección de relatos para niños,

de "nuestros más aguerridos caciques indígenas, de algunos conquistadores españoles", y de "piratas y bucaneros". Alcanzó a publicar "La Captura de Sorocaima", con el pseudónimo de Pedro Antón. Y tenía en preparación "El flechero del Avila", "La batalla del Guaire", "El asalto a Caracas".

Dejó comenzado un ciclo de charlas radiadas sobre Biología Médica, al nivel de una divulgación dirigida a orientar a los jóvenes, a los padres de familia, a los estudiantes. En esta labor contó con la cooperación del Dr. José Rafael Viso.

La Página Cuarta de "El Nacional" es otro testimonio de un Elías Toro abierto a todas las manifestaciones de la actualidad política, científica, cultural y estética. En sus artículos habla tan pronto de Vicente Marcano, como del cirujano Leo Floesser en su visita a Caracas, enjuicia "La Catira", comenta "Casas Muertas", hace un cuadro de las virtudes del pueblo inglés, procesa las explosiones del quehacer político de Venezuela.

PROCER DE UN NUEVO PROCERATO

Una sociedad hecha para la guerra y en la guerra tuvo que acostumbrarse a pensar que es en la guerra, para la guerra y por la guerra donde se forja el héroe. En una historia como la de Venezuela, de pólvora regada, con sangre escrita, el único

legítimo sacrificio había de ser el de los campos de batalla. Dura, escabrosa, arriesgada tarea la de institucionalizar un país como el nuestro. Habría que empezar en el cero de una paz distinta a la de las conciliaciones temporales, cargadas de pactos quebradizos, gérmenes de infecundas, inevitables recaídas. Abrir la brecha por donde haya de transitar un nuevo heroísmo es comprometernos a demostrar que hay un tipo de héroes que no fructifica sino en un ambiente de paz, de concordia, de armonía, de justicia. Es el procerato de la civilidad. Ocasión útil para ensayar, al menos, si es verdad que sólo en un ambiente de libertad, de democracia social no formalista, podrían resolverse positivamente las contradicciones socio-económicas y políticas de nuestro tiempo.

Es en ese cuadro de posibilidades donde debemos colocar el recuerdo de Elías Toro. Para que siga siendo una de las más relevante cifras de este nuevo procerato nacional. Y su memoria se perpetúe en el cerebro, en el corazón, en la rebeldía emboinada de jóvenes, obreros, campesinos, intelectuales de una Venezuela distinta.

Como en su invocación de aquella mañana en que apenas llegados a Nueva York me llamó por teléfono para salir. Fuimos a la Colección Frick. Allí pasamos más de cuatro horas. Elías Toro estaba profundamente conmovido. En trance de callada admiración. Al fin, ya en la calle, me dijo:

—Si la política se hiciera con la misma esencia humana de esta pintura, y fuera el reflejo del arte, sería más humana, tendríamos un mundo más feliz, por más bello y más justo.

CONSEJO UNIVERSITARIO

DECANOS

Dr. Manuel Fernández Rodríguez
Facultad de Agronomía

Dr. Américo Faillace
Facultad de Arquitectura y
Urbanismo

Dr. Angel C. Hernández
Facultad de Ciencias

Dr. Langel Cruzut
Facultad de Ciencias Económicas y
Sociales

Dr. Sebastián Viale Rigo
Facultad de Ciencias Veterinarias

Dr. José Alberto Zambrano Velasco
Facultad de Derecho

Dr. Oswaldo Henríquez Isava
Facultad de Farmacia

Dr. Edmundo Chirinos
Facultad de Humanidades y
Educación

Dr. Otokar Kondrat
Facultad de Ingeniería

Dr. Carlos A. Moros Gherzi
Facultad de Medicina

Dr. Fausto Malavé Gherzi
Facultad de Odontología

Director de la Oficina de
Asesoría Jurídica

Dr. Alfredo Ducharme Alonzo

Representante del Ministerio de
Educación

Dr. Federico Rodríguez

Representantes de los Profesores

Dr. Félix Adam

Dr. Orlando Araujo

Dr. Gustavo Planchart Manrique

Dr. Miguel Dao

Representantes Estudiantiles

Br. Freddy Valera

Br. Eulogio Jiménez

Br. Héctor Dávila

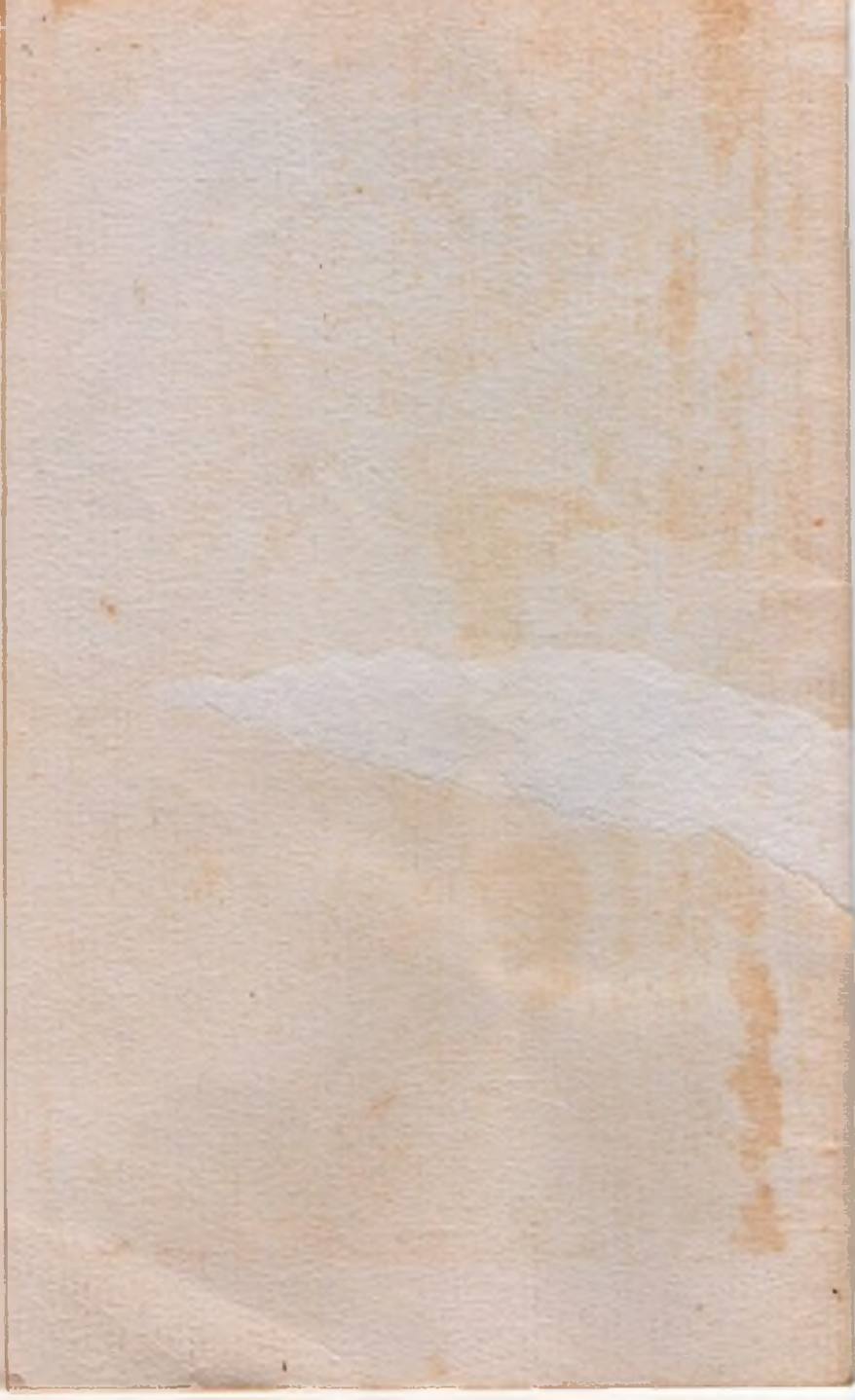
Dr. Rafael José Neri
Rector Presidente

Dr. Antonio Muskus
Vicerrector Académico

Dr. Manuel V. Benezra
Vicerrector Administrativo

Dr. Jesús Morales Valarino
Secretario

Impreso en Venezuela por
MIGUEL ANGEL GARCIA E HIJO
Sur 15 - 107 - El Conde
Telf. 557961 - Caracas



Ya de cirujano del Hospital de la Cruz Roja, en 1935, Elías Toro confronta una situación conmovedora, preocupante. Completamente nueva. La urgencia de operar a un hombre a quien le habían dado una puñalada en el corazón. Seguro de sus propias facultades se lanzó a hacer la **rafia**, sutura del miocardio. Era la primera vez que se practicaba en Venezuela con éxito, una intervención quirúrgica en el corazón.

En 1936 Elías Toro vira hacia la cirugía del tórax. No había antibióticos y la primera arma contra la tuberculosis era el bisturí.

Ese mismo año Elías Toro es designado Secretario de la Legación de Venezuela en Alemania. El Ministro, Dr. Silvestre Tovar Lange, le ofrece todas las facilidades para estudiar en Berlín. Alterna el trabajo en la Legación con las más serias pasantías en Sanatorios como el Sommerfeld, vecinos a la capital alemana. Dos años en esa doble disciplina del cargo diplomático y de la especialización médica.

EN EL SANATORIO "SIMON BOLIVAR"

De regreso Elías Toro en 1938, tiene ya Venezuela el primer especialista propiamente dicho en cirugía del tórax. Asiste al primer Congreso de Tisiología. En los diversos Congresos y Jornadas de Tisiología presentará con Isaac Pardo trabajos de brillante valor científico.

Varios ilustres médicos venezolanos habían hecho cirugía torácica dentro de su profesión de cirujanos generales. Elías Toro fue el primero en cristalizar la cirugía del tórax como especialidad efectiva.

Al fundarse el Sanatorio "Simón Bolívar", mayo de 1940, es nombrado Médico-Jefe y Jefe del Servicio de Hombres (H.1). De Médico-Jefe estuvo hasta 1943, cuando va al cargo de Vice-Rector de la Universidad Central. Como Jefe del Servicio de Hombres permaneció hasta su muerte.

Al iniciarse el Sanatorio "Simón Bolívar" se va a producir un cambio total. La tisiología había venido contando con recursos como: reposo del organismo primero, y después reposo del pulmón. Procedimientos principales: la colapsoterapia, el neumotórax, la fremiceptomía, la toracoplastia. Todo practicado en reducida escala en el Hospital Vargas.

A Elías Toro le toca en el Sanatorio "Simón Bolívar", sistematizar la terapéutica, organizar servicios, formar cuadros de personal, utilizar más eficientemente a los profesionales de esa rama de la Medicina. Ya con ambiente apropiado, instrumental y equipo humano, emprende una auténtica labor de creación.

En 1943 Elías Toro realiza en Caracas la primera extirpación del pulmón, con éxito.

Al año siguiente comparte su tiempo